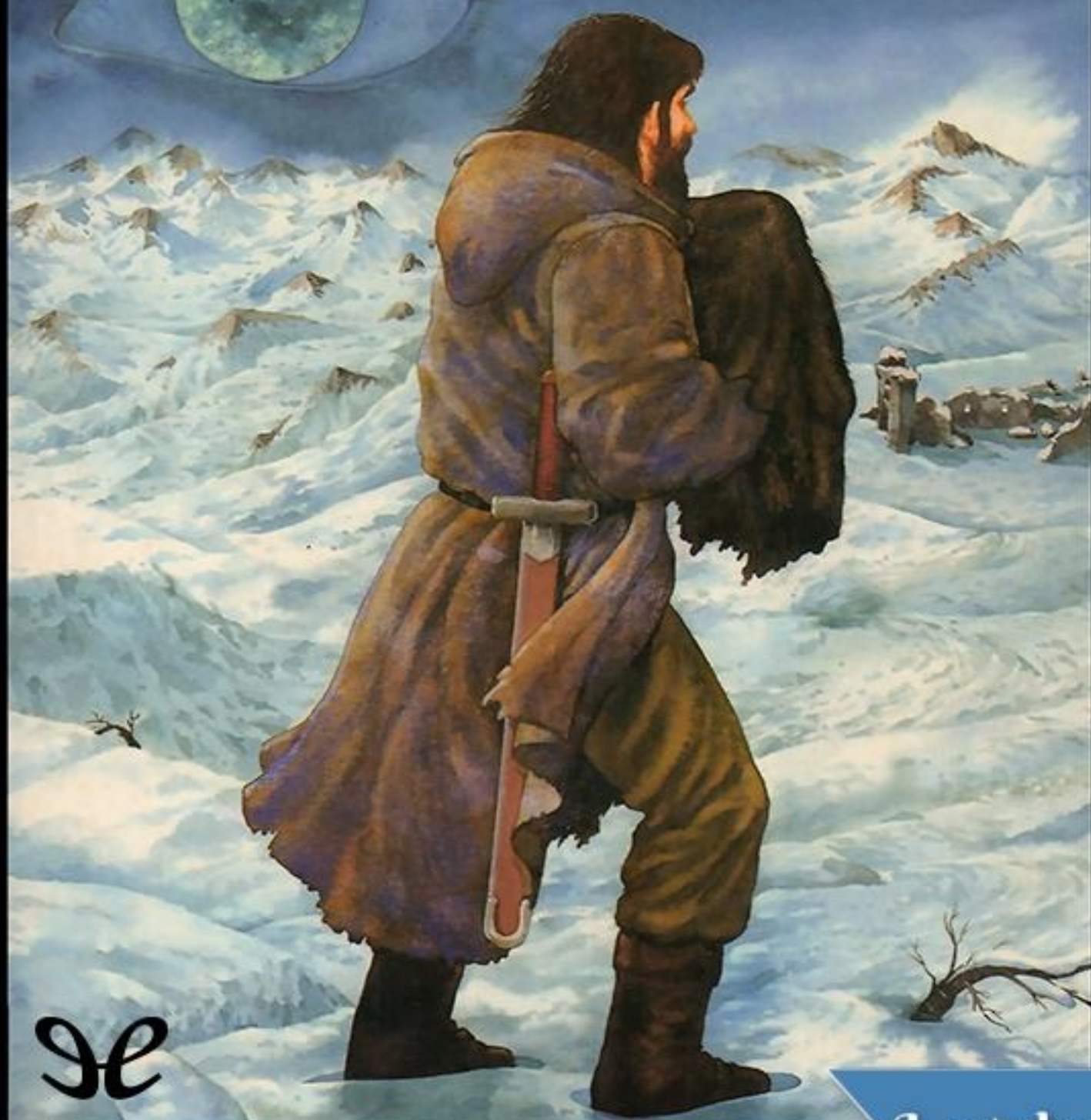


CATHERINE FISHER

EL HIJO
DE LA HECHICERA



se

Lectulandia

El Yarl Ragnar, sometido por el influjo de su mujer, la Hechicera del Hielo, destierra a Jessa y Thorkil a las lejanas tierras del Norte. Ambos primos permanecerán el resto de sus días en Thrasirshall, bajo la única vigilancia de Brochael. Aunque dice la leyenda que allí vive, olvidado del mundo, el hijo de la Hechicera..., un ser monstruoso.

Lectulandia

Catherine Fisher

El hijo de la hechicera

La Hechicera del Hielo - 1

ePub r1.0

Haiass 27.04.16

Título original: *The Snow-Walker's Son*
Catherine Fisher, 1993
Traducción: Raquel Velázquez
Ilustración de cubierta: Jose Luis Navarro

Editor digital: Haiass
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

3



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA




epublico

A Raquel.

Las citas con las que comienza cada capítulo pertenecen a «The Words of the High One», poema que aparece en la obra *Norse Poems*.

Era la última puerta del corredor.

La débil y tenebrosa luz del candil la iluminó. Una gruesa cadena de hierro la atravesaba de lado a lado y el suelo había tomado el intenso color rojizo del óxido formado durante largos años de abrir y cerrar.

El carcelero colgó el candil en un clavo, cogió la llave que llevaba en una mugrienta cuerda alrededor del cuello y la introdujo en la cerradura. Entonces miró al hombre que tenía a su espalda.

—¡Adelante! —se apresuró a decir el gigante barbudo—. ¡Veamos de una vez qué esconde aquí esa Hechicera!

El carcelero hizo una mueca mostrando unos dientes renegridos y tembló al oír las últimas palabras. Finalmente giró la llave con las dos manos, retiró la cadena y empujó la puerta, que cedió ligeramente. La más completa oscuridad y un fuerte olor a humedad surgió a través de la tenebrosa rendija. Retrocedió un paso, entregó el candil al forastero y, con un ligero movimiento de cabeza, le invitó a entrar. Ninguna palabra salía de la garganta del carcelero: no tenía lengua, pues así lo había querido la Hechicera. Su secreto no podía ser divulgado.

El hombre barbudo permaneció indeciso con el candil en la mano. Un soplo de viento le hizo volver la cabeza: tras él se extendía un tenebroso túnel de piedra. Sintió una repentina nostalgia de la luz y el calor de la lumbre. El carcelero, adivinando su pensamiento, le miró, y el hombre barbudo pudo leer en sus ojos. «Por lo que yo sé, señor, puede que no vuelva a ver nada de eso».

El forastero alumbró con el candil el interior de la celda y empujó la puerta. El carcelero le observó con curiosidad: el resplandor del candil iluminaba su barba con tonos amarillos y rojos y su enorme mano apretaba con fuerza el amuleto que colgaba de su cuello. Después, desapareció en la oscuridad y la puerta se cerró tras él.

Fuera el carcelero esperaba y escuchaba. Ningún sonido salía de aquel lugar y el miedo le impedía acercarse a la puerta. En los últimos seis años nadie la había atravesado, nadie excepto la Hechicera y su fiel y astuto Gettir. Ninguna otra persona hasta aquel día.

Durante seis años él había sido el encargado de llevarle la comida. Cada mañana abría la puerta de la celda y dejaba en el suelo una bandeja, que recogía a la mañana siguiente casi intacta. Si bien era cierto que en muchas ocasiones había oído ruidos extraños, jamás se había atrevido a asomarse al interior. Sin embargo, aún recordaba una noche, hacía ya casi un año, cuando desde lejos había visto cómo una mano muy blanca y esquelética, casi una garra, cogía la bandeja.

El chirriar de la puerta interrumpió sus pensamientos y el instinto le hizo llevarse la mano al cuchillo. El gigante de barba roja salió llevando en sus brazos algo cubierto con una vieja piel de oso. No parecía muy pesado y se movía emitiendo unos gemidos apagados.

La cara del forastero había cambiado por completo. Estaba muy pálido y, aunque sus ojos brillaban con ira, su voz sonó tranquila:

—Su secreto estará a salvo conmigo. Lo cuidaré mejor de lo que ella lo ha hecho —y, apartándole a un lado, se alejó a grandes zancadas por el largo y tenebroso túnel de piedra. Las antorchas alargaban su sombra y la luz parecía perder brillo tras su paso.

El hombre sin lengua no se movió hasta que el chirriar de lejanas cadenas y el crujir de puertas enmudecieron por completo. Sólo entonces y con sigilo alumbró con el candil el interior de la celda y se aventuró a entrar.

Era una celda de dimensiones muy reducidas, y como única luz tenía un ventanuco que se abría cerca del techo. El frío era tan intenso que del alféizar pendían carámbanos. Había un colchón en el suelo y una chimenea rebosante de ceniza en una esquina. Aparte de algunos restos de comida esparcidos por el suelo, no había nada que indicara quién, hasta hacía pocos segundos, había ocupado aquel lugar.

Cuando ya se disponía a salir, algo llamó su atención. Una de las paredes estaba prácticamente cubierta con la imagen repetida de anillos y espirales que se entrelazaban y mezclaban en aparente caos.

I

*Joven y solo en un largo camino, me perdí;
rico me creí cuando encontré un compañero...*

LA ESTANCIA ESTABA vacía.

Hacía mucho frío. Jessa se levantó el cuello de piel hasta casi cubrirse la cara y empezó a curiosear. Había llegado demasiado pronto.

La nieve caída durante la noche se había filtrado por debajo de la puerta y el suelo estaba blanco y helado. Debajo de la mesa de roble alguien había derramado vino y ahora era una superficie roja y brillante. La tocó con la punta de la bota, parecía cristal. También a las arañas les había cogido desprevenidas la muerte. Se balanceaban con suavidad, rígidas y heladas en sus propias redes.

Le llamó la atención una gruesa columna de caoba que, en la mitad de la sala, parecía sostener el techo. Una enorme estela de símbolos y signos la cubría por completo, y entre todos ellos, prácticamente anulándolos con su imponente tamaño, una serpiente se retorció y enroscaba sobre sí misma formando gruesas e intrincadas espirales blancas. Jessa alargó la mano y, sin quitarse el guante, retiró la nieve que ocultaba parte del relieve. La serpiente era el símbolo de Gudrun. El símbolo de la Hechicera.

Mientras esperaba, y utilizando el tacón de su bota, se entretuvo en machacar la nieve helada hasta convertirla en polvo fino y blanco.

La claridad del día iba inundando la estancia. De las sombras surgían lentamente los contornos de mesas y tapices. Afuera se oyó el ruido de un carro y la voz del carretero retumbó en el vacío. Jessa se acercó a la chimenea y removió las congeladas cenizas.

¿Por qué habría llegado tan pronto? Le habría gustado que fuera el Yarl quien hubiera esperado para así demostrarle que no le tenía miedo y que ni tan siquiera respetaba su autoridad. En fin, ya no tenía remedio.

Aún pasaron otros cinco largos minutos.

Entonces uno de los cortinajes que cubrían las puertas se movió y entró un criado que, sin reparar en ella, empezó a descorder las cortinas. Oyó el ruido de la escarcha al caer del alféizar de las ventanas y una ráfaga de viento helado hizo ondear los tapices de las paredes.

Jessa no estaba acostumbrada a que la ignorasen y, como su mal humor iba en aumento, comenzó a hacer ruido con las sillas, mientras observaba al criado, de piel extrañamente blanca, ir y venir de un sitio a otro. El hombre volvió la cabeza, la miró y siguió con su tarea, lo que acabó con la paciencia de Jessa.

—Estoy esperando al Yarl —le gritó con su voz más desagradable—. Me llamo Jessa, hija de Horolf.

Era la voz que utilizaba cuando alguien le caía mal. La vieja Marrika, su aya, siempre decía que era una voz orgullosa. «¿Qué estaría haciendo ahora Marrika?», se preguntó.

El criado hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se marchó sin decir una sola palabra. Jessa no pudo más y, furiosa con ella misma, dio una patada al suelo. Odiaba aquel lugar. Todo el mundo parecía asustado; recurrían constantemente a los amuletos y talismanes que colgaban de sus cuellos, y absolutamente todos, hombres y mujeres, miraban con desconfianza a su alrededor antes de hablar. Temían a Gudrun, la malvada esposa del Yarl. La Hechicera del Hielo. Decían que podía leer todas las mentes, en todos los lugares. Sólo de pensarlo a Jessa se le hizo un nudo en el estómago y un escalofrío le recorrió la espalda.

El criado volvió a entrar y se arrodilló junto a la chimenea, de donde brotaron las primeras llamas. Jessa se acercó, extendió las manos y sintió cómo el calor penetraba hasta sus huesos; después se frotó la cara y sus mejillas recuperaron su color habitual. El criado echó dos grandes troncos al fuego y se fue. También decían que todos los criados del Yarl eran mudos. Verdad o no, la realidad era que nunca nadie les había oído hablar.

Jessa se sentó junto al fuego y miró a su alrededor. La estancia parecía una pocilga, taburetes y mesas volcadas, copas, jarras y platos con restos de comida se amontonaban en desorden sobre una larga mesa que, rodeada de sillas con cojines rojos, se alzaba sobre un estrado. Se acercó y cogió una jarra de peltre; el vino estaba congelado, así que la dejó de nuevo en la mesa dando un fuerte golpe. En ese momento oyó unos pasos. Se volvió y vio entrar a un anciano, seguido de un chico de su misma edad.

Le reconoció al instante; era su primo Thorkil, hijo de Harrald. Sabía que le tenían allí desde hacía casi tres meses. «Thorkil, siempre el mismo», pensó Jessa al ver la casaca roja con hilos de oro que llevaba puesta.

El anciano no era otro que el mismísimo Yarl, Ragnar. Aún conservaba su enorme estatura, pero sus hombros comenzaban a inclinarse. Llevaba una espléndida túnica azul que caía desde sus hombros en grandes pliegues. De cerca tenía la apariencia de alguien a quien la vida le está abandonando, y sus ojos eran pequeños y fríos.

Jessa apenas se inclinó en una ligera reverencia.

—Tienes los modales de tu padre —dijo el anciano con ironía.

Siguieron unos segundos de silencio. Thorkil acercó dos taburetes y una butaca para el Yarl. Miró a Jessa y sonrió ligeramente. «Parece nervioso —pensó Jessa—, pero contento de verme. Es natural: esto es una prisión, por mucha casaca roja que lleve».

Se sentaron y el Yarl fijó sus ojos en el crepitar de las llamas.

—Vuestros padres eran hermanos y siempre los creí fieles a mi causa, pero al final me traicionaron. Fue una equivocación participar en esa inútil revuelta de los wulfings. Todos mis enemigos se unieron contra mí. Sentí de veras que ambos

murieran en el hielo.

Jessa le miró, desafiante.

—Tú no ganaste aquella batalla. Ni tampoco la nieve y el hielo. Fueron los conjuros de tu esposa. Fue ella quien ganó la batalla por ti.

Los ojos del Yarl se llenaron de furia, pero Jessa continuó:

—Sabes muy bien que los wulfings son los únicos que por derecho pueden ostentar el título de Yarl, y ésa fue la razón por la que nuestros padres se unieron a la revuelta. Tú no tienes derecho a ser reconocido como Yarl. Eres un usurpador.

Jessa captó la mirada nerviosa y reprobadora de Thorkil, pero ya no podía dar marcha atrás. Lo dicho, dicho estaba. Le ardía la cara y le temblaban las manos.

La mirada severa del Yarl no se apartó de las llamas cuando comenzó a hablar.

—Los wulfings prácticamente ya no existen. Los que aún quedan se ocultan en granjas, establos y cobertizos, y sus mujeres e hijos, disfrazados de campesinos, corren a esconderse en cuanto aparecen mis hombres. Gudrun me tiene bien informado. Estamos acabando con todos ellos, van cayendo uno tras otro. A su jefe, Wulfgar, le hicimos prisionero hace dos días y aquí está, justo bajo nuestros pies, en una oscura mazmorra con la única compañía de las ratas y del viento helado que se filtra por las paredes. Y ahora también vosotros estáis aquí.

Sus manos se movían despacio; eran unas manos sin vida, como cartón viejo y cuarteado.

—Hasta ahora no os he molestado. Habéis seguido en vuestras granjas, rodeados de vuestros criados y disfrutando de vuestra posición. Sin embargo, creo que ha llegado el momento de ocuparme de vosotros. Habéis alcanzado una edad en la que podéis empezar a causarme problemas...

Jessa quería ver los ojos del Yarl y la frialdad de su mirada cuando dijera lo que pensaba hacer con ellos. Pero él continuaba con los ojos fijos en las titubeantes llamas de la chimenea.

—He decidido repartir vuestras tierras entre los que me son leales, y vosotros iréis a vivir a otro lugar.

—¿Aquí? —preguntó Thorkil.

—No, aquí no —le contestó el Yarl sonriendo ligeramente—. Lejos, muy lejos de aquí.

Jessa se alegró. Llevaba dos días en los dominios del Yarl y ya le parecía demasiado. De todas formas, la enigmática sonrisa del Yarl la dejó muy intranquila.

—¿Adónde, entonces?

El Yarl se movió inquieto en la silla, y los amuletos que llevaba colgados del cuello, varios martillos de Thor entre otros, tintinearón al chocar entre ellos.

—Donde está mi hijo —dijo lacónico.

La noticia los cogió desprevenidos. Enmudecieron durante unos segundos. Se miraron como si no hubieran comprendido la frase. Jessa sintió que le abandonaban las fuerzas y un sudor frío le cubrió la frente y las manos. Aún latiéndole el corazón

con fuerza y sin poder articular palabra, su mano buscó con ansiedad el amuleto que con tanto cariño le había dado Marrika.

Thorkil, pálido y con los ojos muy abiertos, dijo con un hilo de voz:

—No puedes hacer eso. No puedes ser tan cruel.

—No me interrumpáis, dejad que termine —dijo, autoritario, mirándolos con un destello de triunfo en sus ojos.

—Vuestros padres fueron unos traidores, querían mi destrucción y aún son muchos los que los recuerdan como héroes. ¿Qué esperabais? ¿Que os dejara tranquilamente en vuestras granjas, os proporcionara rebaños de renos y os asignara una dote en plata?

—¿Por qué no? —murmuró Jessa—. Nos quitaste lo que era nuestro.

La risotada del Yarl retumbó en la sala.

—Llamadlo exilio y consideraos afortunados. Al fin y al cabo vais a seguir viviendo. Mañana, al amanecer, partiréis hacia Thrasirshall. He dispuesto un barco y una escolta que os acompañará al menos hasta Trond. Supongo que ninguno de mis hombres querrá continuar más allá.

Jessa miró a Thorkil y le vio temblar. No lo soportaría, estaba aterrorizado. El miedo se hizo ostensible en el grito salvaje y desgarrador que su primo profirió:

—¡No iré! ¡No puedes enviarnos allí, no con ese monstruo!

Con un ligero movimiento, el Yarl se puso en pie y le abofeteó. Thorkil se tambaleó en el taburete y finalmente cayó de espaldas sobre el frío suelo de piedra. Jessa intentó ayudarlo, pero él la apartó con brusquedad. Lágrimas de rabia inundaban sus ojos mientras se incorporaba.

—Aprende de tu prima —le reprendió el Yarl—. Y afronta tu destino. Creí que eras más valiente, pero desgraciadamente aún no eres más que un niño.

Jessa apretó con fuerza la mano de Thorkil. Lo mejor era permanecer callados.

—Gudrun tiene razón —continuó el Yarl mirándolos fríamente—, los traidores engendran traidores.

Después, lentamente, volvió a sentarse y, con un gesto de fatiga, se pasó la mano por la cara.

—Hay otra cosa —siguió en tono cansado.

—¿Qué es? —preguntó Jessa con voz cortante.

El Yarl sacó del interior de su túnica una bolsa de gruesa piel de foca.

Jessa se fijó en las venas azules de sus manos.

—Dentro hay un mensaje —dijo con abatimiento mientras paseaba su mirada por la estancia vacía—. Quiero que se lo llevéis a Brochael, hijo de Gunnar..., el hombre que cuida de Kari, de mi hijo. Dádselo únicamente a él y a nadie más.

A continuación se hizo un gran silencio que él mismo rompió.

—Cogedlo —ordenó.

Jessa tardó algunos segundos en reaccionar. Después alargó la mano y lo cogió.

El Yarl hizo un ligero movimiento de cabeza y, dándose la vuelta, se alejó algunos

pasos, para de nuevo volver a detenerse. De espaldas a ellos, dijo:

—Esta noche, después de la fiesta, Gudrun quiere veros. No he podido hacer nada para impedirlo —entonces se volvió y añadió—: Guardad mi secreto. Es lo único que puedo hacer por Kari. Quizá hace años, sí lo hubiera intentado..., pero ahora eso ya no es posible. Ella se enteraría —y sonriendo con amargura, continuó—: Nunca le he visto. No se qué o cómo es.

En el silencio que siguió a su marcha, una paloma voló sobre el tejado y una de sus brillantes plumas se deslizó hacia el interior meciéndose suavemente a través de un rayo de luz.

—¿Por qué lo has cogido? —preguntó Thorkil, enfadado.

—Shhh, no tan alto —murmuró Jessa, aunque ella se estaba preguntando lo mismo.

Thorkil se agachó frente a la chimenea y Jessa lo hizo a su lado.

—Debemos huir como sea.

—¿Adónde?

—A tu granja.

—Hace tres días que la tomaron sus hombres —contestó Jessa quitándose un guante.

Thorkil se volvió a mirarla.

—Me lo imaginaba —dijo, malhumorado.

—Ya de nada sirve lamentarse. No hay nada que podamos hacer. Por lo menos vamos a ir escoltados.

—¿Hasta Thrasirshall?

—Mmm...

Jessa permaneció en silencio durante unos segundos. Después miró a su alrededor.

—Thorkil...

—¿Qué quieres? —preguntó él, aunque se imaginaba lo que le iba a decir.

—Tú llevas aquí mucho más tiempo que yo. ¿Qué es lo que has oído acerca de Kari, el hijo de Ragnar?

—Nada. Nadie se atreve a hablar de él —dijo, bajando la voz—. Además, al parecer nadie le ha visto, excepto la mujer que estaba allí cuando él nació y que murió pocos días después sin que nadie se explique la causa. Todos dicen que Gudrun la envenenó.

Jessa asintió con la cabeza y comentó:

—También hay otros rumores que...

—Sí, ya los he oído —dijo Thorkil retirándose del fuego—. Dicen que ella le tuvo aquí encerrado, en la mansión, en una cueva o en una mazmorra sin ventanas, y que es peludo como un animal. También dicen que cuando le dan ataques se arranca la piel con los dientes. Otros aseguran que tiene los ojos rojos como un lobo. Cuentan toda clase de historias. ¡Cualquiera sabe cuál es la verdad! Al parecer, ese lugar,

Thrasirshall, donde le tienen prisionero, está en el fin del mundo. Más allá de los desiertos de hielo. Nunca nadie ha estado allí.

—Tampoco estaremos nosotros —dijo Jessa levantándose—. Tenemos que escapar. No pueden estar vigilándonos constantemente.

—Gudrun sí puede. Y además, ¿qué podemos hacer en medio de un desierto de hielo?

Jessa no contestó; se agachó precipitadamente y, poniendo su dedo enguantado sobre los labios de Thorkil, dijo:

—¡Silencio!

Juntos volvieron la cabeza. Un tapiz de la pared del fondo se movió ligeramente y los descoloridos osos y cazadores tejidos en la tela parecieron saltar bajo la capa de suciedad.

—Ahí hay alguien —susurró Jessa—, alguien que nos ha estado escuchando.

II

Evita a la mujer con poderes mágicos.

PERMANECIERON EN SILENCIO durante un largo minuto. Después, Thorkil se acercó sigilosamente al mugriento tejido, que cedió al simple contacto con su mano.

—Detrás está hueco —murmuró—. No hay pared.

Se quedó escuchando y no oyó ni el más leve ruido. Entonces levantó el tapiz y desapareció tras él. Jessa miró a su alrededor, dudó un momento, y decidió seguir a Thorkil. La oscuridad era casi total, pero aun así distinguieron un arco de piedra y tras él una serpenteante escalera; incluso oyeron el ruido de unos pasos ligeros que se alejaban escaleras arriba.

—Lo sabía —dijo Jessa casi en un susurro—. ¿Quién será?

—Ni idea. Seguramente...

Thorkil no terminó la frase: sintieron que alguien había entrado en la estancia. No habían oído nada, pero una desagradable sensación de frío los avisó de su presencia. En aquel mismo instante una capa de fina escarcha cubrió las mejillas y los labios de Jessa y una terrible sensación de desmayo atravesó su piel. Thorkil, inmóvil y asustado, también sintió en sus labios el brillo helado de la escarcha.

—Es Gudrun —balbuceó.

Y, como si la persona que subía por la escalera le hubiera oído, los pasos se detuvieron y empezaron a sonar con más fuerza. Ahora bajaban la escalera.

Nunca hasta ese momento Jessa había sentido tanto miedo. El corazón le latía con fuerza; el miedo la empujaba a salir corriendo y, al mismo tiempo, le impedía moverse. Sus uñas se clavaron en la palma de la mano. Los pasos cada vez sonaban más cerca y el frío que les llegaba de la estancia se hacía insoportable. Jessa empujó a Thorkil y los dos se quedaron muy quietos, ocultos entre el tapiz y la pared. Los pasos se detuvieron junto a ellos y una figura envuelta en una gruesa capa levantó el otro extremo del tapiz y entró en la sala.

—Gudrun —oyeron decir—, te mueves como un fantasma.

—Pues tú me has oído.

—Digamos que te he sentido.

Sus voces se alejaron hacia el centro de la sala. El frío pareció disminuir y el terror ante una posible congelación fue desapareciendo. Thorkil, junto a Jessa, temblaba como lo hacía su mano al levantar sigilosamente una esquina del tapiz para así poder ver parte de la estancia.

Alguien se había sentado en la butaca del Yarl, aunque desde esa distancia apenas parecía otra cosa que un montón de ropajes lujosos. De pronto echó hacia atrás la capucha que cubría su cabeza y pudieron ver que se trataba de un anciano de

apariencia frágil y mirada astuta. Tenía el pelo salpicado de mechones blancos y la voz áspera y desagradable.

—Se van mañana —estaba diciendo—. Como tú querías.

Jessa se volvió hacia Thorkil; el odio brillaba en sus ojos.

Gudrun se echó a reír. El sonido estridente de aquella carcajada provocó en Jessa un nuevo sentimiento de terror que le golpeó el estómago. El viejo astuto también se rió, antes de continuar:

—Y lo saben todo sobre Thrasirshall, indefensas criaturas.

—¿Qué es lo que saben?

—Saben que es un lugar inhóspito del fin del mundo, habitado únicamente por trolls y espectros, y en el que el viento suena incansable. También saben quién vive allí prisionero —una sonrisa perversa se dibujó en los labios del anciano.

De Gudrun lo único que veían eran sus manos, blancas como la nieve, y un poco de su vestido. Con mucha precaución Thorkil retiró un poco más el tapiz.

Estaba de pie y de espaldas a la ventana. Era una mujer joven, bastante alta, y su piel era blanca como la cera. El pelo, de un tono rubio muy claro, lo llevaba recogido en intrincadas trenzas que le caían por la espalda. El color de su vestido era de un azul transparente como el hielo y estaba todo ribeteado de piel blanca. Collares y pulseras de plata brillaban en su cuello y en sus brazos. Sobresaltada, Jessa creyó distinguir que su mirada se dirigía hacia donde ellos estaban. Thorkil también lo vio y se quedó paralizado: incluso desde aquella distancia los ojos sin color de Gudrun emanaban frío.

—¿Cómo se lo han tomado?

—La chica, con calma. El joven Thorkil, muy alterado; pero Ragnar supo manejarlos.

—Incluso el Yarl necesita ejercitar sus habilidades alguna vez. Y yo se lo permito de vez en cuando.

—Pero hay algo que quizá no sepas —dijo el viejo.

Ella se volvió a mirarle.

—Ten cuidado —dijo en tono suave—; incluso tú, Gettir, ten cuidado.

Él se movió incómodo en la butaca.

—Ragnar les ha dado un mensaje. Una carta para Brochael, hijo de Gunnar. Una carta avisándole y dándole consejos.

Ella soltó otra carcajada; parecía divertida.

—¿Eso es todo? ¿Crees que puede hacer fracasar mi plan? Vamos a dejar que lleven esa carta: ¿por qué no? —y con un crujir de seda, se acercó al viejo y se sentó junto a él. Thorkil varió el ángulo de la abertura del tapiz para poder seguir viéndola.

—No hay de qué preocuparse —continuó ella, posando ligeramente su mano blanca como el mármol en el hombro del viejo—. Lo sabía. Todo lo que hace Ragnar es mi voluntad. ¿Por qué crees que los envía a Thrasirshall? Simplemente porque yo se lo he ordenado, se lo ha ordenado mi mente, lo mismo que le ordena lo que debe

decir y dónde o cuándo debe comer y dormir.

—Pero la carta...

Ella hizo un movimiento con los hombros.

—El Yarl es libre de hacer su voluntad, siempre que yo no se lo impida. En lo referente a esos dos, tengo mis propios planes para ellos.

Se acercó al oído del viejo y bajó la voz. Jessa prestó toda la atención de que era capaz, pero las únicas palabras que logró oír fueron:

—... los voy a tener muy controlados.

Después no pudo oír nada más, pero Gettir sonrió y movió la cabeza con aprobación.

—Gudrun, tus poderes son muy grandes. No creo que nadie pueda igualarte.

Inmediatamente después de decirlo, Gettir bajó la mirada, nervioso, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que había cometido un error. Gudrun se inclinó hacia delante y con la picuda uña de su dedo índice recorrió suavemente la mejilla del viejo. Jessa contempló horrorizada cómo la uña iba dejando un profundo surco de hielo que se resquebrajaba inmediatamente. En su lugar apareció una cicatriz de color púrpura, como si un frío polar le hubiera quemado la piel. El viejo lanzó un gemido y se cubrió la herida con la mano.

Gudrun sonrió.

—Ve con cuidado, Gettir. Efectivamente, nadie puede igualarme. Nadie.

Y pasándole con suavidad la mano por el pelo, añadió:

—No lo olvides.

Después se levantó y, rodeando la mesa, se dirigió a la chimenea mientras comentaba:

—En cuanto al que habita Thrasirshall, ambos le conocemos muy bien.

Alargó la mano y la puso tan cerca del fuego que casi rozaba las llamas. Jessa, desde su posición, pudo ver cómo de uno de sus blanquísimos dedos se desprendía una gota de agua; era como si hubiera empezado a fundirse por el calor. Cuando la gota alcanzó el fuego, las llamas chisporrotearon y subieron muy alto. Enseguida, un humo espeso y negro se extendió por la estancia formando largas serpientes grises que rodearon los pies y brazos de Gudrun. El humo llegó hasta su escondite y tuvieron que cerrar los ojos con fuerza y aguantar la tos. La visión de la sala se hizo borrosa y el fuego se convirtió en un tenue resplandor rojo, mientras que Gudrun y Gettir apenas eran unas sombras difuminadas. Jessa hacía verdaderos esfuerzos para mantener los ojos abiertos, y hubo un momento en el que creyó ver que algo surgía de entre las llamas, algo parecido a un castillo; después, una habitación con mucha luz y alguien sentado de espaldas que lentamente volvía la cabeza...

En ese preciso instante la puerta de la estancia se abrió con un fuerte golpe. El criado, que Jessa ya conocía, apareció en el umbral cargado con unos cuantos troncos para el fuego. Cuando vio a Gudrun y a Gettir se paralizó de terror.

Gudrun, que no parecía afectada por el espeso humo gris, se dirigió sin ninguna

dificultad hacia donde estaba el criado. Parecía furiosa, y la serpiente gris que rodeaba su cuerpo se tornó más oscura.

—¡Fuera! —gritó, con los dientes apretados en un tono de voz violento y áspero.

El criado siguió inmóvil. Jessa también sintió una punzada de terror en todo el cuerpo.

«¡Vete!», deseó Jessa con todas sus fuerzas, pero el hombre no se movió, no podía apartar la mirada de los ojos de Gudrun. Ella, entonces, extendió su mano hacia él. Los troncos cayeron al suelo en cascada, haciendo un ruido de tambores, y el hombre se desplomó en el más absoluto silencio. En el suelo, hecho un guiñapo, temblaba y gemía desesperadamente. Gudrun se acercó a él, se quedó mirándole durante unos segundos y lentamente le pasó sus largos dedos por el cuello. Entonces, el criado se convulsionó entre estertores, y una mueca de horror indescriptible apareció en su cara.

—¡Fuera! —le volvió a ordenar en voz muy baja.

Esta vez el criado se incorporó y, tambaleándose, se dirigió hacia la puerta. El eco de los pasos de aquel hombre alejándose a toda prisa retumbó en la estancia durante algún tiempo, como si el humo que lo cubría todo no le dejara marchar.

Jessa respiró más tranquila y, distraída, se apoyó en el tapiz. Con un movimiento rápido, Thorkil soltó el tapiz y los dos se quedaron muy quietos. El silencio era total. El corazón de Jessa latía desbocado. Pensó que la habían visto.

Entonces oyeron la voz de Gudrun. Estaba tan cerca que Jessa apenas podía contener el deseo de gritar.

—Kari tampoco se libraré de mí. He esperado mucho tiempo, un tiempo que era necesario que transcurriera. Y ahora, Gettir —dijo, volviendo la cabeza hacia el viejo—, incluso tengo deseos de verle, de ponerle a prueba, de saber hasta dónde puede llegar.

La mano de Gudrun levantó el tapiz y Jessa creyó que su miedo la delataría. Los dedos blancos y largos estaban a tan sólo unos centímetros de su cara.

—De todas formas —continuó Gudrun—, veré a esos dos esta noche. Entonces será mi turno.

Al oír el ruido de las patas de la butaca sobre las losas de piedra del suelo, pensaron que Gettir se había levantado.

—Yo también estaré aquí esta noche.

—Como quieras, yo no te lo impido, viejo astuto —después, Gudrun giró sobre sí misma y pasó como una sombra delante de ellos. Atravesó el arco de piedra y se dirigió a la escalera. El sonido de sus pasos, aunque tenue, rompía el silencio con un ritmo monótono.

Thorkil dio un respiro de alivio y apretó con fuerza el brazo de Jessa. Estaban muy tensos; les habría gustado echar a correr y respirar aire limpio, pero el anciano aún estaba allí, de pie junto a la butaca. Pasaron unos segundos. Luego, Gettir, cruzando la estancia, se dirigió a la puerta que daba al jardín, descorrió el cerrojo y la

abrió. Una ráfaga de aire frío movió el tapiz y provocó una enorme nube de polvo. Cuando Jessa logró abrir los ojos, la habitación estaba vacía.

Sin pensarlo más, echaron a correr directamente hacia la puerta de la calle y, una vez fuera, cerraron tras ellos. Una delgada columna de humo los había perseguido hasta el exterior, pero al contacto con el aire se esfumó. En la puerta, un soldado somnoliento que hacía guardia, los vio alejarse con pasos rápidos y mezclarse con otros chiquillos y con alguna que otra escuálida gallina. Apenas habían recorrido un trecho cuando Jessa tuvo la sensación de que alguien los observaba. Se volvió hacia la mansión, pero no vio a nadie en las ventanas.

III

*Es bueno hablar con un hombre bueno,
hazte su amigo lo más rápidamente posible.*

—«LOS VOY A TENER muy controlados»... y se refería a nosotros —dijo Jessa, mientras Mord Signi echaba troncos a la chimenea y apartaba con la mano las chispas que saltaban—. ¿Qué crees que quería decir?

—Yo no creo nada —contestó Mord, incorporándose—. Nada que tenga que ver con ella.

Mord era un hombre alto y fuerte; su cabeza de pelo gris casi rozaba el techo de la casa. Miró a su esposa, que estaba metiendo la ropa de Jessa en una bolsa de cuero, y dijo:

—No podemos dejar que se los lleven así. Deberíamos hacer algo.

Su esposa se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Sabes que de nada sirve hablar con Ragnar. Además, no nos escucharía —dijo ella con dulzura. Después, inclinándose sobre el oído del hombre dijo algo más, pero en voz tan baja que Jessa únicamente pudo oír las últimas palabras—:... no te metas en líos, tenemos hijos de quienes preocuparnos.

Mord se quedó callado y Jessa le compadeció. Había sido el hombre de confianza de su padre; sin embargo, ahora, allí, en el dominio del Yarl, no era más que un campesino, y quizá su esposa tenía razón. Ningún ruego haría cambiar de opinión a Ragnar y, además, ella, Jessa, no consentiría jamás que Mord intercediera.

Mord volvió junto al fuego. La chimenea estaba en el centro de la habitación y de las paredes colgaban una especie de hamacas que hacían las veces de camas. Sobre ellas, viejas y mohosas mantas de piel esperaban el anochecer para ser utilizadas. Había atizado el fuego y las llamas crepitaban con fuerza iluminando la habitación con tonos amarillos y rojos. Entre las sombras, la cara preocupada de Thorkil y el gesto triste de Mord. Fuera, el cielo de la tarde se iba oscureciendo y había empezado de nuevo a nevar. El invierno, como era habitual en aquellos parajes, tardaba en irse.

—Mord, cuéntanos algo de Gudrun —pidió Thorkil.

—Hijo, no creo que merezca la pena. Lo mejor es no hablar de ella.

—Pero tenemos que saber algo —protestó Thorkil, mirando a la esposa de Mord y a su hija pequeña, que le tiraba de la falda—. ¡No entiendes que nos van a llevar a Thrasirshall!

—Tiene razón el chico —dijo la mujer, dirigiéndose a Mord.

Mord dejó de atizar el fuego, se incorporó y se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada. Después, se volvió a sentar junto a la chimenea.

—Es la historia más extraña de todas las gestas heroicas que se conocen. Cuando Ragnar era joven, los wulfings gobernaban en el Norte. Él, al igual que vuestros

padres, era uno de los muchos y pequeños granjeros del dominio, pero Ragnar era ambicioso. Compraba cuanta tierra podía, y cuando no podía la robaba. Así arruinó a sus enemigos en el Consejo Superior, que era el antiguo Consejo de Gobierno, y se rodeó de hombres sin escrúpulos. De todas formas, las cosas no habrían llegado tan lejos de no ser por ella. —Mord hizo una pausa. Después, continuó—: Más allá del río Yngvir y de las montañas, sólo existe hielo. Según dicen, el hielo se extiende hasta los confines del mundo, y después, nada, la oscuridad total. Hombres que han estado allí, los pocos que han logrado volver, cuentan que oscuros abismos se abren bajo los pies, que hay montañas brillantes como el cristal y que el cielo es siempre rojo. Más allá de los icebergs, incluso el mar está helado. Ningún animal ha logrado sobrevivir, ni tan siquiera el oso blanco, aunque también debo decir que me contaron la historia de una larga y brillante serpiente que había hecho su nido bajo el hielo. Puede que sea sólo una leyenda, pero lo cierto es que todos afirman que hay trolls, espectros y también espíritus malignos que viven en las hendiduras de las montañas.

»Bien, pues precisamente en esos parajes habitan los hombres del hielo: una raza de hechiceros de los que apenas se sabe nada, excepto que algunas veces se acercan a la frontera del Norte y cometen toda clase de actos vandálicos. Niños que desaparecen de las granjas, ganado muerto o desaparecido, incluso se dice que comen carne de perro.

»Un año, los ataques fueron tan fuertes que el viejo Yarl Wulfing envió a Ragnar, acompañado de hombres armados, a aquellas tierras para acabar con las incursiones en su territorio. Cruzaron las colinas y atravesaron el desfiladero de Thrasirshall. Después bajaron por la ladera de la montaña hasta que se encontraron con la niebla blanca: una niebla espesa, blanca y compacta que ni tan siquiera el viento más fuerte podía disolver. Eran cincuenta hombres los que iban al encuentro de aquella trampa mortal y tan sólo uno salió con vida».

—Pero ¿qué era esa niebla? —preguntó Thorkil.

—Brujería, hechizo, encantamiento, ¿quién sabe? —dijo Mord, encogiéndose de hombros—. Pasaron tres meses, y un día llegó un barco al puerto de Tarva, un extraño barco con velas oscuras y veinte remeros a bordo. Eran hombres muy altos, de pelo blanco, y hablaban una lengua desconocida. El viejo Gettir iba al frente de ellos: por supuesto que entonces era más joven. Con ellos venía Ragnar y una mujer hermosa, blanca como la nieve y fría como el hielo. Y hasta hoy eso es todo lo que sabemos de ella. Quién es o qué promesas o juramentos hizo Ragnar para poder salvar su vida, nadie lo sabe. Pero sí supimos, sin mucho tardar, que una hechicera del hielo se había instalado entre nosotros.

Jessa miró a Thorkil, que seguía la explicación de Mord con verdadera atención, mientras se ataba y desataba maquinalmente los cordones de las botas.

—Quizá lo primero que habría que decir —continuó Mord— es que el viejo Yarl Wulfing murió una noche de tormenta. Al parecer, cuando se acostó estaba perfectamente, pero entrada la noche se escuchó un terrible grito en sus habitaciones

y, cuando llegaron los criados, lo encontraron muerto. Dicen que tenía la huella de una mano en el cuello, pero que a la mañana siguiente la señal había desaparecido.

Thorkil giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Jessa. Mord continuó:

—Y había otra cosa: sus manos estaban cubiertas por una capa de hielo. Lo que vino después es fácil de adivinar. Los rumores se fueron extendiendo y el miedo hizo su aparición. El Yarl había muerto sin dejar heredero y al Consejo Superior le correspondía elegir un nuevo Yarl. Tendrían que haberle elegido entre los wulfings, muchos de los cuales eran hombres justos y buenos, pero el miedo les tenía atenazados y eligieron a Ragnar. Fue una terrible equivocación.

»Dos miembros del Consejo mostraron su desacuerdo, lo recuerdo bien. A uno le mató un oso, y el otro apareció helado sobre un montículo de nieve en una noche oscura. Nadie de sus familias pudo explicar por qué habían salido de sus casas, pero uno de los hijos del segundo, el más pequeño, aseguró que una «señora vestida de blanco» lo había llamado desde la ventana. Seguro que ya habéis oído todo esto en alguna ocasión...

Jessa se movió inquieta en su taburete.

—Algo sí, pero muy poco. No te cuentan estas cosas cuando eres pequeña. Pero ¿qué pasó con Kari?

Mord miró hacia la puerta y bajó aún más la voz:

—La casualidad quiso que, cuando llegó la noticia, Ragnar y yo estuviéramos en el bosque vigilando la tala de madera para el dominio. «Es un niño», dijo el mensajero, pero por el tono de su voz y su nerviosismo algo parecía no haber ido bien. Ragnar le preguntó si había habido algún contratiempo y el hombre empezó a balbucear algo sobre la comadrona y el grito que había dado al verle. Ragnar entonces me empujó a un lado y espoleó su caballo en dirección a la mansión. Los dioses me asistan, nunca había visto un hombre tan desesperado.

—¿El mensajero había visto al niño? —preguntó Jessa.

—No, pero tampoco hacía falta. Los rumores se extendieron como la pólvora. El niño era un monstruo. Para mí que el Gran Dios castigó el orgullo de Ragnar y las malas artes de Gudrun. Así son los dioses. El niño estuvo aquí durante algún tiempo; le pusieron Kari, pero nunca nadie logró verlo, excepto Gudrun y Gettir. Ragnar jamás lo ha visto.

—Eso nos ha dicho —murmuró Thorkil.

—Y ella odia a su hijo. Al parecer, rara vez pronuncia su nombre. Cuando la criatura cumplió los cinco años, ella consiguió que Ragnar le enviara lejos, a la desolada frontera del Norte. Supongo que lo que ella esperaba es que muriera de frío y hambre. Por entonces, Brochael estaba en prisión. Siempre fue fiel a los wulfings y Ragnar le había quitado sus tierras. Al final, el Yarl decidió enviar a Brochael para que acompañara a Kari en su destierro y cuidara de él. Fue una venganza cruel —se lamentó Mord—; Brochael y yo éramos muy amigos, se trataba de un buen hombre. Seguramente habrá muerto; nadie, que yo sepa, ha visitado Thrasirshall en todos

estos años.

—Hasta ahora —dijo Thorkil con tristeza.

Se hizo un profundo silencio.

—Si nadie le ha visto —dijo de pronto Jessa con cierta esperanza en su voz—, ¿cómo saben que es tan horrible?

—¿Y qué otra razón iba a tener para encerrarlo?

Fue una buena respuesta.

—Bien, de cualquier forma pronto lo sabremos —apuntó Thorkil.

Mord le miró con el ceño fruncido.

—Ten cuidado, hijo; sé prudente. Dicen que ella puede manejar cualquier mente a su antojo.

—Conmigo no podrá —aseguró Thorkil, esbozando una fría sonrisa.

Jessa, mientras tanto, pensaba en que seguramente Kari y el tal Brochael estarían muertos. ¿Cómo podía alguien sobrevivir allí arriba? «¿Qué será de nosotros?», se preguntó.

—Gudrun, sí —le advirtió Mord—: es una hechicera, tiene poderes y sabe cómo utilizarlos. Ella es la única culpable de la muerte de vuestros padres y de lo ocurrido a los wulfings. Hay que reconocer que es superior a nosotros.

Thorkil observó absorto el fuego y Jessa se pasó la mano por el pelo con expresión ausente. Mord captó la mirada de su esposa y dijo:

—Bueno, ya está bien de charla. Vamos a cenar.

La comida no escaseaba en el dominio del Yarl; tenían caldo, pescado y pastel de miel. Jessa, además de preocupada, estaba hambrienta. «¿Qué comerían allí, en aquel páramo entre hielo?», volvió a preguntarse. Allí no crecía el grano y ni tan siquiera sobrevivían los animales. Ella no estaba acostumbrada a pasar calamidades. Su granja, aunque no muy grande, era una de las más ricas. ¿Cómo sería todo aquello?

Cuando terminaron, Mord se levantó y se puso el capote por encima.

—Vamos, no debemos hacerla esperar.

Fuera, el cielo estaba plagado de estrellas con brillo desvaído, y la luna, como un globo plateado, se balanceaba sobre la cima de las montañas iluminándolas con un misterioso resplandor azul.

A esa hora, el silencio y el intenso frío eran los únicos transeúntes de aquellas calles. Todas las luces estaban apagadas, y sólo el ladrido de algún perro hacía recordar que no estaban en una ciudad fantasma. Al volver una esquina, una rata chocó contra sus pies y resbaló por un charco helado. Las casas eran como todas las de los dominios del Yarl, de una planta y con el tejado de hierba. A esa hora todas las ventanas permanecían cerradas y los fuegos encendidos. Sobre la aldea flotaba una nube de humo que parecía protegerla de desconocidos peligros.

Únicamente en la mansión había indicios de que sus moradores estaban despiertos; el ruido que salía de la fortaleza aumentaba según se iban aproximando. Las contraventanas seguían abiertas y un círculo de luz blanca parpadeaba en la

ventana circular de la parte alta. Se oían risas y voces.

El soldado de la puerta afilaba la espada sirviéndose de una piedra, y un enorme mastín con apariencia de lobo salió a su encuentro. Mord saludó al soldado y, poniendo su mano sobre el pomo de la puerta, se volvió hacia ellos.

—No comáis nada que ella os dé, tampoco bebáis nada y evitad mirarla a los ojos. No sé qué más puedo deciros. De cualquier forma, si quiere apoderarse de vuestras mentes, lo hará —les dijo, casi en un susurro. Y, sin más, abrió la puerta.

IV

*Nunca en la batalla levantes la mirada.
No podrán así los héroes hechizarte
y transformar guerreros en sarmiento.*

LA ESTANCIA NO PARECÍA la misma que habían dejado unas horas antes. Era como si un mago la hubiera transformado con su varita mágica. Todas las chimeneas estaban encendidas y la luz de las velas alumbraba cada rincón. Los tonos de las cortinas, rojos y verdes, brillaban alegres y vivos. Las mesas, aún con restos de comida, eran pasto de ávidos y enormes perros. Y envolviéndolo todo, una neblina cálida y acogedora con un fuerte olor a especias.

Mord se abrió paso entre la multitud, y Jessa, tras él, miraba con curiosidad los elegantes trajes de las damas adornados con bordados, encajes, joyas y pieles. Todas aquellas personas eran fieles al Yarl y todas se habían enriquecido con las tierras de otros. Jessa alzó la barbilla con gesto altivo y pensó en la última vez que había visto a su padre. Ella era muy pequeña, sólo tenía seis años, y él la abrazó muy fuerte al despedirse. Cerró los ojos con fuerza, pero no logró recordar su cara.

Cuando abrió los ojos, vio, sentado aún a la mesa, al Yarl Ragnar y, junto a él, pálida como un fantasma y mirándola con sus ojos incoloros, a Gudrun, la Hechicera del Hielo. A su lado, Gettir miraba con insistencia a Thorkil.

Siguieron a Mord y se sentaron cerca de la chimenea. A su paso todos se apartaron; incluso hubo alguno que saludó a Jessa con una ligera inclinación de cabeza.

«Bien —pensó ella—, el Yarl aún tiene enemigos dentro de su casa». Mord parecía nervioso y Jessa le vio hacer discretos gestos a alguien que no logró identificar entre la multitud. En ese momento, la voz de un criado pidió silencio.

Los hombres, con las copas llenas, se recostaron en sus sillas a esperar el próximo acontecimiento. Lo mismo daba que fuera la canción de un juglar que el proceso a un campesino. «¡Cualquier cosa!», pensó Jessa con rabia. De pronto, se fijó en un hombre alto y delgado que le sonreía desde el centro de la estancia. Le vio agacharse y sacar, de una bolsa que tenía a los pies, un manojo de hierbas secas atado con una cinta verde. Era un buhonero y Jessa negó con la cabeza; no pensaba comprarle nada. El buhonero le hizo un guiño de complicidad y al momento desapareció, mezclándose con los demás.

Sintió que el codo de Thorkil se clavaba en su brazo y que con un movimiento de cabeza le indicaba que mirara hacia la izquierda.

Dos de los hombres del Yarl traían a un prisionero. Era un hombre alto, moreno y de porte distinguido. Llevaba un viejo y sucio jubón y en el cuello le brillaba una cadena de oro. Andaba muy erguido y miraba a su alrededor con arrogancia.

—Es Wulfgar —dijo Thorkil a su oído—, el último de los Wulfing. Le apresaron la semana pasada en Hagafell y, si hay alguien que tiene derecho a ser Yarl, ése es Wulfgar.

El prisionero avanzó despacio hasta el centro de la sala y Jessa vio cómo algunos hombres bajaban la mirada, mientras otros le deseaban suerte mirándole de frente. Y pensó que debían de respetarle mucho para arriesgarse de ese modo delante de Gudrun.

—Wulfgar, hijo de Osric —comenzó Ragnar, pero el prisionero no le dejó continuar.

—Está bien, Ragnar, todos saben quién soy —dijo sin alzar la voz, y un murmullo de aprobación se extendió por la estancia.

—Has conspirado y atentado contra mis dominios...

—Querrás decir *mis* dominios, aunque sabes que no lo hice —atajó Wulfgar con suavidad.

—... y contra mí.

—¡Contra ti! El hijo de un siervo de Hvinir, donde no hay más que tierra negra y humo.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —se enfureció Ragnar.

—¡Dejadle que hable! —gritó alguien—. ¡Tiene derecho a hablar!

Otras voces le apoyaron y el Yarl hizo un gesto pidiendo silencio.

—Puede hablar. Si es que tiene algo que decir —aceptó Ragnar al cabo de unos segundos.

El prisionero se inclinó sobre la mesa, cogió una manzana y le dio un mordisco. Uno de los soldados hizo intención de golpearle, pero Ragnar le detuvo con un brusco movimiento de la mano.

—No tengo nada que decir —dijo Wulfgar, en tono tranquilo—. Nada que pueda variar mi destino. Eres como un árbol sin vida, Ragnar. Un árbol al que la hiedra ha ido asfixiando poco a poco. Te ha envenenado, te ha consumido. Líbrate de ella, si aún te quedan fuerzas para hacerlo.

Jessa, como todos los demás, miró a Gudrun, que sonreía mientras apuraba el vino de su copa. La cara de Ragnar estaba roja de furia y su voz sonó áspera y desagradable.

—En atención a tu noble familia, utilizaremos un método rápido. El hacha. Mañana al amanecer.

Se alzó un murmullo que pronto se convirtió en griterío. Los hombres hablaban y se miraban entre asustados y sorprendidos, mientras Gudrun, sin dejar su copa, los observaba y parecía querer traspasarlos con sus ojos de hielo.

—No puede hacer eso —balbuceó Thorkil.

Sintió la mano de Mord sobre su hombro y oyó su voz.

—Calla y no te muevas, es mejor pasar desapercibido —el tono de Mord era de advertencia, y su mano apretaba cada vez con más fuerza.

Después, todo pasó muy rápido; Wulfgar escupió el bocado de manzana y en ese instante una de las contraventanas se vino abajo con gran estruendo. Una ráfaga de aire helado apagó las velas y se oyó un grito en la oscuridad. Inmediatamente, Wulfgar desapareció entre la multitud de sombras. Mientras tanto, de la chimenea comenzó a salir un extraño y denso humo azul, provocando una fuerte tos y sensación de ahogo a todos los invitados. Los perros ladraban y Ragnar chillaba dando órdenes. Abrieron las puertas y muchos salieron corriendo y desaparecieron entre las callejuelas del dominio. Un viento helado y cortante como un cuchillo afilado entró en la estancia.

—¿Ha logrado escapar? —preguntó Thorkil, poniéndose de puntillas y tratando de distinguir lo ocurrido en la oscuridad.

—Supongo que sí. Seguro que la fuga estaba planeada —respondió Jessa.

—¿Tú crees?

—Calla. Habla más bajo.

Jessa se volvió y vio que la silla de Gudrun estaba vacía. Algo en la chimenea llamó su atención; se acercó y, entre las llamas, atado con una cinta verde, ardía un manojo de hierbas secas de donde emanaba aquel incómodo y denso humo azul. Miró a su alrededor buscando al buhonero, pero había desaparecido. Se agachó y con mucho cuidado logró sacar de entre las cenizas el chamuscado manojo de hierbas, lo apagó de un pisotón y se lo guardó en el bolsillo de la capa.

—¿Crees que conseguirá escapar? —le preguntaba Thorkil en ese momento.

—Si logra salir del dominio del Yarl, es muy posible. No creo que todos los que le persiguen quieran encontrarle. Debería dirigirse al sur, al otro lado del mar.

—¿Y crees que lo hará?

—Yo lo dudo —contestó Mord tras ellos—; Wulfgar lo que desea es convertirse en Yarl, y muchos comparten su opinión —un frío intenso surgió de algún lugar y Mord añadió—: Bien, creo que ha llegado el momento.

Desde una de las puertas de la estancia un criado de Gudrun les hizo una seña. Avanzaron hacia él en absoluto silencio. Jessa iba detrás de Thorkil, que hacía grandes esfuerzos por mantenerse erguido, mientras sus piernas apenas podían sostenerle. Tras atravesar un arco de madera con relieves de serpientes retorcidas, el criado se detuvo junto a una puerta y, con un gesto de la mano, les indicó que entraran. La puerta era tan baja que Mord tuvo que agacharse y Jessa, que iba la última, apretó los puños para que el temblor de sus manos no delatara su terror.

Allí estaban Ragnar, Gettir, otros hombres de ojos transparentes como el hielo y... Gudrun. De cerca casi se podría decir que era hermosa. Sus ojos incoloros y tranquilos, como el agua de un estanque poco profundo, despedían un frío gélido que Jessa notó en las mejillas.

Afuera seguía la persecución: carreras, gritos y ladridos de perros. Los soldados registraban hasta el último rincón de cada casa. En la estancia todo era silencio, un silencio tenso y triste como el que sigue a una gran pelea. Gudrun los esperaba de pie

junto a una ventana. Ragnar apenas se volvió a mirarlos. «Ella lo sabe todo», pensó Jessa, sintiendo el mayor de los pánicos. Gudrun le dirigió una fría y distante sonrisa.

—Todo está preparado para el viaje —informó Ragnar—. El barco zarpará mañana temprano con la marea —su mano acarició nerviosa el brazo del sillón; una cabeza de lobo desgastada y brillante por el roce de muchas manos.

Gudrun se dirigió a la mesa y Jessa vio que llevaba una pulsera de piel de serpiente trenzada. Cogió una jarra y sirvió cuatro copas con un líquido rojo. Jessa se quitó un guante y vio miedo en los ojos de Thorkil. No podían rechazarlo: brindar con vino caliente era costumbre en las despedidas. Tenían que beberse. Uno tras otro cogieron sus copas. Gudrun alzó la suya y, sujetándola con ambas manos, bebió sin apartar sus ojos de ellos. «Esta situación le divierte», pensó Jessa, y se bebió el vino de un trago. Un sabor agrio y amargo le abrasó la garganta. Thorkil la imitó y después dejó la copa vacía dando un fuerte golpe en la mesa. Mord apenas se acercó la copa a los labios.

—Tenemos algo más para vosotros. Un regalo —dijo Gudrun con voz suave.

Al momento un criado se acercó a ellos y les entregó unas preciosas pulseras de plata que representaban dos serpientes entrelazadas. Brillaban con tal fuerza y estaban tan heladas que se habría podido asegurar que eran de hielo, pero Jessa sabía muy bien que la plata provenía de las minas, donde muchos hombres morían cada día rodeados de montañas de hielo. Su primer impulso fue tirársela a la cara, pero Mord la miró con dureza y ella se mantuvo callada y furiosa.

Entonces Gudrun, dándoles la espalda, gritó:

—¡Lleváoslos de aquí!

—¡Un momento!

Todas las miradas se volvieron hacia Thorkil; y de nuevo todos callaron.

—¿No quieres que le digamos nada de tu parte? —preguntó él, apretando con fuerza la pulsera en su mano—. Vamos a verle, vamos a ver a tu... —pero no pudo terminar la frase porque el corazón le golpeaba en la garganta con tal fuerza que impedía que salieran sus palabras.

El anciano Gettir, desde un extremo, miraba con curiosidad a Thorkil. Jessa, en cambio, le miraba a él.

Gudrun se volvió y, clavando sus ojos en Thorkil, dijo con voz hueca:

—No sé si sabes que Thrasirshall es el vertedero donde arrojo todo lo inservible —Thorkil sintió que un frío intenso le paralizaba. Gudrun continuó—: Quiero que le conozcáis. ¿Por qué no? Acordaos de mí; cuando le tengáis frente a vosotros, os estaré observando. No importa lo lejos que estéis; nada escapa a mi mirada, nada se me oculta.

Gudrun dirigió sus ojos a la mano de Thorkil. Él siguió su mirada y vio con desagrado cómo por sus dedos corría un hilo de sangre. La fuerza con que había apretado la pulsera había hecho que la boca de la serpiente se clavara en su piel.

V

Nada mejor que el sentido común como compañero de viaje.

AÚN NO HABÍA AMANECIDO y el barco se mecía con suavidad en las aguas del puerto. Su mascarón de proa, con forma de cabeza de dragón, se erguía hacia las estrellas. El resto no era más que una enorme mole oscura y triste. Algunos hombres, embutidos en amplios capotes, subían los últimos fardos a bordo.

Jessa, de pie junto al barco, observaba a los hombres subir y bajar por la escalerilla; más allá, el dominio del Yarl, con sus casas bajas al pie de la colina; y al fondo, destacando sobre todas las demás, majestuosa y tenebrosa, la mansión con su tejado volado, del que sobresalían cabezas de serpientes.

—¿Has podido dormir? —le preguntó Thorkil, bostezando.

—Sí —se apresuró a contestar Jessa, pero no le dijo nada de la pesadilla que había tenido.

Había sido horrible; estaba sola y corría desesperada por interminables pasadizos oscuros y húmedos, a cuyos lados únicamente había puertas y más puertas, siempre cerradas. Y también había soñado con Gudrun.

Tampoco le dijo que se había despertado a media noche y que se había quedado mirando cómo caía la nieve lenta y silenciosamente, mientras la hija pequeña de Mord se acurrucaba a su lado.

En ese momento vio a Mord que venía acompañado de un hombre joven. Le oyó llamarle Helgi; por cómo se dirigía a los hombres, bien podría ser el capitán.

—Ha llegado el momento —dijo Mord, extendiendo los brazos y rodeándolos con ellos en un cariñoso abrazo—. Al menos sabemos que Wulfgar logró escapar. No creo que ya puedan darle alcance. Vosotros parece que vais a tener buen tiempo —y, sin soltarlos, se quedó mirando con tristeza al agua—. De poco sirven ya las palabras, pero os prometo que intentaré hablar con Ragnar para pedirle que os perdone y os traiga del destierro, aunque no creo que me escuche, ni que le quede mucho tiempo de vida. Sin él ya no habrá ninguna esperanza. Gudrun nunca os perdonará. Tenéis que ser fuertes. Todos tenemos que serlo.

—Lo seremos —dijo Jessa en voz baja—. No te preocupes. Saldremos adelante.

Mord la miró a los ojos y susurró:

—Confío en que así será.

Apartando su mano enguantada de las de Mord, Jessa comenzó a subir la escalerilla.

Uno de los hombres la ayudó en el último tramo. Una vez arriba, Jessa se volvió a contemplar cómo la helada espuma del agua se abría en abanico al llegar a la playa para después volverse a unir formando una gruesa línea blanca en la arena. Sintió que algunas gotas se helaban en el mismo instante de salpicarle la cara.

El barco se balanceaba ligeramente y Thorkil, sentado junto a ella y arrebuñado en su capa de piel, se entretenía mirando a los remeros. El timonel dio la orden y treinta y dos remos, dieciséis a cada lado, se irguieron blancos con sus mantos de hielo y se hundieron en el agua. Al primer golpe de las palas el barco se tambaleó y, lentamente, se empezó a alejar de la playa. En el muelle algunos hombres observaban la maniobra, y hasta ellos llegó la voz de Mord, gritando:

—¡Buena suerte!

Thorkil murmuró:

—En el fondo, estaba deseando que nos fuéramos.

—No seas injusto, Mord lo ha sentido mucho. ¡Adiós! —gritó ella, poniéndose de puntillas, mientras Thorkil se encaramaba al mascarón de proa y, agarrándose al cuello del dragón, también gritaba:

—¡No nos olvides, Mord! ¡Volveremos!

Casi era imposible que les hubiera oído, pero el hombre asintió con un movimiento de cabeza y, después, se alejó del muelle.

Durante toda la mañana navegaron bordeando la costa. Sortearon el fiordo Tarva, empujados por la helada marea baja. Apenas soplaba el viento y los remeros trabajaban sin descanso; sus espaldas y sus rodillas en continuo movimiento marcaban un monótono ritmo. La neblina que surgía del agua se helaba dejando pequeños y transparentes cristales en la madera. El barco estaba atestado de arcones, sacos, barriles de cerveza y toda clase de víveres para los dominios más aislados. Cubriéndolo todo, la niebla igualaba cielo y tierra, y lo único que parecía mantenerse ajeno y libre de aquella bruma era el acompasado ruido de los remos traspasando el agua una y otra vez.

El frío se filtraba hasta los huesos y de nada servían las gruesas mantas con las que se arropaban. Jessa y Thorkil sabían que ya no podían hacer nada, sólo esperar, soñar y recordar. Les dolían las manos del frío y Jessa pensó que seguramente Thorkil habría agradecido que le dejaran remar, pero nadie le invitó a hacerlo. Desde que habían subido a bordo, la tripulación los observaba con curiosidad, aunque ninguno se había dirigido a ellos.

Poco a poco la niebla se fue despejando. Ya entrada la mañana, incluso pudieron divisar la orilla: una quebrada línea de rocas y, al fondo, colinas repletas de grandes árboles cubiertos de nieve. Pasaron a orillas de un pequeño dominio, donde el humo de las chimeneas parecía ser el único habitante. Como mudos testigos de su presencia, unas cabras observaron el barco con total indiferencia.

—Pero ¿dónde está la gente? —preguntó Thorkil, sorprendido.

—En sus casas. Prefieren no vernos.

—¿A nosotros?

—No, Thorkil, al barco. Es el barco del Yarl, no lo olvides.

Al mediodía el Sol aún estaba bajo, apenas alcanzaba la cima de las colinas. Helgi ordenó al timonel que atracara en cuanto viera un lugar apropiado.

Lentamente el barco comenzó a maniobrar para dirigirse a aguas menos profundas. Cuando Jessa se incorporó para bajar a tierra, no pudo evitar un grito de dolor; tenía las piernas y los brazos entumecidos y le dolía todo el cuerpo, incluyendo la cara. La playa era de arena fina y, nada más pisarla, Thorkil y ella, sin ponerse de acuerdo, echaron a correr para entrar en calor.

Los hombres prepararon un gran fuego, repartieron carne seca y pan, y echaron las sobras a los gaviotas, que chillaban y se peleaban por hacerse con las migajas. Jessa se dio cuenta de que Helgi no se separaba de ellos. Intentar escapar no iba a ser fácil.

—¿Cuánto durará el viaje? —le preguntó la joven, a la vez que se frotaba brazos y piernas con fuerza para conseguir que reaccionaran.

Helgi se echó a reír.

—Tres días o más, depende de cómo esté el tiempo. Ahora nos dirigimos a alta mar y mañana llegaremos a la costa de Ost; después, nos adentraremos en el río Yngvir hasta llegar a Trond. Y a partir de ahí seguiremos a través del hielo.

Thorkil hizo un gesto de fastidio.

—¿Y por qué no vamos por tierra? —preguntó.

—Porque las colinas, aunque tú no lo creas, están cubiertas de nieve y los lobos se cuentan por millares. Tienes muchas ganas de llegar a tu destino, ¿verdad?

Thorkil no contestó, y Jessa se fijó de pronto en que algo brillaba en su muñeca.

—¿Se puede saber por qué llevas eso puesto? —le preguntó, entre sorprendida y enfadada. Era la pulsera que les había dado Gudrun.

Thorkil acarició la brillante y suave cabeza de la serpiente.

—No lo sé, ni me había dado cuenta. Me la puse ayer y... De todas formas, esta pulsera debe de ser de mucho valor. ¿Y la tuya?

—En la bolsa, pero la pienso tirar al mar. Estoy convencida de que nos traerá mala suerte. No entiendo cómo la puedes llevar.

Thorkil respondió en tono áspero:

—La llevo porque quiero, para eso es mía.

Jessa negó con la cabeza.

—No, no es tuya; es de ella —y al decirlo pensó en lo presumido e infantil que era Thorkil.

—Vamos, no peleéis —dijo Helgi—. De todas formas, Jessa, a mí no me importaría que en lugar de tirar la tuya al mar me la dieras a mí. Te prometo que haré buen uso de ella.

—Quizá lo haga...

De pronto Thorkil se quedó mirando a Helgi.

—Y tus hombres, ¿nos van a acompañar durante todo el camino?

—Hasta la mismísima puerta —contestó Helgi, poniéndose serio. Y los marineros

empezaron a hablar en voz muy baja, como si hubieran oído la afirmación de su capitán.

El barco volvió a atracar en un puerto ya entrada la noche y la voz del vigilante de Tarva retumbó en la oscuridad. Jessa se despertó sobresaltada por los gritos de los remeros. El puerto eran tan pequeño que la proa del barco ocultaba las primeras luces del dominio.

Pasaron la noche en casa de un comerciante llamado Savik, quien al parecer conocía a Helgi. Cenaron bien y el lugar era acogedor, pero tres de los remeros se colocaron en la puerta y allí, sentados en el suelo, empezaron a jugar a los dados. «Decididamente —pensó Jessa— nos van a tener muy vigilados durante el viaje». El resto de los hombres parecía haberse esfumado, pero qué más daba, si aquellos tres no pensaban levantarse en toda la noche. Se acercó a Thorkil y le dijo al oído:

—No va a ser nada fácil.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Es que no has oído lo que ha dicho? Aunque escapáramos, ¿adonde iríamos?

—Sí, ya lo sé, pero de todas formas mantente alerta. Quién sabe.

—Supongo que te refieres a que siempre podremos saltar por la borda —replicó Thorkil de mal humor.

Jessa se quedó dormida enseguida. Soñó que estaba en el barco y que se deslizaba sobre helados e interminables fiordos. Entre ellos, como flotando en las aguas, surgía inesperadamente la silueta de una oscura mansión en cuyos largos pasadizos soplaba un viento helado. Los lobos aullaban día y noche.

A la mañana siguiente el viento soplaba a favor y zarparon temprano. Tan pronto como alcanzaron aguas más profundas, los hombres izaron la vela. Ayudándose de cabos muy gruesos, fueron desplegando la lona blanca, áspera y pesada, hasta que alcanzó la altura del palo mayor. El viento hacía que la vela se hinchara y tensara como un enorme arco. Hubo un momento en que el barco dio un giro muy brusco, como si hubiera perdido el control, pero el timonel mantuvo firme el timón y la embarcación continuó su travesía. Jessa, asomada por la borda de proa, contemplaba a las gaviotas que seguían al barco y a las que desde los riscos emitían sonidos estridentes. Las focas la miraban desde la orilla con sus ojos inteligentes y redondos. Y se le ocurrió que si permanecieran inmóviles sobre la arena, se las confundiría fácilmente con rocas negras y brillantes.

Se volvió para observar a la tripulación. Todos eran fuertes y rudos. Algunos descansaban durmiendo en la bodega del barco y otros se habían puesto a jugar a los dados, apostando anillos y broches que difícilmente podrían ser suyos. Thorkil se había unido a ellos y participaba en el juego. Iba perdiendo.

Pasado un rato, Helgi subió a cubierta y se sentó a su lado.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Estás mareada?

—No, todavía no.

Él sonrió.

—Dices bien, todavía no. Esta tarde vamos a detenernos en Dragonia para descargar mercancía, así que podrás bajar a tierra. Es un lugar bastante grande y con mucha actividad; pertenece al dominio Cabeza de Dragón.

—¿Cabeza de Dragón?

—Sí, ¿nunca has oído hablar de ese dominio? —se sorprendió, y sacando su cuchillo empezó a trazar unas líneas en la madera—. Se llama así porque está asentado sobre una lengua de tierra que se adentra en el agua. ¿Ves?: así. Tiene forma de cabeza de dragón; un dragón fiero, rocoso y hostil. En el extremo más al norte hay unos islotes alargados que bien podrían ser el fuego que sale de las fauces del dragón, por eso la gente los conoce por *Las Llamas*. La corriente en esa zona es muy peligrosa, créeme: ese dragón se ha tragado muchas embarcaciones. Pronto podrás verlo por ti misma.

Y así fue. Cuando el barco se aproximó a la zona, apareció de pronto, entre las aguas, una enorme y rocosa masa gris que se agigantaba cuanto más se acercaban. Tenía la forma exacta de una cabeza de dragón con cuello de piedra y parecía que estuviera hundiendo sus fauces en la espuma oscura de las olas. La boca abierta a punto de lanzar un alarido y profundas y negras cuevas dibujaban sus ojos y nariz. Un viento húmedo soplaba con fuerza a su alrededor y las olas se estrellaban contra el casco del barco, que, subiendo y bajando sobre un mar encrespado, trataba de esquivar las rocas que amenazaban con causar un naufragio.

Dragonía era la villa principal del dominio. Estaba justo en el centro del cuello del dragón, limitada por el pequeño puerto a un lado y el mar al otro. Tan pronto como Jessa la divisó, supo que allí estaba su oportunidad, quizá su única oportunidad. Había muchos barcos en el puerto, y las mercancías se amontonaban en desorden a lo largo del muelle. Allí se mezclaban comerciantes, marineros, buhoneros, pordioseros, ladrones e impostores de todas las raleas. Puestos y más puestos de frutas y toda clase de alimentos se alineaban frente al mar, y un fuerte olor a pescado y a especias inundaba el ambiente.

Era el lugar ideal para desaparecer limpia y fácilmente. Llevaba cosidas algunas monedas en el dobladillo de la capa y con eso podrían pagar a alguien que los ayudara. Intentó buscar con la mirada los ojos de Thorkil, pero él mantenía la vista baja. Parecía triste.

—Nunca funcionará —susurró.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? ¡Por lo menos debemos intentarlo, creo yo!

Thorkil asintió con la cabeza sin gran convencimiento.

Pasaron y correataron entre los puestos, y se sintieron libres, a pesar de que, prácticamente pegados a sus talones, dos de los hombres de Helgi, Thrand y el gigante y ruidoso Steinar, los seguían a todas partes. Jessa se sentía alegre. ¡Sólo dos hombres! Podría haber sido mucho peor.

Se pararon en uno de los puestos. Tenía toda clase de frutas, y también telas, chales, cinturones, hebillas, capas de lana suave que mecía el viento, cuero flexible, pieles, cuentas de colores, ajorcas y broches de ámbar, huesos de ballena y azabache, todo ello procedente de las templadas tierras del Sur. Se detuvieron junto a un puesto que únicamente vendía baratijas; sortijas con piedras de todos los colores formaban interminables hileras junto a collares y pulseras, labrados unos y lisos y brillantes otros.

Thrand dijo algo al oído de Steinar y después se alejó, mezclándose con la multitud, en dirección a un puesto donde afilaban cuchillos. Jessa le siguió con la mirada y vio cómo sacaba su cuchillo y se lo daba al afilador. Bien, así que ahora sólo los vigilaba uno.

Compraron almendras a una granjera y empezaron a comérselas mientras observaban cómo el martillo de un herrero golpeaba con fuerza la punta de un arpón. A continuación, la sumergió, con un chisporroteo, en un cubo de agua. Thorkil siguió andando y se detuvo a contemplar, con cierta envidia, algunas de las armas que vendían en otro de los puestos. Mientras, Jessa continuó probándose sortijas y collares.

Entonces alguien le dio en el hombro.

—Mil perdones —murmuró una voz.

Junto a ella un hombre delgado y larguirucho, con un abrigo raído y lleno de parches, le hizo un guiño de complicidad. Jessa le miró con desconfianza e inmediatamente buscó a Steinar: le vio en un puesto de cerveza bastante alejado.

—Viajáis muy deprisa por la senda de la ballena —dijo el hombre, que no era otro que el buhonero, mientras fingía interesarse por un broche de los del puesto.

—Lo mismo digo —le contestó Jessa, reticente—. ¿Dónde está Wulfgar? ¿Está contigo?

—¿Ese fugitivo? —preguntó él sonriendo—. ¿Ese príncipe de jubón raído? ¿Por qué piensas que sé dónde está?

Jessa sacó el manojito de hierbas de su bolsillo y lo frotó con los dedos hasta que su aroma les llegó a la nariz.

—Por esto.

El buhonero se quedó mirando las hierbas y dio un silbido.

—Está bien, debo admitir que eres muy perspicaz. Pero lo único que sé de Wulfgar es que, según dicen, se dirigió al Sur. Supongo que será verdad.

—Pues yo no lo creo así —dijo Jessa sin apartar la vista de Thorkil, que trataba de levantar una pesada espada—. Puede que haya otras personas que también quieran escapar y éste sería un buen momento.

El buhonero miró a su alrededor y siguió jugando con el broche.

—Sé adonde os dirigís, pero no hay distancia que no puedan alcanzar los ojos de la mujer serpiente.

Jessa le miró, desafiante.

—Si no quieres ayudarnos, es igual; lo intentaremos de cualquier manera. No pienso morir de hambre en Thrasirshall con... con lo que sea que se esconde allí. Tengo dinero, si es eso lo que quieres.

Él dejó el broche y se volvió hacia Jessa.

—Pensaba que eras más valiente.

—Según para qué.

—Quiero que escuches lo que voy a decirte —y su voz sonó bronca y autoritaria—. No hagas nada. Confía en mí. Debes esperar hasta que tengas noticias mías, por favor, no importa cuánto tiempo pase, y sobre todo, no intentes escapar. ¡Prométemelo!

—Pero...

—¡Prométemelo! No te defraudaré.

—De acuerdo —dijo Jessa, aturdida—, pero queda poco tiempo, enseguida volveremos al barco.

—No va a ser aquí. No te preocupes. Cuando me vuelvas a ver, lo comprenderás todo.

En ese momento vieron que Steinar venía hacia ellos.

—No, no me gusta —dijo Jessa en voz alta—; es demasiado caro.

—Como desee la señorita —dijo el buhonero, rascándose la cabeza—. La próxima vez traeré algo que le guste más. Se lo prometo —y, haciendo un guiño, desapareció entre la muchedumbre.

Thorkil se acercó, diciendo:

—Creía que no te iba a encontrar. Mira a Steinar, parece que lleva más de una cerveza encima.

—¡Sandeces! —refunfuñó Steinar, ya junto a ellos, pero el aliento le apestaba a cerveza. Luego, puso una de sus pesadas y peludas manos sobre el hombro de Thorkil y gruñó—: ¡Vamos, de vuelta al barco!

En cubierta, Helgi los estaba esperando con muestras de nerviosismo. Riñó severamente a Steinar, y éste, sin decir palabra y encogiéndose de hombros, ocupó su lugar entre los remeros. Thrand llegó un poco más tarde y fue recibido con un gran abucheo por parte de la tripulación.

El mar estaba encrespado y altas olas con crestas de espuma salpicaban la cubierta. Los hombres remaban contra corriente y el viento era frío. Jessa miró hacia el muelle, pero el buhonero había desaparecido. Se apoyó en la borda, pensativa. Había prometido esperar, y esperaría, pero no podía evitar la sensación de haber perdido su gran oportunidad. De ahora en adelante, cada día que pasara estarían más cerca de Thrasirshall. Sin embargo, había algo en la mirada de aquel hombre que le había inspirado confianza, y también su sonrisa parecía sincera y conocedora de algún secreto que ella ignoraba.

VI

*Frágiles son las velas de un barco,
peligrosa la oscuridad...*

LA TORMENTA LOS ALCANZÓ ya avanzada la tarde. Una lluvia helada y fina como puntas de alfiler caía con fuerza sobre sus cabezas. Jessa se había acurrucado junto a Thorkil, pero ni así lograba resguardarse del frío y de la lluvia. De nada había servido cobijarse en la bodega y taparse con un trozo de vela: los dos estaban empapados y tiritando de frío. Cuando el agua les llegó a los tobillos decidieron abandonar su refugio y ayudar a los hombres. Las olas barrían la cubierta, y el barco, como un simple juguete, subía y bajaba a merced de ellas. Los remeros se aferraban con fuerza a los remos y Helgi, desde proa y calado hasta los huesos, gritaba dando órdenes cada vez que se acercaban peligrosamente a las rocas. Los acantilados grises como el acero se cernían sobre ellos y el barco se hundía y surgía incesantemente entre el oleaje. La madera crujía y temblaba. Jessa, marcada y exhausta, achicaba agua como un autómatas y le parecía que llevaba haciendo aquello mucho tiempo. El tiempo se había detenido. Le dolía todo el cuerpo, los pies se le estaban empezando a congelar y el mundo subía y bajaba a su alrededor.

Cuando llegó la noche, la lluvia se heló sobre cubierta.

Tuvieron que utilizar los cuchillos para levantar la capa de hielo que luego arrojarían por la borda. De pronto Helgi dio un grito y el timonel giró bruscamente el timón justo a tiempo de esquivar un iceberg. La madera crujió como si se fuera a resquebrajar y todos fueron a dar con sus huesos sobre el duro suelo de cubierta. Al momento, y de improviso, se levantó un viento tan fuerte y arremolinado que Jessa se sintió impelida hacia el centro de cubierta y empezó a girar sobre sí misma. Cuando logró encontrar el equilibrio, comprobó que se habían alejado de los acantilados.

En mitad de la noche, aún oscura y cerrada, mercancías y barriles de cerveza fueron arrojados por la borda. A Jessa el granizo y la sal le habían irritado los ojos y le escocían terriblemente. Tenía los brazos absolutamente helados hasta la altura del codo, y el agua, a pesar de la que estaban achicando frenéticamente, parecía estar siempre a la misma altura. Los remeros no cesaban de blasfemar y hacer comentarios obscenos.

Finalmente, helada y agotada, la joven se desplomó. La tormenta rugía a su alrededor; oía extraños gemidos que provenían del mar, voces en el viento, gritos y alaridos que con su clamor empujaban al barco. Cerró los ojos y vio a Wulfgar de pie en la estancia de la mansión. Los cortinajes se movían con el viento y había un ruido de pasos apresurados y apagados. Alguien, un ser extraño con los ojos de Gudrun, apretaba en su mano cerrada una bellísima pulsera de plata y corría atravesando largos pasadizos con puertas cerradas a ambos lados. Aún medio inconsciente, se dio

cuenta de que era su mano la que apretaba con fuerza la pulsera de Gudrun. Se incorporó y, con gran esfuerzo, logró arrojarla por la borda. Inmediatamente sintió un gran alivio y, sin importarle lo empapado que estaba todo, se echó sobre unos fardos. Aún dormía cuando Helgi divisó el humo de las chimeneas del puerto de Ost.

Al despertarse, Jessa se preguntó si lo que había pasado la noche anterior había sido sueño o realidad. Ost era un lugar mugriento; apenas unas cuantas casuchas habitadas por gentes famélicas de mirada furtiva. Al fondo, las montañas con sus acantilados blancos como la nieve hundiéndose en el fiordo. Allí los pastos permanecían helados durante casi todo el año y los animales estaban esqueléticos y agotados. El jefe del poblado era un hombre bajo y grasiento que trataba de «señoría» a Helgi, y de «señor» y «señorita» a Thorkil y a Jessa, mientras miraba con codicia sus ropas y amuletos. Helgi no se separó de ellos ni un instante, y toda la tripulación, mostrando sus armas ostensiblemente, se mantuvo alerta para evitar cualquier pelea. La autoridad del Yarl se iba debilitando a medida que se acercaban al Norte. Estaban entrando en una zona salvaje poblada por fugitivos y hombres fuera de la ley.

Mientras reparaban los desperfectos del barco, Jessa, recordando lo ocurrido la noche anterior, empezó a buscar en su bolsa.

—¿Qué buscas?

Ella, que no había oído acercarse a Thorkil, se sobresaltó. Parecía cansado, y su elegante casaca estaba sucia y rota.

—La pulsera de Gudrun. No la encuentro —le contestó, cerrando la bolsa.

—¿Quieres decir que te la han robado?

—No —respondió Jessa, encogiéndose de hombros y sonriendo—. Creo que, después de todo, debe de ser verdad que anoche la arrojé por la borda. Estaba tan mareada...

Thorkil la miró contrariado.

—¡Jessa, era de plata! ¡Nos podría haber sido útil!

Ella se volvió a encoger de hombros.

—Me alegro de haberme deshecho de ella. Además, nunca pensé que tú no te la ibas a quitar ni de día ni de noche. ¿Qué vas a hacer? ¿La vas a vender?

Thorkil acarició suavemente la cabeza de la serpiente.

—No, aún no.

—¿Te vas a quedar con ella?

—Por ahora, sí. No creo que haga mal a nadie. ¿No crees?

—Supongo que no —pero, al decirlo, sintió un escalofrío. Y decidió no contarle la conversación con el buhonero, aunque en principio pensaba hacerlo.

Se alegraron de abandonar Ost. Sin embargo, cuando se adentraron en el fiordo y pusieron rumbo al interior, comprendieron que la amenaza de Thrasirshall se aproximaba inexorablemente. ¿Cuándo aparecería de nuevo el buhonero? Jessa

intentó no pensar en él, pero aun así, ¿y si fuera un esbirro de Gudrun y la hubiera engañado? Sólo de pensarlo, se puso furiosa con ella misma.

Durante toda la mañana se deslizaron sobre aguas tranquilas, contemplando un paisaje de altos acantilados, escarpados y áridos tras el deshielo del glaciar.

Thorkil, sentado y en silencio, acariciaba su pulsera. Los hombres parecían malhumorados, y cuando hablaban lo hacían en voz baja. Helgi, de pie en la proa, acariciaba el cuello del dragón, perdida la mirada en el horizonte. Al mediodía, la nave, silenciosa y triste, entró deslizándose con suavidad en el puerto de Trond.

El lugar parecía desierto, a excepción de algunos botes amarrados en el muelle y del humo que salía de las chimeneas. Helgi bajó a tierra y esperó. Al cabo de un buen rato dio una voz, pero nadie contestó. Jessa podía oír el sonido del agua al chocar contra el casco del barco y el chillido de las gaviotas desde los riscos.

Se oyó el ladrido de un perro, y un hombre con un arpón en la mano apareció en lo alto de una roca.

Después de observarlos durante unos segundos, preguntó:

—¿Quiénes sois?

Helgi contestó con sequedad:

—Mensajeros del Yarl Ragnar.

—¿Traéis un mensaje para nosotros?

Helgi dudó unos instantes; después, dijo:

—Para Thrasirshall.

A pesar de lo extraña que sin duda era cualquier mención de Thrasirshall, la noticia no pareció sorprender al hombre del arpón. Tal sólo preguntó:

—¿Puedes probarlo?

Helgi sacó de su bolsillo el emblema del Yarl, un anillo de oro grabado con un signo cabalístico, y lo tiró con fuerza hacia donde estaba el hombre. Este lo cogió y lo examinó con detenimiento. Después dirigió su mirada al barco, al tiempo que Jessa oía, a su espalda, el ruido de una espada al ser desenvainada.

—¡No hagáis ningún movimiento! —dijo Helgi sin volverse.

Inmediatamente el hombre descendió por los riscos desprendiendo tierra y piedras a su paso. Cuando estuvo casi a su altura se detuvo. Era muy alto, de mediana edad, y su piel era gris.

—No estoy solo. Somos muchos, como podrás imaginar, así que yo aconsejaría a tu amigo, el de la espada, que no haga ninguna tontería. Toma —dijo, a la vez que devolvía a Helgi el anillo del Yarl y Steinar envainaba la espada—. Bien, y ahora me gustaría saber qué queréis de nosotros. Su voz había cambiado de tono; también Helgi advirtió el cambio y le sonrió.

—Vuestra hospitalidad para mis hombres y para nosotros, y un lugar seguro donde atracar el barco. Y lo más importante: trineos, perros y caballos, si disponéis de ellos; algunos de nosotros partimos mañana hacia Thrasirshall. Pagaremos todo a nuestro regreso.

—¡A vuestro regreso! —el hombre le miró incrédulo—. Me temo que deberás pagarlo todo antes de partir. Nadie, que se sepa, ha vuelto de Thrásirshall.

A continuación, se volvió y farfulló unas palabras. Al momento, como surgiendo de la nada y en silencio, apareció un nutrido grupo de hombres. Había algunos jóvenes, pero la mayoría eran hombres maduros, toscos, fuertes y seguramente hábiles con hachas y espadas, pensó Jessa. Se fueron aproximando sorteando los riscos de la ladera, y algunas mujeres salieron a la puerta de sus casas. Todos los observaban con curiosidad, especialmente a ella y a Thorkil.

—Seguidme —indicó el hombre, dirigiéndose a Jessa, Thorkil y Helgi. Atravesaron el poblado hasta llegar a una casa. El interior estaba muy oscuro, apenas iluminado por las llamas de la chimenea, pero la temperatura era agradable.

—Bien —dijo el hombre, sentándose—. Ningún problema en facilitaros perros y trineos, pero el camino que pretendéis seguir es demasiado peligroso para hacerlo de ese modo. Necesitaréis caballos. Y los caballos son algo muy preciado por aquí.

—Pero ¿dispones de ellos?

—Por un precio justo —respondió. Mientras tanto, algunos de los hombres habían ido entrado en la casa y una mujer escuálida y con el pelo revuelto comenzó a servir vino caliente. Jessa agradeció el calor del vino en su estómago.

—Me llamo Sigmund, pero todos me conocen como *Capa Gris* —añadió el hombre.

—¿Es usted quien manda aquí?

El hombre miró a Helgi por encima de su jarro de vino.

—Desde luego que no. Aquí no hay jefes, ninguno es superior a otro. Hoy me han encargado que hable yo. Aún mantenemos esa tradición.

Helgi frunció el ceño y comenzó a decir:

—El Yarl...

—¿He mencionado yo al Yarl? —le cortó Sigmund con fingida sorpresa, mirando a los hombres, que respondieron con una sonora carcajada.

—Está bien, ¿cuánto quieres por los caballos? —Helgi parecía algo nervioso.

—Antes de continuar, debo cumplir con mi deber de anfitrión —dijo el hombre sonriendo—. Creo que esta jovencita estará agotada y querrá descansar.

Hizo un gesto a una joven y le dijo algo al oído. Ella se acercó a Jessa con una tímida sonrisa.

—Acompáñame, por favor —le pidió en voz baja.

Helgi la miró con el ceño fruncido, y Jessa, para tranquilizarle, le sonrió al pasar por su lado. Después, desapareció tras una puerta siguiendo a la joven.

El agua caliente, después de tantos días sin bañarse, le pareció algo maravilloso, y la ropa limpia, la mejor sensación que había tenido en mucho tiempo. Jessa se dio cuenta de que la joven miraba con especial interés un broche que llevaba prendido en el vestido.

—¿Lo compraste en el dominio del Yarl?

—No.

—¿Es el dominio del Yarl tan espléndido como cuentan, y la Hechicera del Hielo tan malvada como dicen?

—Sí, sí lo es —contestó Jessa, distraída, mientras se ataba los cordones de la botas—. También es muy poderosa. Su poder llega a todos lados, incluso aquí.

—Oh, no, aquí estamos a salvo de ella.

Jessa la miró sorprendida.

—¿A salvo?

—Sí —la joven se acercó a ella y, cogiendo una banqueta tapizada en colores chillones, se sentó a su lado—. Sabíamos que veníais, os estábamos esperando —dijo, mientras tiraba de algunos hilos sueltos de la tapicería de la banqueta.

Jessa no podía creer lo que había oído. Y pensó en el buhonero.

—¿Y cómo lo sabíais?

—Por las runas, los signos. Además, mi padre me ha dado un mensaje para ti. Si en realidad el chico y tú sois prisioneros de estos hombres, debéis decírmelo. Te libraremos de ellos.

Jessa trataba de encontrar una explicación lógica.

—¿Todo esto lo ha organizado el buhonero?

La joven la miró sorprendida.

—¿Qué buhonero?

—Déjalo, no importa. ¿Cómo vais a liberarnos?

—Mataremos a la tripulación. Nadie se sorprenderá de que hayan perecido en el mar. Muchos barcos se pierden a menudo en las tormentas. Además, como de Thrasirshall nunca sale noticia alguna, el Yarl jamás se enterará de si habéis logrado llegar allí o no.

De repente, Jessa lo vio claro. El buhonero no podía haber llegado allí antes que ellos. Por tanto, si aquella gente se había enterado por los «signos», no podía ser otra cosa que brujería. Finalmente dijo:

—¿Y cómo sé yo que todo esto no es más que una trampa? ¿Por qué queréis ayudarnos?

La joven hizo un movimiento con los hombros.

—Es por tu padre.

Al oírlo, Jessa se levantó y fue hacia la chimenea. Ahora iba comprendiendo. Aquella gente estaba de parte de los wulfings. Pensó entonces en la promesa que había hecho al buhonero. ¡Aquella estúpida promesa! Y también en el horrible y triste lugar al que se dirigían, perdido en el interior del país del hielo. No tener que ir allí y evitarse el largo y peligroso viaje era una verdadera tentación. Pero el buhonero parecía tan seguro... Y a Gudrun, ¿sería posible engañarla?

—¿Qué quieres decir cuando aseguras que aquí estáis a salvo de Gudrun? —preguntó, volviéndose hacia la joven—. ¿Qué es lo que os protege? ¿Un hechizo? ¿Un encantamiento?

Los ojos negros de la muchacha se clavaron en los suyos.

—Es la Chamanka. Cuando Gudrun mira hacia aquí, únicamente ve niebla. Fue ella, la Chamanka, la que nos dijo que vendrías.

—¿Puedo hablar con ella?

La joven se quedó pensando unos segundos y después asintió con la cabeza.

—Está bien. Si quieres puedo arreglarlo para que la veas esta noche.

—Perfecto. Y di a tu padre... —calló unos instantes y, luego, continuó— que le agradezco su ofrecimiento para ayudarnos, pero que prefiero que no haga nada. Por lo menos, ahora.

La joven asintió de nuevo.

—Y te puedes quedar con ese broche, si te gusta.

VII

Y las runas contestarán a tus preguntas.

JESSA ABRIÓ LOS OJOS sobresaltada. Alguien, en la oscuridad, había entrado en el cuarto y la zarandeaba por los hombros.

—Despierta, vamos —le susurró la joven al oído.

No sin cierta resignación, Jessa echó las acogedoras mantas hacia atrás y, poniéndose la capa y las botas, se dispuso a seguirla. En la casa todo era oscuridad y olor a cerveza y a carne. El fuego estaba casi apagado y tuvieron que atravesar la sala, procurando no pisar a ninguno de los remeros que roncaban tumbados en el suelo. El perro, desde un rincón, levantó la cabeza y se quedó mirándolas. Cuando pasaron por delante del cuarto de Thorkil, Jessa se paró, pero la joven movió la cabeza negativamente.

—Tú y nadie más —dijo.

En la puerta, uno de los hombres de Helgi dormía profundamente, recostado contra la pared. Jessa supuso que aquellos hombres habían sido drogados. Ningún soldado veterano dormiría tan profundamente. Saltó con cuidado por encima de él.

Afuera el mundo era negro. Se oía a lo lejos el ruido del agua en el muelle, y arriba, en las colinas, una brisa suave mecía las ramas de los árboles. Jessa seguía a la joven por estrechas callejuelas llenas de charcos. Dejaron atrás el poblado y llegaron a una casa apartada de las demás. Sobre ellas el cielo se abrió y dejó escapar un destello de luz. Jessa miró hacia arriba y, sorprendida, contempló el maravilloso espectáculo de la aurora boreal sobre las copa de los árboles. Una aureola verde, azul y dorada iluminaba las estrellas como si una finísima gasa flotara sobre el paisaje.

—Es el fuego de Surt —aclaró la muchacha—. Los juglares dirían que hay una fiesta en casa del gigante.

Jessa, inundada por la extraña luz que brillaba sobre la nieve, asintió con la cabeza y juntas traspasaron el umbral de la casa.

Dentro olía a humo y apenas había luz. Al fondo alguien estaba sentado junto al fuego. Jessa avanzó dudosa y se sentó en una banqueta. El calor era sofocante. Miró a su alrededor; las paredes estaban cubiertas por grandes tapices en los que aparecían dioses, gigantes, trolls y extraños seres.

Sentada frente al fuego, vio a una anciana de cara arrugada y amarilla. Su pelo era ralo, y sin embargo lo llevaba recogido en un moño de trenzas que se cruzaban. Cosidos a su túnica, se apreciaban toda clase de amuletos, piedras de la suerte y plumas de aves que brillaban en la oscuridad. Jessa se quedó mirándola fijamente. Entonces, la mano de la anciana, una mano de piel cuarteada, seca y tirante en los nudillos, comenzó a mover las piedras que tenía sobre una mesa pequeña; movía una, volvía la otra; eran piedras pequeñas y lisas, cada una marcada con un signo de color

negro.

—¡Hana, espera fuera! —ordenó.

Jessa observaba con interés cómo la mano de la anciana colocaba, volvía y movía cada una de las piedras. Al poco, la anciana, sin levantar la vista, dijo:

—Debes saber que yo no poseo ningún poder especial. Tampoco sé qué clase de ser es esa Gudrun, hija de nadie, ni a qué dioses adora, pero sé que es muy poderosa. Sin embargo... —y una de las piedras sonó al chocar con otra—, lo que es cierto es que poseo una habilidad, algo que he ido adquiriendo con los años. He logrado que mi mente proteja este dominio como lo harían las alas abiertas de un ave. Aquí estamos a salvo. Ella no puede vernos.

—Entonces, si Thorkil y yo nos quedáramos aquí...

—Ella nunca lo sabría. Pero no podríais abandonar este lugar. La mente de Gudrun es como la superficie de un lago: el mundo se refleja y se mueve en sus aguas.

Jessa se retiró del fuego. Tenía las rodillas ardiendo.

—Sí, lo sé; pero quedarnos aquí significaría la muerte de todos los hombres de Helgi, ¿verdad?

—¡Los hombres de Helgi! —dijo la anciana levantando la vista y torciendo la boca en una mueca—. ¿Y qué son unos cuantos hombres? Hay otros muchos en el mundo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jessa. Permaneció en silencio durante unos segundos. Después dijo en voz baja:

—No podría soportar que murieran por mi culpa. No podría.

La anciana volvió a mover las piedras.

—No hay otro modo. Ellos no pueden volver. Gudrun les haría hablar.

—Bien, pues entonces ya está decidido. Seguiremos nuestro camino —dijo Jessa con la voz tan firme como pudo. Era su promesa al buhonero lo que había salvado a Helgi y a sus hombres de una muerte segura. Y aquello no le hizo sentirse mejor.

La anciana dio la vuelta a la última piedra y contempló los signos durante unos segundos.

—Eso es lo que dicen las runas.

Jessa se inclinó hacia delante. El cuarto pareció oscurecerse y oyó un ruido a su espalda. Eran los amuletos de la anciana que sonaban cuando ella se movía.

—¿Usted sabe cómo es el ser que vive en Thrasirshall? Si es que aún vive...

—Allí hay miedo. El tuyo, el de tu primo y también el de Gudrun.

—¿El de Gudrun?

La mujer hizo un gesto de afirmación.

—Sobre todo el de Gudrun. Sus ojos siempre están mirando en esa dirección. Hace nueve años que Brochael, hijo de Gunnar, llegó a estas tierras. Traía a alguien con él, pero tan arropado y cubierto con pieles y mantas para preservarle del hielo, que nadie logró verle. Nadie lo ha hecho hasta el momento. Después, partieron hacia

el norte, y desde entonces no hemos vuelto a saber nada. Pero en muchas ocasiones he sentido la cercanía de Gudrun como una zarpa, queriendo alcanzarlos, controlarlos y someterlos. Desde luego que algo vive en Thrasirshall y ella lo teme, teme a su imagen.

Jessa tocó una de las piedras; era suave y estaba muy fría.

—¿Qué quiere decir con eso de *su imagen*?

—Gudrun jamás se mira al espejo —dijo la Chamanka volviéndose hacia el fuego y escupiendo—. Las runas dicen que su propio reflejo la destruirá. No existen espejos en el dominio del Yarl.

Y entonces, con un sonido de aleteo de plumas, la anciana cogió la mano de Jessa y la apretó con fuerza. La mano de la Chamanka estaba helada.

—Debes saber algo —continuó—. Gudrun nunca os habría dejado partir sin que algún vínculo os mantuviera unidos a ella. Algo que os hiciera permanecer bajo su influjo. Piensa en ello. Encuéntralo y, sea lo que sea, deshazte de ello. En cuanto a Kari, hijo de Ragnar..., hay momentos, en la parte más oscura de la noche, en los que he creído sentir algo. Una llamada en mi mente, una llamada extraña y fría... —la anciana se recostó en su silla y siguió sin apartar los ojos de Jessa—: Pero no podría decir lo que es. Cuando tú lo descubras, quizá puedas regresar a contármelo.

Era una senda muy antigua; se decía que habían sido los gigantes quienes la habían construido. Nadie había pasado por allí desde hacía mucho tiempo. Las primeras millas no eran difíciles, pero enseguida el camino se convertía en un sendero blanco y pendiente que bordeaba el fiordo por una de sus laderas. Los seis caballos y la mula de carga subían con cierta dificultad, hundiendo sus patas en la nieve blanda. Jessa estaba entumecida por el esfuerzo de inclinar el cuerpo hacia delante para mantener el equilibrio.

Hacía cuatro horas que habían salido de Trond. El viento soplaba con fuerza en esa cara de la montaña, mientras a su izquierda se abrían barrancos con rocas cubiertas de hielo. Habían emprendido el camino antes del amanecer, pero incluso ahora la claridad era escasa y, a medida que se iban adentrando en la montaña, se hacía más difícil distinguir los bordes del sendero. Arropados hasta los ojos con capas y pieles, los hombres habían formado una fila y no cesaban de espolear a los encabritados caballos, que a duras penas lograban mantener su montura en equilibrio. Helgi marchaba el primero, seguido de Thorkil y Jessa. Detrás, iban los tres hombres que los acompañarían hasta el final. Thorgard Blund, su primo Thrand, muy alto y delgado, y por último Steinar, grande y vociferante, al que todos conocían como *Mano Peluda*. Habían tenido que recurrir a echarlo a suertes. Nadie de la tripulación quería acompañarlos hasta Thrasirshall, e incluso llegaron a pelearse entre ellos.

El camino continuaba subiendo por la empinada y nevada ladera, y las placas de hielo hacían que los caballos patinaran y chocaran entre ellos. También algunos de

los arroyos que corrían paralelos al camino estaban helados, lo que no impedía que se oyera el ruido del agua correr bajo el hielo. El caballo de Thorkil traspasó la capa de hielo y sumergió las patas en el agua, lo que provocó que Thorkil perdiera el equilibrio y casi acabara en el suelo. A partir de ese momento decidieron moverse siempre en dirección al Sol, pero el tiempo no estaba a su favor y el cielo empezó a cubrirse de nubes. Al final de la tarde habían perdido completamente el rastro del sendero.

Finalmente Helgi se detuvo y maldijo su suerte. El estrecho valle que habían atravesado desembocaba en una empinada ladera rocosa, en la que el hielo formaba esculturas caprichosas y los arroyos helados dibujaban zigzags. El capitán se volvió hacia los hombres.

—Debemos retroceder. Este no es el camino.

Jessa vio la mirada que Steinar dirigió a los demás.

—¿No podríamos descansar? —murmuró—. Los caballos lo necesitan.

Helgi observó a Jessa. Ella se ajustó la bufanda, que estaba helada y tiesa.

—Yo no tengo ninguna prisa —dijo.

Siguieron un poco más hasta que encontraron el entrante de una roca donde cobijarse. Helgi dio de comer a los caballos y después se sentó junto a Jessa. Comieron despacio, escuchando el sonido del viento entre las rocas. Steinar y los otros dos se sentaron aparte. Hablaban en voz muy baja. Helgi los observaba preocupado. Al cabo de un rato, le llamaron. Cuando se acercó, los tres se levantaron. Steinar era más fuerte y grande que los otros dos. Le puso la mano en el hombro a Helgi y empezó a hablar de forma precipitada. Gritaban y todo hacía suponer que estaban en desacuerdo.

—Esto no me gusta nada —murmuró Thorkil.

Jessa, que estaba absorta en sus pensamientos, al oír la voz de Thorkil se volvió hacia donde estaba el grupo. Helgi negaba con la cabeza y parecía muy enfadado. Después dijo algo que hizo callar a los otros.

—Están asustados. No quieren seguir adelante —comentó Thorkil.

—No les culpo.

Siguieron observándolos. «Son soldados —pensó Jessa—, preparados para la lucha, para hacer frente a las dificultades, pero ¿cómo hacer frente a esto?». El terror a lo que pudieran encontrarse en Thrasirshall se había apoderado de ellos y había logrado romper sus nervios.

—¿Crees que conseguirá convencerlos?

—Lo intentará, pero son tres contra uno.

—Tres contra tres —respondió Thorkil con una media sonrisa.

—Tienes razón. Pero ten en cuenta que si nosotros desapareciéramos, ellos no tendrían que seguir adelante. Seguramente de eso es de lo que están hablando.

En aquel momento Helgi, con un movimiento brusco del hombro, se quitó la mano de Steinar de encima y, dirigiéndose hacia donde estaban los caballos, cogió el

suyo por las riendas. Después, en voz baja les ordenó:

—Cabalgad pegados a mí y rogad que lleguemos pronto a Thrasirshall.

VIII

*El viajero jamás debe caminar desarmado,
sino tener sus armas preparadas:
no sabrá cuándo necesitará su espada,
O qué peligros le acechan en el camino.*

NO ERA TAN FÁCIL rogar que llegaran cuanto antes a Thrasirshall. Jessa subió al caballo y cogió las riendas con decisión, colocándose rápidamente tras Helgi. Al mirar hacia atrás, vio cómo Steinar y Thorgard Blund seguían con atención las recomendaciones de Thrand, el más joven. El sonido de su voz provocaba eco en el hueco de la roca. Steinar se rió, y al volverse se encontró con los ojos de Jessa. Inmediatamente subió al caballo y los siguió.

Jessa y Thorkil cabalgaban juntos. Lo hacían en silencio. El sendero bordeaba la ladera y los pinos estaban cubiertos de nieve. Empezaba a anochecer y desde la distancia los grupos de árboles parecían islas en la falda de la montaña. A lo lejos se oía el trinar de los pájaros. De pronto, una marta salió corriendo de entre los pinos y casi se mete bajo las patas de sus caballos. Atravesó el sendero y se perdió en el bosque.

Todos dudaban que Helgi supiera con exactitud si el camino que seguían era el acertado, pero ninguno dijo nada. El Sol se había convertido en un apagado globo azulado que descendía lentamente perdiéndose entre la neblina. En pocos segundos el mundo pareció sumirse en la penumbra. Todo era negro o gris. La nieve perdió su brillo y los troncos de los árboles no eran sino columnas de hielo.

—Thorkil —murmuró Helgi, sin volver la cabeza—, ¿sabes cómo utilizar el cuchillo?

—¿Qué cuchillo?

—El que llevas en el cinturón.

—Sí, claro que sé cómo usarlo.

Jessa miró hacia atrás. Tres sombras fantasmagóricas galopaban entre los árboles.

—Escucha, Helgi...

—No te preocupes, puede que no haga falta. No sería lo mejor para nosotros si ocurriera —contestó Helgi, nervioso, dirigiendo la mirada hacia el oscuro barranco que se abría a su derecha—. Me sentiría feliz si ya hubiéramos llegado, aunque tuviera ante mí la mismísima puerta del infierno, con trolls o sin trolls.

Siguió el silencio, únicamente roto por el caer de los copos de nieve. Jessa tocó aprensiva el puñal que ella también escondía en el cinturón. La noche cayó sobre ellos como un gran pájaro; las estrellas brillaban entre los árboles. Y a su mente volvió el buhonero, y su voz suplicándole: «Confía en mí». Pero ¿por qué no aparecía? ¿Dónde estaba?

Entonces sonó una voz a su espalda:

—¡Capitán!

Con un movimiento de las riendas, Helgi detuvo su caballo. Durante un momento no se movió: su espalda estaba recta y sus manos firmes sobre las riendas; cuando por fin se volvió, vio que los tres hombres se habían colocado formando una línea. Sus espadas brillaban bajo la luz de las estrellas y el hielo cubría sus ropas y barbas.

—Creemos que ya hemos llegado demasiado lejos —dijo Steinar—. Nos volvemos.

—Está bien. Haced lo que queráis. Debería haber escogido hombres más valientes para este viaje.

Los hombres soltaron una carcajada.

—¿Qué tiene que ver la valentía a la hora de enfrentarse a monstruos y trolls? Regresa con nosotros.

—¿Y qué le diréis al Yarl? —preguntó Helgi, con una voz alta y clara que retumbó en el hielo—. ¿Y qué le diréis a *ella*?

Steinar miró a Thrand.

—Mi padre era juglar —observó el flaco—, y creo que yo también soy capaz de inventar bonitas historias. Por ejemplo, una que cuenta cómo dos muchachos imprudentes se cayeron por la borda en medio de una tormenta.

Con un movimiento rápido, Helgi desenvainó su espada.

—¡No mientras yo viva!

En ese momento la mula de carga relinchó, y de los arbustos surgió la sombra de un pájaro que roció de nieve el pelo de Jessa, y enseguida apareció otro más. Eran dos enormes y brillantes cuervos que se posaron en una rama a espaldas de Helgi.

Helgi se echó a reír, mientras acariciaba con su mano las crines del caballo.

—¿Habéis visto eso? Así son los pájaros que tiene el gran Odín. Los envía a recorrer el mundo y le llevan noticias de todo lo que ocurre. Mi misión es conducir a estos chicos hasta Thrasirshall, protegiéndolos y entregándolos sanos y salvos. Si queréis acompañarme, sois libres de hacerlo. Si no es así, podéis volver tras vuestros pasos. Pero no creáis que vuestra cobardía quedará impune.

Steinar se inclinó hacia delante, y los arcos de su caballo crujieron bajo su peso.

—Creo que seguir es de locos, aunque supongo que los lobos no pensarán lo mismo.

En ese momento los cuervos graznaron y la nieve siguió cayendo en la oscuridad.

—¡Jessa, hinca las espuelas! —dijo Helgi con voz autoritaria. Jessa esperaba la orden, y hundiendo las espuelas en el caballo salió a galope. El cielo parecía abrirse ante ellos, empezaba a amanecer y la luz de la aurora formaba un resplandor de fuego verde y llamas escarlata. Galopando veloz hacia aquella luz, Jessa sentía los destellos en su cara. Se inclinó para evitar toparse con las ramas más bajas de los árboles y sintió en la mejilla la piel sudorosa y tibia del caballo. Oía voces que gritaban tras ella, y destacando sobre las demás la de Thorkil; algo pasó silbando sobre su cabeza y

fue a estrellarse en la nieve.

El caballo parecía volar sobre el borde del precipicio; saltaba, ágil, negros y helados arroyos y esquivaba las rocas con destreza. Al poco, la ladera se hizo más empinada y la subida más difícil. El cielo se agrietó y rayos de luz iluminaron al caballo, que tan pronto era verde, como dorado o rojizo. Tras la muchacha, a corta distancia, cabalgaba Thorkil, su capa al vuelo, su cara de un rojo resplandeciente. Subían y subían rodeados de nieve, espoleaban a los caballos, más y más, y gritaban: «¡Adelante!».

Y por fin, ¡la cima!

La cima de la montaña estaba blanca bajo el brillo de las estrellas y el resplandor de la aurora. Cuando Jessa se detuvo, el viento le sonaba en los oídos y el aliento del caballo formaba grandes nubes de vapor.

—¡Sigue! —gritaba Thorkil tras ella—. ¡No te detengas!

Mientras, intentaba controlar su caballo que, resbalando una y otra vez, se veía incapaz de alcanzar la cima.

Pero Jessa no se movió. Miraba al horizonte y tenía el pelo alborotado.

—¡No hay ningún sitio hacia donde seguir! —gritó finalmente con cierta tristeza.

Thorkil, ya junto a ella y jadeando por el esfuerzo, miró hacia el valle que tenían a sus pies.

Thrasirshall.

Incluso desde aquella distancia, les parecía tétrico. Estaba en ruinas y absolutamente cubierto de nieve. La luz del amanecer dejaba ver unos muros altos y grises donde las ventanas apenas eran unos huecos estrechos y oscuros. A lo lejos, la Luna, en cuarto menguante, se balanceaba sobre las colinas iluminando con su luz las derruidas torres, cuya sombra se alargaba sobre la nieve azulada e intacta.

Ni un atisbo de humo en las chimeneas; ningún animal mugiendo en los establos. Sólo ruinas y silencio.

Jessa oyó relinchar tras ella al caballo de Helgi; después, el ruido de los cascos de los caballos de los otros tres, que se detuvieron también. No se alarmó. Ya nada de lo que pasaba a su espalda le causaba temor. Todo su miedo se había trasladado al espectáculo de contemplar aquellas negras y misteriosas ruinas que tenía ante sus ojos.

Tras unos segundos de silencio, Thorkil se atrevió a hablar:

—Está vacío. No hay ninguna luz, ni pisadas en la nieve. Seguro que están muertos desde hace muchos años.

—Puede que tengas razón —dijo Helgi, volviéndose con los colores de la aurora o fuego de Surt reflejados en su rostro—. ¿Y bien?

Los otros tres hombres, sujetando a sus inquietos caballos, contemplaban el tenebroso espectáculo. Entonces Steinar desenvainó la espada y miró a los demás. Thrand, sorprendido, hizo retroceder a su montura.

—No debemos separarnos —dijo con decisión, olvidado ya su anterior deseo de

huir, Jessa observó que dirigían miradas furtivas hacia la negra torre en ruinas.

—¿Alguna orden?

—Ninguna —contestó Helgi, satisfecho.

Sin decir nada más, empezaron a descender hacia Thrasirshall. El aullido de un lobo rompió el silencio del bosque a sus espaldas; a continuación, otro aullido, no muy lejano, contestó al primero. Los caballos, nerviosos, enderezaron las orejas.

Los jinetes cabalgaban en grupo, bajando por la larga y blanca pendiente de la montaña. Todos guardaban silencio. Tras ellos, la mula de carga daba bandazos de un lado a otro del estrecho sendero; la cuerda se había aflojado y le era difícil mantener el equilibrio.

Cuanto más cerca estaban de las ruinas, más fuerte oían los lamentos del viento a través de las derruidas paredes. Se dirigieron a la parte más intacta, esquivando con pericia y precaución los montículos que había formado la nieve. Cuando llegaron a un arco de piedra, decidieron detenerse.

—Encended las antorchas —murmuró Thrand—. Cuanta más luz, mejor.

Helgi asintió. Las desgastadas piedras estaban cubiertas de hielo y el arco amenazaba con desplomarse en cualquier momento. Todo estaba absolutamente en silencio.

Aunque las antorchas estaban impregnadas de brea, tardaron mucho en prender, y cuando lo hicieron, el humo que despedía la madera mojada puso nerviosos a los caballos.

—Dos serán suficientes —indicó Helgi, agachándose y cogiendo una—. Iré el primero. Tú, Steinar, colócate el último y coge la otra antorcha.

Pasaron bajo el arco. En uno de sus lados, como único vestigio de las puertas que un día sustentara, aún se podía ver un poste roto y renegrido asomando entre la nieve como un dedo abrasado por el fuego. La luz de las antorchas se reflejaba en la capa de hielo que cubría las piedras, ocultando lo que, quizá en un tiempo lejano, habían sido ricos relieves. Llegaron ante una puerta bloqueada por el hielo. Helgi y Thrand desmontaron y, con la ayuda de sus espadas y de las antorchas, intentaron romper los bloques blancos, que finalmente se desplomaron con un golpe seco y brusco, dejando libre el acceso de entrada a las ruinas.

Después, uno a uno, fueron entrando. Tras la puerta, un patio. Un enorme patio blanco donde la nieve estaba intacta, como si nunca hubiera sido pisada. El viento seguía soplando y sonaba misterioso entre aquellas paredes. Oyeron chirriar una puerta y unos cúmulos de nieve cayeron desde el alféizar de una de las ventanas. El silencio los mantenía paralizados. El silencio y el vacío. «Kari está muerto —pensó Jessa—. Seguro».

Helgi se volvió.

—Allí hay una puerta. Mirad. Puede que podamos entrar.

Desmontó y, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas, se dirigió hacia allí. Alzó la antorcha para alumbrar la puerta: era una puerta de madera, vieja y tachonada con

clavos, que había sido reparada clavando tablas sobre las partes más deterioradas, pero incluso esas tablas estaban ya mohosas y carcomidas. Helgi dio una patada y la puerta se tambaleó. El aire se hizo oscuro y pesado. Ellos, tensos por el miedo, seguían esperando, pero el silencio era absoluto. Ningún ruido, ningún movimiento en el interior.

Helgi sacó su cuchillo. En ese momento algo negro graznó desde el cielo. Helgi dio un grito, soltó la antorcha y cayó al suelo. En la creciente oscuridad, unas sombras sobrevolaron sus cabezas. Los caballos se encabitaron.

Jessa chilló y notó que alguien la cogía del brazo.

—¡Silencio! ¿Helgi?

Steinar se había adelantado, antorcha en mano, y alumbraba a Helgi, que intentaba ponerse en pie. Su cara estaba blanca como la nieve.

—Estoy bien, estoy bien. ¿Qué ha sido eso?

Steinar miró hacia arriba.

—Pájaros.

Eran los dos cuervos, los mismos del bosque, que se habían posado en el alféizar de una de las ventanas. Sus ojos seguían cada uno de los movimientos del grupo.

Steinar se llevó la mano al amuleto que colgaba de su cuello y apretó con fuerza el pequeño martillo de Thor.

—Este lugar está embrujado o quizá algo peor. ¡Vayámonos ahora que aún estamos a tiempo!

Helgi le arrebató la antorcha y se acercó a la puerta. De pronto, se detuvo.

Jessa sujetó con fuerza las heladas riendas de su caballo.

Lentamente, la puerta se abrió.

Parecía como si hubiera estado mucho tiempo cerrada; los goznes chirriaban y la madera rozaba en la piedra.

Hasta ellos llegó el resplandor de un fuego. Era como si se hubiese abierto una brecha en una cueva oscura. El reflejo les daba en los ojos y brillaba en las pupilas de los caballos. Una ráfaga de nieve cayó sobre ellos, y los copos se volvieron rojos como la sangre.

En el umbral de la puerta, apareció un hombre. Casi un gigante. Su cabeza rozaba el dintel y, a pesar de estar cubierto con pieles y un remendado capote, se apreciaba su enorme fortaleza. Tenía la barba y el pelo rojo y en su cara brillaba el color del fuego.

Helgi se llevó la mano al cuchillo; ante aquel hombre se sintió repentinamente pequeño y débil. El gigante le miró durante unos instantes, y después se dirigió hacia donde estaba Jessa. Se acercó y la joven sintió su calor cuando puso la mano sobre las crines del caballo.

—Te has retrasado mucho, Jessa —dijo—. Una succulenta sopa está a punto de echarse a perder si no te das prisa.

IX

*Saludos al anfitrión. El invitado ha llegado.
¿En dónde se sentará?*

ERA UNA SILLA DEMASIADO GRANDE para ella, y de la tapicería original apenas se distinguía, a la tenue luz de las llamas, la silueta desvaída y deshilachada de unos árboles y un ciervo. Se acomodó lo mejor que pudo y comenzó a tomarse la sopa. Estaba tan caliente que prácticamente se abrasó la lengua.

Se encontraban en un cuarto no muy grande y oscuro. Había otra silla, igual de vieja, una mesa y unas estanterías vacías en la esquina. Ellos dos parecían sombras moviéndose en el reflejo del fuego. Junto a la chimenea se amontonaban unos troncos que rezumaban humedad. La ventana estaba tapiada con maderas, y un trozo de tela verde, vieja y sucia, que hacía las veces de cortina, estaba clavada a las tablas, seguramente con el fin de evitar que se colara el frío entre las rendijas.

Le ardían las rodillas, y se alejó del fuego. En medio de un charco, su capa continuaba goteando agua.

En la mesa había dos cañas de pescar y un cuchillo clavado en la madera. Thorkil intentó desclavarlo, pero sin resultado.

—Y además esto —dijo Thorkil, retirando uno de los platos vacíos—. Comida para seis personas. Todo a punto. ¿Cómo sabía que veníamos?

Jessa movió la cabeza.

Se acercaban voces que venían del patio. La puerta se abrió y entró Brochael, y tras él, Helgi, escudriñando las sombras. Todos habían hecho el mismo cauteloso gesto: no podían olvidar que un ser extraño vivía allí y podía aparecer en cualquier momento.

—Nosotros nos vamos, Jessa —dijo Helgi con cierta prisa.

Ella se quedó mirándole.

—¿Esta noche?

Él asintió con gesto de contrariedad.

—Ya los has visto. Los hombres no quieren quedarse. Y, para ser franco, yo tampoco. No sé, hay algo demasiado siniestro en este sitio.

Ella asintió, pero no dijo nada.

—Siento de verdad tener que dejaros.

—No lo sienta, amigo —dijo Brochael plantándose delante del fuego—. Aquí estarán más seguros que en ningún otro lugar de los dominios de Gudrun.

Helgi sonrió a Jessa con tristeza y se dirigió a la puerta. Jessa se levantó decidida a seguirle, y lo hizo con tanto ímpetu que derramó la sopa. Helgi, comprendiendo lo que pretendía, se quedó mirándola. Entonces, Jessa se detuvo.

—¡Buena suerte! —dijo, cerrando el portón tras él.

En medio del silencio oyeron el tintineo de los arreos y el amortiguado sonido de los cascos de los caballos hundiéndose en la nieve. Después nada, únicamente el viento silbando a través de las ranuras de ventanas y puertas sobre el vacío de aquel lugar.

Brochael se sentó a la mesa y, con un movimiento del brazo, apartó los platos. Después cogió el cuchillo, lo guardó en su funda y se cruzó de brazos sobre la mesa.

—Bien, yo ya sé vuestros nombres y estoy seguro de que vosotros habréis adivinado el mío, pero de todas formas me presentaré. Me llamo Brochael, hijo de Gunnar, soy de Hartfell y conocí a vuestros padres, aunque de eso hace ya mucho tiempo. También sé que Ragnar os ha desterrado a Thrasirshall.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó Jessa—. ¿Cómo lo sabes?

Brochael cogió una vela y la encendió.

—Me lo dijeron —contestó. Había algo en su voz que la desconcertó, pero estaba demasiado cansada para ponerse a pensar.

Sacó del bolsillo interior de su capa el mensaje de Ragnar y se lo dio.

—¿También sabías esto?

Brochael cogió la pequeña bolsa de piel de foca y se quedó mirándola durante unos segundos. Después, dejó la vela sobre la mesa y empezó a desatar la cinta que la cerraba. Un papel cuadrado cayó al suelo. Lo cogió y lo extendió sobre la mesa, sujetándolo con sus dos enormes manos.

Los tres se inclinaron para leerlo. Estaba escrito con tinta marrón y la caligrafía era muy picuda. Brochael pasó sus dedos sobre las letras.

—Es muy preciso —comentó, y acto seguido lo leyó en voz alta—: «De Ragnar, el Yarl, a Brochael, hijo de Gunnar. Cuando yo muera, Gudrun enviará a buscar a nuestro hijo. Puede que lo quiera para matarlo, o quizá para algo que desconozco. Huye con él al Sur, lejos de estas tierras. No deseo que sufra lo que he sufrido yo».

Se hizo un gran silencio. Después Brochael dobló el papel.

—¿Es que cree el Yarl que no lo sé? —dijo con brusquedad, y cogió de nuevo la vela.

—Venid conmigo. Todo esto puede esperar hasta mañana.

Fue hacia una cortina que cubría uno de los lados y la descorrió. Tras ella había un pequeño cuarto en el que apenas cabía la cama. Las paredes eran de madera y las mantas, ásperas y viejas.

—El otro cuarto está justo aquí al lado —explicó Brochael, dejando la vela—. No son tan lujosos como en el dominio del Yarl, pero servirán para que no paséis frío. Que durmáis bien y tanto como deseéis. Seguiremos hablando mañana.

—¿Tú dónde duermes? —preguntó Thorkil, mirando con desagrado las mantas.

—En otro lugar —se volvió y su sombra se agrandó a la luz de las llamas—. Voy a cerrar la puerta por fuera, y no os alarméis si oís ruidos, voces o pasos. Aquí estáis seguros. Nadie, excepto yo, puede entrar.

El silencio parecía haberse cubierto de un frío helado.

—Buenas noches —les deseó Brochael, bajando un poco la voz, y desapareció tras la cortina. Después oyeron el chirriar de la llave en la cerradura.

—Bueno —comentó Thorkil—, realmente es casi tan malo como me imaginaba. Unicamente polvo, chinches y ratas —y, sacudiéndose el polvo de su capote, salió del cuarto de Jessa y se dirigió al suyo.

Jessa, fatigada, se echó en la cama sin desnudarse y se tapó con las mantas. Eran ásperas y olían a humedad.

—No esperaba que Brochael fuera así —dijo casi para sí misma.

—¿Dices algo?

Pero Thorkil no obtuvo respuesta. Cuando volvió al cuarto de Jessa, ella ya estaba dormida. Se quedó mirándola durante unos segundos; después se inclinó para apagar la vela, pero antes vio la llama brillar en los ojos de la serpiente que llevaba en su muñeca.

Jessa se entretenía echando algunas migas al fuego, mientras masticaba un trozo de pan de centeno, duro y rancio, que, al parecer, era todo lo que había para el desayuno. Vio que entraba Thorkil, cargado con un cubo de agua, y que la derramaba al dejar el cubo de golpe en el suelo.

—Mira, se ha helado nada más tocar el suelo —comentó él, contrariado—. Anoche no pudimos sacar mucho en limpio, pero yo aún no me lo explico. Nadie pudo llegar antes que nosotros, ¿no crees?

Jessa pensó en el buhonero.

—No lo sé. ¿Quién se atrevería a llegar hasta aquí?

—¡Sorpresa! —dijo Thorkil poniendo en la mesa un pedazo de queso de cabra que había encontrado.

—Queso —dijo Jessa sin interés.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿de dónde ha salido? ¿Dónde están las cabras?

Eso era verdad, pensó Jessa, acordándose de los establos vacíos y de la nieve sin ningún rastro de haber sido pisada.

—A lo mejor están en la parte de atrás.

—Se habrían congelado. Pero, y Kari, ¿dónde está?

Jessa cogió un poco de pan y se lo metió en la boca.

—Yo prefiero no saberlo —dijo limpiándose las manos en la falda—. Supongo que encerrado en algún sitio.

El ruido de la llave al girar dentro de la cerradura interrumpió la conversación. Brochael, con copos de nieve en el pelo, entró agachándose para no dar con la cabeza en el marco de la puerta.

—¡Ya despiertos! ¿Qué tal habéis dormido? —les preguntó sonriendo.

—Bien, gracias.

Se había colocado justo delante de la chimenea y su ropa desprendía vapor.

Thorkil miró a Jessa y preguntó decidido:

—¿Somos prisioneros, o podemos ir donde queramos?

Brochael lanzó una carcajada.

—Hijo, aquí todos somos prisioneros, pero desde luego yo no soy tu guardián, si es eso lo que me preguntas. Aunque, la verdad es que no hay mucho que ver. Habitaciones vacías y nieve.

Después se les quedó mirando durante unos segundos, y pensaron que les iba a decir algo sobre Kari, o a hacerles alguna advertencia sobre una puerta que no deberían abrir o un pasillo que no deberían atravesar. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Hace muchos años, esto fue un magnífico castillo. Dicen que lo mandó construir un rey troll. La piedra la traían directamente de la cantera y el camino llegaba hasta aquí mismo. Seguramente la temperatura entonces era más templada aquí en el Norte.

A continuación, se volvió y empezó a atizar el fuego. Jessa no pudo contenerse y preguntó:

—¿Y Kari?

—Kari está bien —contestó Brochael sin volver la cabeza—. Pero aún no estáis preparados para verle.

Se quedaron en silencio. Después, sin saber qué hacer, cogieron sus capas y salieron afuera.

El cielo estaba gris y el aire helado que bajaba de la montaña les traspasaba los huesos. Aún no se habían borrado las huellas dejadas por Helgi y sus hombres; a su alrededor, como una corona blanca y dentada, únicamente las montañas.

Se dedicaron a limpiar de nieve uno de los patios de atrás. No era muy grande, pero tenía un curioso pozo en el centro. Al acercarse, comprobaron que de sus profundidades salía un débil vaho. Se asomaron y sintieron un calor húmedo en la cara. Thorkil tiró una piedra.

—¡Un manantial de agua caliente! ¡Esto sí que está bien!

Después se dedicaron a abrir todas las puertas que encontraron a su paso. Recorrieron los establos, las cochiqueras y las cuadras. Todo estaba prácticamente en ruinas y cubierto de hielo y hollín, como si en alguna época el castillo hubiera ardido por los cuatro costados. Por supuesto que no vieron ningún animal, ni rastro de que los hubiera habido, pero en una habitación que hacía las veces de despensa encontraron algunos cajones de manzanas secas, nueces, queso y dos liebres colgadas junto a unas porciones de pescado ahumado. Thorkil no podía creerse lo que estaban viendo.

—¡Pescado! Pero ¿dónde está el río? ¿Y los frutales? ¿Bajo la nieve? ¿Sabes lo que pienso? Que en este lugar es imposible sobrevivir sin ayuda. Está claro que la intención de Gudrun era deshacerse de su hijo, de Brochael y ahora de nosotros. Pero ella no contaba con que hubiera personas dispuestas a traer comida hasta un lugar

como éste —y metiendo un dedo entre la pulsera de plata y la muñeca, intentó aflojársela un poco.

Decidieron empezar por uno de los pasillos. Lo recorrieron despacio, cuidando de no resbalar en el suelo cubierto de escarcha. Carámbanos descendían de cada dintel y de cada alféizar. Se encontraron con una escalera que subía a otro piso, de donde partía otro largo corredor. Más corredores y más habitaciones vacías en las que el viento helado se filtraba por todas las rendijas.

Jessa se detuvo frente a una de las habitaciones. Era muy pequeña y oscura: sólo una diminuta ventana dejaba entrar la luz gris del cielo, que caía como una losa sobre el suelo.

Había algo en aquella ventana que la hacía sentirse incómoda. Thorkil, mientras tanto, se esforzaba en abrir un viejo baúl que había en el corredor. Jessa entró en la habitación, fue hasta la ventana y, alzando el brazo, la tocó.

¡Tenía cristal!

Nunca había visto el cristal puesto en las ventanas. Lo había visto en pequeños trocitos pulimentados, generalmente en joyas, pero nunca en una pieza tan grande. Retiró la nieve que cubría parte del cristal, se quitó el guante y pasó la mano por la superficie. Era suave pero tenía pequeñas burbujas de aire en su interior.

—¿Jessa? —la llamó Thorkil.

—Estoy aquí, Thorkil.

Se acercó al cristal y miró hacia fuera. Abajo había otro patio cubierto también de nieve, pero ésta sí que estaba pisada. De pronto algo llamó su atención. Una persona que desde luego no era Brochael paseaba entre los derruidos establos. Las burbujas de aire del cristal no la dejaban ver con claridad y, cuanto más se acercaba y buscaba un lugar para mirar, más distorsionada veía la imagen. Nerviosa, se apartó de la ventana.

—¿Será Kari? —dijo por lo bajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Thorkil, que había entrado en la habitación sin que ella se hubiera dado cuenta.

—¡Mira, rápido! ¡Hay alguien ahí abajo!

Thorkil miró, haciendo visera con la mano.

—¿Lo ves? —gritó Jessa, impaciente.

—No sé. Ha sido sólo un segundo. Sí, puede que fuera alguien. ¿Crees que era Kari?

—No estoy segura, pero parecía mucho más bajo que Brochael y andaba encorvado.

Se quedaron callados. Thorkil fue el primero en hablar de nuevo:

—Preferiría saber de una vez cómo es y no estar con esta angustia.

Aquella tarde, mientras cosía un desgarrón de su manga, Jessa, aparentando una

tranquilidad que no sentía, preguntó a Brochael:

—¿Y quién te dijo que veníamos?

Brochael levantó la vista del fuego.

—Ya, qué más da —respondió, y siguió dando vueltas a las gachas que estaba cocinando.

—¿Vino alguien antes que nosotros? —se atrevió a preguntar Thorkil.

Brochael sonrió.

—Yo lo sabía, y eso es todo. Ragnar os ha enviado aquí a causa de vuestros padres. Esta es su idea de un destierro soportable. Bueno, y también para que trajerais su mensaje, su declaración de arrepentimiento.

—¿También sabías que Gudrun estaba de acuerdo en que viniéramos?

Eso le sorprendió.

—¿Gudrun quería que vinierais?

—Se lo oímos decir a ella misma —le explicó Jessa, mirándole—. No sólo estaba de acuerdo en que viniéramos, sino que le dijo a Gettir que la idea había sido suya. Que había sido ella quien había inducido al Yarl para que nos enviara aquí.

Brochael preguntó, aún más sorprendido:

—¿No dijo por qué?

—No, bueno..., es que no oímos todo. Lo que sí dijo es que nos iba a tener bien controlados. No sé muy bien a qué se refería.

—¿No lo sabéis? —preguntó Brochael, poniéndose serio; parecía más viejo y más severo—. ¿Os dio algo de beber o de comer?

—Sí, pero ella también bebió.

Brochael hizo un gesto de disgusto y movió la cabeza.

—Gudrun es una hechicera; no olvides eso, Jessa. Que ella lo bebiera no significa nada.

Jessa miró a Thorkil.

—¿Y cuándo podremos ver a Kari? —preguntó en voz muy baja.

Brochael siguió removiendo las gachas.

—Cuando yo lo crea oportuno, y siempre que vosotros estéis seguros de querer verle —dijo, meneando levemente la cabeza.

X

*Es perfectamente seguro contar un secreto
a una persona;
algo arriesgado contárselo a dos;
hacer partícipes a tres es absoluta inconsciencia.
Todos los demás pronto lo sabrán.*

EL TIEMPO PASABA LENTO en Thrasirshall, y, aunque el suministro de alimentos continuaba, la comida a veces era escasa. Jessa tenía una permanente sensación de vacío en el estómago, pero según pasaban los días incluso a esa sensación se iba acostumbrando. El frío seguía siendo muy intenso y, estando tan al norte, el deshielo tardaría mucho en llegar. Hacía muy mal tiempo, por lo que rara vez podían salir al exterior. Sin embargo, y a pesar de todo, algunos días se arriesgaban y subían por la ladera hasta llegar a los árboles. Una tarde, en la que el sol brillaba débilmente, llegaron a la cima de una colina cercana y contemplaron la inhóspita tierra que los rodeaba: millas y millas de terreno horadado por los no muy lejanos glaciares. Brochael les había dicho que hacia el norte no había otra cosa que hielo. Sólo hielo hasta un punto donde cielo y tierra se juntaban. Después, nada. El fin del mundo.

Aquella tarde echaron una carrera ladera abajo. Corrían al límite de sus fuerzas y Jessa iba la primera, atravesó el patio como una exhalación y entró en la sala como una tromba. No supo el qué, pero algo la hizo parar en seco. Thorkil, que venía a poca distancia, chocó con ella.

Oyeron el ruido de una puerta al cerrarse y unos pasos alejándose precipitadamente. Aún duró algunos segundos el eco de aquellos pasos. Una de las sillas estaba fuera de su sitio y alguien se había dejado sobre la mesa un cuchillo y un pequeño trozo de madera a medio tallar.

Brochael estaba sentado en otra de las sillas. Sin decir nada, se echó hacia atrás y se quedó mirándolos como esperando una pregunta. Pasaron unos segundos y Jessa se acercó al fuego. De pronto había sentido un terrible frío en la espalda. Observó a Thorkil, que había cogido el pedazo de madera y acariciaba suavemente la parte tallada.

—¿Le damos miedo? —preguntó Thorkil.

Brochael le quitó el pedazo de madera de las manos.

—Puede que sí. No debéis olvidar que nunca ha visto a otro ser humano, aparte de mí. Pero no creo que sea eso, más bien creo que sois vosotros los que tenéis miedo de él.

Y lo tenían, vaya si lo tenían. Iban juntos a todas partes, nunca atravesaban solos ninguno de los oscuros corredores e incluso preferían compartir tareas, aunque no les

gustase, antes que quedarse solos. Tenían tanto tiempo libre que no sabían qué hacer con él. Jugaban al ajedrez, se remendaban la ropa, ponían trampas para las liebres o recogían leña para la chimenea. Sin embargo, para Brochael parecía que el tiempo no contaba. Siempre estaba ocupado y había días en los que desaparecía durante horas, como si se lo hubiese tragado la tierra, y cuando volvía, al anochecer, jamás les decía dónde había estado. Pero nunca olvidaba cerrar con llave sus aposentos por la noche.

Un día, mientras sacaban agua del pozo, creyeron ver el parpadeo de una vela en una de las ventanas de la torre; la misma donde solían posarse los cuervos que tanto habían asustado a Helgi el día de su llegada. Ellos ya se habían acostumbrado a su presencia e incluso les gustaba verlos volar, recortándose sus siluetas en el verde de los árboles y en el dorado de la aurora.

Fue una de esas noches cuando Jessa tuvo el sueño.

Se quedó dormida nada más acostarse. Soñó que el buhonero aparecía de pronto, surgiendo de la oscuridad y, poniéndole la mano en el hombro, decía: «Jessa, despierta. He vuelto, como te prometí, y he traído conmigo el deshielo». Ella se levantaba, se acercaba a la ventana, que tenía un grueso cristal emplomado, y afuera el paisaje era magnífico: prados muy verdes, el cielo azul y bandadas de pájaros, gaviotas, gorriones y vencejos revoloteando sobre los tejados; en el patio, jinetes sobre caballos de ocho patas, como los del gran Odín, muy negros y de ojos fieros.

Cuando volvió la vista, el buhonero había desaparecido, y, en su lugar, una serpiente blanquísima se deslizaba por el suelo de piedra.

Después soñó que alguien descorría la cortina que ocultaba la puerta de su cuarto, la misma que Brochael cerraba cada noche. Y que una sombra atravesaba el cuarto hasta llegar a la cama y se detenía a observarla. Entonces supo que era Gudrun. Vio sus manos blancas como la nieve y sintió que uno de sus dedos dejaba una herida de hielo en su mejilla.

Se despertó sobresaltada; el corazón le latía con fuerza.

Miró hacia la puerta. La cortina se movió, y oyó el sonido de la llave en la cerradura.

Se levantó de un salto y se aferró con las dos manos al pomo de la puerta. Empujó y tiró de él, tratando de impedir que volvieran a cerrarla. Entonces, gritó:

—¡Thorkil! —y siguió intentando hacer girar el picaporte.

La puerta se tambaleó, y saltaron algunas astillas. Una se clavó en su mano y empezó a sangrar. Thorkil ya estaba a su lado y juntos volvieron a probar.

—Está cerrada —logró decir Thorkil, aún con la respiración entrecortada—. No hemos llegado a tiempo.

Y Jessa supo que tenía razón. Soltaron el picaporte y se quedaron allí, escuchando. No se oía ni el más leve ruido, pero estaban seguros de que alguien estaba al otro lado.

—¿Kari? —llamó Jessa con suavidad.

Ni un ruido, nada. La puerta tenía una pequeña rendija por la que Jessa podría

haber intentado mirar, para comprobar si efectivamente había alguien al otro lado, pero no se atrevió.

Estaban seguros de que era Kari. Le oyeron alejarse y perderse en el silencio.

Aún siguieron junto a la puerta durante unos minutos. Después, callados, se sentaron junto a la chimenea, que estaba casi apagada. Thorkil movió las brasas con la badila y de entre las cenizas surgió una débil llama.

—Mañana —dijo Jessa de pronto— vamos a intentar descubrir dónde se esconde. Vamos a recorrer cada rincón y vamos a abrir todas las puertas. Le encontraremos. Y Brochael no tiene por qué enterarse.

Thorkil, sentado frente a ella, daba vueltas a la pulsera que llevaba en la muñeca.

—¿Y si está loco? —preguntó al cabo de un rato—. Puede que incluso sea peligroso.

—Puede que sea así, pero por lo menos saldremos de dudas. Tenemos que verle —se le quedó mirando a los ojos—. ¿Vas a acompañarme o no?

Él se pasó una mano, no muy limpia, por el pelo y frunció el ceño, contrariado.

—Claro que te voy a acompañar. Alguien tiene que cuidar de ti.

Se pasaron la mañana jugando al ajedrez en espera de que Brochael saliera al patio. Cuando lo hizo, aún esperaron unos minutos más para comprobar que no volvía inmediatamente, y entonces Jessa se levantó.

—Thorkil —dijo mirándole fijamente—, ¿vienes?

Él se encogió de hombros.

—O voy o pierdo la partida.

Habían decidido que empezarían la búsqueda por arriba y que irían bajando. Se dirigieron a la torre por la única escalera que quedaba. Estaba muy deteriorada por la carcoma, pero iba desde los sótanos hasta la torre. Subían despacio, procurando no hacer ruido. Con las manos y los pies como el hielo, abrían puertas, entraban en los cuartos, miraban tras los biombos, escudriñaban los lugares más recónditos... y se desesperaban ante lo inútil de la búsqueda. Allí lo único que había era oscuridad, frío y el eco que produce el vacío.

—La luz que vimos venía de una de las ventanas de aquí arriba. Eso si realmente la vimos... —dijo Jessa en voz baja.

—Pues yo creo que no era de aquí. Ya has visto que estos cuartos llevan vacíos muchos años —opinó Thorkil desde la escalera, tratando de levantar la escarcha de los peldaños con el tacón de la bota. Se quedó pensativo unos segundos y después dijo—: Oye, Jessa, ¿y si le tienen escondido en el sótano? Si lo piensas, es más lógico, ¿no? Brochael siempre ha dicho, con mucha seguridad, que nunca le encontraríamos.

Jessa asintió de mala gana. Brochael les había dicho que podían ir adonde quisieran, nunca les había prohibido entrar en ninguno de los cuartos del castillo, o lo que quedaba de él. Por lo tanto, donde fuera que estuviera Kari, no era cosa de encontrarle por casualidad.

—Venga, vamos —propuso Thorkil, empezando a bajar la escalera.

—¡Espera! ¿Has oído eso? —dijo Jessa volviéndose con rapidez.

El corredor era un largo túnel de piedra, oscuro y polvoriento. Una gota de agua cayó desde una de las ventanas.

—¿El qué? —preguntó Thorkil, con un hilo de voz.

—No sé, un ruido, un crujir de pasos.

Thorkil la miró, tenía los labios muy pálidos, los puños cerrados.

—No he oído nada.

—¡Pero yo sí! —y Jessa abrió desmesuradamente los ojos— ¡Mira!

Al fondo, en el extremo más oscuro de aquel túnel, se empezó a vislumbrar una puerta. Surgía de la nada, de una pared renegrida y con enormes manchas de humedad. De pronto, estaba allí. Una puerta de madera oscura con un picaporte grande y brillante por el uso. Por debajo se filtraba un luminoso rayo de sol, como si el cuarto al que pertenecía estuviera inundado de luz.

En silencio, y conteniendo la respiración, se fueron aproximando. Jessa pensó que al acercarse la puerta desaparecería de nuevo. Que había sido una alucinación, o quizá producto de las sombras simplemente. Pero no fue así. La puerta estaba allí, esperándolos.

Jessa alargó la mano y asió el picaporte. Oyeron unos pasos dentro. La madera crujió y Jessa oyó el mismo sonido de hacía unos segundos, era como un aleteo. Sintió el picaporte helado bajo su mano. Lo empujó hacia abajo y la puerta se abrió de par en par.

Lo primero que pensó es que ella ya había estado allí antes. Era una habitación igual a la que había visto en sueños.

El sol la iluminaba. Las ventanas tenían cristales emplomados que formaban pequeños rombos y esparcían una intensa claridad por suelos y paredes. En el alféizar la nieve se empezaba a derretir y desde allí uno de los cuervos les miraba indiferente. Pero el ruido de la puerta al cerrarse tras ellos lo asustó y, dando un graznido, emprendió el vuelo hacia un cielo limpio y azul. Alguien que parecía aguardarlos estaba sentado de espaldas a ellos. Frente a él, junto a la ventana, había un gran espejo. Jessa se inclinó ligeramente hacia la derecha y vio su propia cara y la de Thorkil reflejadas en el espejo. En ese momento, el hombre se movió y se inclinó. Su pelo plateado casi rozó el marco de bronce. El terror se apoderó de Jessa. El espejo no reflejaba la imagen de aquel hombre. Era como si no existiera. ¡No existía!: en el espejo, solamente ella, Thorkil y la luz del sol que los iluminaba.

Entonces, Kari se volvió.

Jessa no pudo contener un grito y oyó la voz de Thorkil ahogando una exclamación.

Ante ellos, mirándolos con curiosidad, estaba Gudrun. Su misma cara. Idéntica.

XI

De lo que heredé, hago buen uso.

SE LEVANTÓ CON UN MOVIMIENTO rápido. Era un adolescente como ellos, delgado y no muy alto; tenía la piel muy pálida y los ojos transparentes como el cristal. Atravesó la habitación con pasos decididos y se quedó frente a Jessa. La miró detenidamente: primero el pelo, después la capa y el cuello de piel, que acarició —y sonrió complacido por su tacto suave—, los amuletos y piedras de la suerte, y por último se detuvo, como extasiado, en la casaca roja de Thorkil. Parecía que nunca hubiera visto un color igual. Y quizá fuera así, pensó Jessa.

Ya algo más calmada, la chica observó a su alrededor: el cuarto era agradable y Kari no tenía nada de monstruoso ni de horrible. Se sintió como una perfecta idiota además de muy confusa.

—Entrad, por favor, no os quedéis ahí —los invitó Kari—. Esta es mi guarida.

Aunque más tranquilos, los dos seguían desconcertados ante la actitud amable y educada de aquel extraño personaje. Jessa fue la primera en reaccionar y se adelantó unos pasos. Thorkil, mas desconfiado, se quedó junto a la puerta. Kari, por su parte, estaba aparentemente tranquilo y no parecía darse cuenta de la impresión que había causado. Cogió a Jessa por el brazo y la llevó hasta un pequeño banco para que se sentara. Después le sirvió un vaso de agua de una jarra de madera y le enseñó las piezas de ajedrez que estaba tallando. Eran unas figuras diminutas y preciosas, de líneas suaves y perfectas. El rey era idéntico a Brochael: su barba, su pelo y los brazos cruzados sobre el pecho. Jessa, aun a su pesar, no pudo por menos que sonreír.

De pronto, la actitud de Kari cambió. Se alejó de Jessa y, como si toda su energía hubiera desaparecido, los miró inseguro y nervioso.

—Lo siento —dijo en voz muy baja—. Supongo que os he asustado. Sé que no soy como habíais imaginado.

—No, no, nada de eso —dijo ella también en un susurro.

Él cogió un cuchillo y empezó a jugar.

Jessa se levantó. Entonces vio que del techo colgaban trozos de cristal atados con cuerdas que, a modo de arañas, se balanceaban y reflejaban la luz del sol por todas partes. Las paredes estaban decoradas con extraños y enormes dibujos representando espirales y anillos de colores suaves. Kari, junto a la mesa, había cogido un pequeño espejo.

—Mira, ven —dijo dirigiéndose a ella en un tono que a Jessa le pareció de tristeza—. Quiero que veas algo. Algo terrible —y puso ante los ojos de Jessa el brillante metal. Jessa se miró; aún tenía la cara muy pálida, y también lo estaba la de Thorkil, que seguía inmóvil como un fantasma junto a la puerta. Y no vio nada más. Kari la seguía observando—. ¿Lo ves? —le preguntó—. Dime si lo ves, si ves algo

además de tu imagen.

Sintió a Thorkil temblar a su espalda. Sus manos también temblaban y cuando habló apenas reconoció su propia voz:

—Sí, claro que veo algo más. Lo veo con total claridad —mintió con voz entrecortada.

Entonces Thorkil la cogió del brazo y, tirando de ella, la hizo retroceder hasta la puerta.

Kari sonrió y movió la cabeza.

—Pensáis que estoy loco, ¿verdad? —preguntó, sin obtener respuesta y mirando a Jessa con gesto sombrío—. Sé todo lo que ella va diciendo de mí, pero creedme, yo veo a un hombre en este espejo, un hombre a punto de morir. Por favor, mirad con atención, por favor, os lo pido a los dos.

Un rayo de sol cayó sobre el espejo y deslumbró a Jessa. Sintió entonces un intenso dolor en los ojos, pero miró al espejo de nuevo. Su brillante superficie era ahora amarilla y opaca, y vio un destello, la llama de una vela en un cuarto oscuro, extremadamente oscuro, en el que destacaban ricos y pesados cortinajes. En la mitad del espejo, sobre una enorme cama y arropado con lujosas sedas, un hombre con los ojos abiertos se aferraba a una espada. Jessa le reconoció al instante.

De nuevo un reflejo de sol cayó en el espejo, y todo volvió a ser dorado. Nada más.

Antes de que Jessa pudiera reaccionar y decir algo, se oyeron unos pasos en el corredor y al momento entró Brochael, bloqueando la puerta con su cuerpo. Su expresión era una mezcla de enfado y sorpresa.

—He tenido que hacerlo —se apresuró a decir Kari—. Ha llegado el momento de poner en marcha nuestros planes, Brochael. Ha empezado el deshielo y ella vendrá a buscarnos.

—¿Gudrun? —logró balbucear Jessa.

—Ya nada hay que la detenga —Kari dejó el espejo boca abajo sobre la mesa y lo cubrió con su blanquísima mano—. Acaba de morir, Brochael. El Yarl ha muerto.

Brochael, sin dar signos de sorpresa ante la noticia, bajó la cabeza apesadumbrado y se sentó en un viejo banco junto a la entrada. De pronto dio un puñetazo a la puerta.

—¡Ella le ha matado! ¡Sabía que lo haría! —gritó.

Jessa sintió un escalofrío.

—La última vez que le viste, ¿cómo estaba? —preguntó Brochael dirigiéndose a ella.

Jessa pensó en el Yarl, sentado en su sillón de madera labrada, con su fría mirada fija en las llamas de la chimenea.

—La última vez estaba muy envejecido, como acartonado, pero no parecía enfermo.

—¡Exactamente!, a eso me refiero. Ella ha acabado con él —Brochael alargó el

brazo y cogió a Jessa por el hombro—. Siéntate, chiquilla, estás muy pálida.

Jessa se sentó a su lado y sintió el brazo protector de Brochael sobre sus hombros.

—No te preocupes —la consoló él—. No es muy corriente tener tantas impresiones en un solo día. Además, supongo que la sorpresa mayor ha sido encontrar a una extraña criatura, un monstruo de los horrores, como éste —dijo mirando a Kari con una amplia sonrisa.

Kari le devolvió la sonrisa, se levantó y fue hacia la ventana. Era extremadamente delgado, y su ropa, como la de Brochael, estaba muy vieja y llena de remiendos. Se sentó en el alféizar mirando hacia fuera.

—Os he visto muchas veces desde aquí arriba.

—Pues nosotros no te habíamos visto a ti nunca —dijo Thorkil.

—No, ya lo sé. He heredado de Gudrun el poder de ocultarme de la vista de los demás. Y tampoco habéis visto esta puerta, aunque habéis pasado muchas veces por delante.

Thorkil tenía el ceño fruncido y daba vueltas a la pulsera de Gudrun.

El brazo de Brochael era fuerte y reconfortante; Jessa se echó hacia atrás para sentir más cerca la seguridad y la confianza que transmitía. Las sombras parecían haberse despejado por completo, y pensó en la cantidad de veces que había imaginado encontrarse con Kari, y cómo, en cada una de ellas, había evitado formarse una idea sobre su aspecto.

—Así que eras tú quien supo de antemano que veníamos —dijo, mirando a Kari y pensando en voz alta.

Uno de los cuervos se posó en el alféizar de la ventana, precedido de un graznido y un ruido de aleteo. Kari levantó la mano y el cuervo vino a posarse sobre ella con suavidad.

—Sí, os vi cuando llegasteis, y cuando os alcanzó la tormenta, y también os había visto en Trond. Un lugar muy especial, Trond. La anciana Chamanka sabe cómo utilizar sus poderes. ¿Sabéis?: cada vez que piensa en mí, y lo hace a menudo, yo puedo leer sus pensamientos —explicó, mientras acariciaba el negro plumaje del cuervo.

—¿Puedes ver eso en el espejo? —preguntó Thorkil curioso, cogiendo aquel objeto y dándole la vuelta—. ¿Puedes ver todo lo que quieres?

Kari parecía ausente; fue Brochael quien contestó:

—No únicamente en el espejo, Thorkil, también en el hielo, en el agua, en la superficie de una jarra de barro y en cualquier otro sitio. Posee los mismos poderes que Gudrun, ésa ha sido su desgracia. Ella le teme, es su rival, por esa razón lo envió lejos, lo escondió del mundo e hizo correr todos los falsos rumores que circulan sobre Kari.

Jessa sintió que el musculoso brazo de Brochael temblaba ligeramente, la ira afloraba a su piel. Kari se volvió hacia su guardián.

—No debes hablar de eso, nos pone tristes a los dos.

Brochael se levantó y recorrió el cuarto dando grandes zancadas. De pronto se detuvo frente a la chimenea y empezó a echar troncos y a mover las brasas de forma maquinal, como si no fuera consciente de lo que hacía.

Kari, sin dejar de mirarle, comenzó a hablar:

—Me tuvo encerrado en una especie de mazmorra en los sótanos de la mansión. Ella y su fiel Gettir eran las únicas personas a las que veía. Hay veces que creo recordar la cara de otra mujer, pero todo es muy confuso. Allí sólo había oscuridad y silencio, largos años de oscuridad y silencio. Años de luces y sombras resbalando por las paredes. Hielo, sol y de nuevo hielo. Venía y me decía cosas horribles; otras veces no hablaba, simplemente observaba divertida cómo huía de su lado y me refugiaba en las sombras del calabozo.

»Un día llegó Brochael y me llevó con él. No recuerdo el viaje, ni el hielo y la nieve del camino. ¿No es extraño? Y de pronto me encontré en este cuarto acompañado de un gigante de modales rudos, pero que con su presencia y el contacto de su brazo sobre mis hombros me hacía sentir protegido y querido. Nunca antes había sentido algo parecido —dijo con una amplia sonrisa—. Era una sensación nueva y extraña, pero me gustaba. Me enseñó a hablar, a correr y a enfrentarme a la luz del sol y al cielo azul sin sentir terror ante los espacios abiertos. Cuando en sueños ella me atormentaba, Brochael siempre estaba a mi lado para despertarme. Este lugar, Thrasirshall, no ha sido una prisión para mí, Jessa, ha sido mi liberación —hizo una pausa y miró al espejo—. Sin embargo, ahora debemos prepararnos para abandonarlo».

—¿Estás seguro de que ha muerto? —preguntó Thorkil de forma un tanto brusca.

—Sí.

—Puede que ella no sea la culpable —murmuró Jessa.

Brochael movió la cabeza.

—Claro que es culpable. Tiene su sello. Ha elegido el momento adecuado; el que ha considerado mejor para sus fines. Ya leiste el mensaje del Yarl. Era el mensaje de un hombre que teme un desenlace cercano. Gudrun enviará sus esbirros a Thrasirshall. Quizá incluso ya estén en camino. Disponemos de dos días, como mucho tres —miró a Kari—. ¿Ha muerto hoy?

Kari asintió. Se hizo un silencio.

—Pero ¿dónde iremos? —preguntó Jessa, pensando en las montañas cubiertas de nieve y en los páramos helados.

—Aún tenemos buenos amigos —afirmó Brochael con voz segura, mirando descuidadamente por la ventana—. No estamos absolutamente solos.

—¿Te refieres a los que os traen la comida? —dijo Thorkil, no muy convencido.

Brochael se volvió a mirarle y le sonrió.

—Sabía que eso os tenía muy intrigados: le habréis dado mil vueltas para encontrarle una explicación, ¿no es así?

—Sí, pero ¿quiénes son?

—Ten paciencia y lo sabrás.

Jessa se estaba chupando, nerviosa, las puntas del pelo. Todo había ocurrido tan rápido...

—Pero, según decís, no existe lugar en el mundo en el que estemos a salvo de la mirada de Gudrun —recordó.

—Ni tampoco donde ella esté a salvo de la mía —dijo Kari, sentándose en una silla junto a la ventana y encogiendo las rodillas hasta poner los pies en el asiento—. Nos perseguirá, eso es lo que hará, irá tras nosotros como un lobo traicionero y veloz, pero no podrá ocultarme sus planes. Ella y yo somos uno —miró a Brochael con expresión fría y esquiva, y continuó—: Y además, no tenemos otra alternativa, ¿no es así?

—Así es.

XII

*Arde el fuego, arde hasta que se agota;
la llama se aviva con la llama.*

PASARON EL RESTO DEL DÍA preparándose para un largo y duro viaje. Reunieron todos los víveres disponibles, incluso cocinaron dos liebres que Brochael había atrapado en las trampas. El agua no sería problema. La nieve era abundante en aquellas alturas y, según Brochael, cuando fueran bajando no sería difícil encontrar arroyos producidos por el deshielo. Jessa, por su parte, decidió sacar dos cubos de agua caliente del pozo y darse un buen baño. El último en mucho tiempo.

Kari bajó y estuvo observando la actividad frenética con la que Brochael hacía los preparativos para la marcha. Aquello le hizo sentirse inquieto y salió al exterior. Los dos cuervos revoloteaban a su alrededor. Thorkil le siguió y Jessa cerró la puerta tras ellos. El baño le había sentado estupendamente, no tenía frío y estaba contenta. Se sentó junto a Brochael.

—Nos hiciste pensar cosas de Kari que no eran ciertas —le espetó, mirándole directamente a los ojos.

—No, no fui yo. Echa la culpa a Gudrun. Ella es la que ha difundido historias falsas por todas partes.

Al cabo de unos segundos, Jessa prosiguió:

—Parece increíble que haya podido decir esas cosas de Kari, de su propio... Kari es tan...

—¿Normal? —preguntó Brochael con picardía.

—No, no es eso. Claro que no...

—Lo sé, sé a lo que te refieres. Kari es la viva imagen de Gudrun. Es una copia exacta. Dicen que cuando Kari nació, la comadrona dio un grito de terror; pero lo que yo creo es que debió de darse cuenta de que acababa de nacer otro Hechicero del Hielo. En cuanto a Gudrun, me he preguntado muchas veces qué pasaría por su cabeza al ver a Kari. Su hijo y su rival, la única persona capaz de arrebatarse el poder. La decisión que tomó ya la conocemos.

Jessa le miró directamente a los ojos y preguntó:

—¿Y por qué no le mató? Muchos niños mueren al nacer, no habría sido tan raro.

Brochael dejó lo que estaba haciendo y permaneció callado durante unos segundos. Después, respondió:

—Eso es precisamente lo que me preocupa, lo que me ha estado preocupando durante años, Jessa. Le debe de querer vivo por alguna razón. Pero no he logrado saber por qué.

Más tarde, cuando Jessa estaba metiendo la ropa de más abrigo en una bolsa, oyó a Thorkil llegar y cerrar con cierto sigilo la puerta del cuarto.

—Brochael dice que llevemos lo imprescindible. Así nos pesará menos, porque tendremos que cargar cada uno con nuestras cosas —comentó la joven.

Le oyó decir algo por lo bajo. Se volvió y le vio sentado en una banqueta.

—¿Qué pasa?

Thorkil se rió de medio lado.

—¡Nada, no pasa nada! Nos vamos de aquí, que ya es algo. Estoy contento.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó su prima, incrédula, mientras tiraba de los cordones de la bolsa y hacía una lazada con ellos—. A mí tampoco me entusiasmaba la idea de venir aquí, incluso creo que tenía más miedo que tú, pero desde que llegamos podría decir que me siento feliz; bueno, feliz en un cierto sentido. Y ahora que sabemos que Kari no es...

—¡Desde luego! —gritó Thorkil con cierta rabia—. ¡Kari! Antes era angustioso pensar que podría ser deforme, de acuerdo; pero no creo que ahora que lo conocemos las cosas sean mejores. Jessa, ¡Kari es *ella*! Cuando me mira, no puedo evitar sentir un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

—No, Kari no es ella. Físicamente son casi idénticos, pero eso no quiere decir que sean iguales en todo.

Permanecieron callados durante unos segundos, uno sentado junto al otro. Después, Jessa le dio un cariñoso tirón de pelo.

—No te preocupes tanto. ¿Y se puede saber por qué llevas aún la pulsera de quien tanto te preocupa?

Thorkil, instintivamente, se tocó la pulsera.

—Es que no me la puedo sacar, está demasiado justa.

Sorprendida, Jessa se acercó a mirarla.

—Pero antes no te estaba tan apretada, ¿o sí?

—No, no tanto. Yo creo que el frío la ha encogido. De todas formas, qué más da: ahora no me la puedo quitar, así que nadie me la robará.

Jessa intentó abrirla un poco, pero fue imposible: se ajustaba a la muñeca de Thorkil como si se la hubiesen hecho a la medida.

—A lo mejor he engordado —dijo Thorkil, riéndose.

Había algo en la voz de Thorkil que, por un momento, le resultó extraño: el tono no parecía el mismo de siempre. Pero enseguida, él se echó a reír y se levantó. El pelo le había crecido en ese tiempo y rozaba ya el cuello de su casaca roja.

—Está bien, Jessa, llevaré únicamente lo imprescindible. Sabes que me gusta ir elegante, pero soy demasiado perezoso para ir cargado.

Y los dos se echaron a reír en el sombrío y gélido cuarto.

Aquella noche, en la oscuridad y sentados alrededor del fuego, planearon el viaje.

—Nos dirigiremos hacia el Sur —explicó Brochael—. En realidad es al único sitio al que uno se puede dirigir desde este maldito y olvidado lugar. Más al norte no hay nada, sólo hielo, montañas y más montañas, sin olvidar la niebla. Y más allá, Gunningagap, la puerta de las eternas tinieblas y tierra de hechiceros.

Jessa miró a Kari, que le escuchaba hecho un ovillo, sentado en el suelo y apoyado en las rodillas de Brochael. Tenía una expresión ausente y el fuego ponía una máscara de luces y sombras a su cara.

—¿Y después, qué? ¿Un barco? —preguntó Thorkil.

—Ningún barco nos llevaría —dijo Brochael, cortante, y continuó—: Y yo no pienso intentarlo. El tiempo tiende a calmarse, ya estamos en primavera. Iremos por tierra. Será fatigoso pero más seguro. Conozco un lugar en las montañas, uno de los muchos pabellones de caza de los wulfings. Hacia allí nos dirigiremos.

—¿Crees que será un lugar seguro? —preguntó Jessa.

Brochael hizo un movimiento con las manos.

—Ni más ni menos que cualquier otro. Pero allí es la cita. Todo está preparado desde hace años. La muerte del Yarl nos reunirá a todos.

Kari se movió inquieto, como si el calor le molestara. Uno de los cuervos dio un graznido y las llamas crepitaron sobre la madera húmeda.

—Y después, ¿qué pasará después? ¿Son buenos jinetes esos aliados tuyos? ¿Sabes manejar la espada y el hacha? ¿Estarán dispuestos a luchar contra Gudrun? —insistió Thorkil.

—Eso tendremos que comprobarlo —dijo Brochael, riendo abiertamente—. Eres muy curioso, hijo, sí que lo eres.

—Precavido, eso es lo que soy.

Entonces Kari, en tono tranquilo, dijo:

—Debemos partir mañana.

Brochael le miró. Y pasados unos segundos, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Hay un barco —dijo Kari con voz segura y sin apartar sus ojos del fuego—. Un barco, con una cabeza de dragón como mascarón de proa, amarrado junto a una orilla rocosa.

—¿Podemos verlo? —preguntó Brochael en voz baja.

Kari no contestó. Seguía con los ojos muy abiertos y fijos en las llamas. Jessa también miraba el fuego, en un intento desesperado por ver algo.

Entonces, uno de los troncos de la chimenea cayó hacia delante. Entre las llamas, surgiendo de pronto, apareció la silueta de un barco. Estaban desembarcando caballos por una rampa hasta la misma playa. Había muchos hombres en la orilla, casi todos con antorchas que chisporroteaban y esparcían chispas. Olía a resina, alquitrán y sal marina. Una gaviota graznó a lo lejos.

—Eso es Trond —dijo Thorkil desde la oscuridad. Jessa asintió con un movimiento de cabeza. Ella también había reconocido los altos acantilados, y entre el

grupo de hombres destacaba Sigmund *Capa Gris*; el aire de la noche le había revuelto el pelo y le caía sobre la cara.

Reconoció a muchos de los hombres que bajaban del barco, los había visto en la mansión del Yarl. Hombres rudos y callados, todos con una serpiente tatuada en la mejilla; eran hombres de Gudrun. Contó diez o más. Estaban descargando escudos y brillantes espadas. En ese momento, una ráfaga de aire movió las llamas y tras ellas sólo quedó la oscuridad.

Jessa miró a Brochael.

—¿Cómo es posible que hayan avanzado tanto? —preguntó—. Nosotros tardamos tres días en llegar a Trond... —la sombría expresión de los ojos de Brochael le dio la respuesta. Comprendió lo que había pasado, y no pudo reprimir un grito—. ¿Envió a sus hombres antes de que ocurriera? ¿Antes de que falleciera el Yarl?

Brochael, acariciándose la barba, asintió en silencio.

Nadie volvió a hablar durante un largo rato: todos pensaron lo mismo. Jessa sintió el mismo pánico que había sentido en la mansión; casi podía oler el dulce perfume de Gudrun y oír el crujir de la seda de su vestido al andar.

Levantó la cabeza y de nuevo fijó sus ojos en el fuego.

Gudrun la miraba entre las llamas.

La Hechicera estaba rodeada de velas; un halo de luz parecía iluminarla, y sus ojos y su sonrisa brillaban con especial luminosidad.

Paralizada por el terror, Jessa apenas podía respirar, y entonces Kari, con la punta de su bota, echó uno de los troncos hacia atrás, y éste al caer derribó otro haciendo saltar diminutas chispas en todas direcciones. El fuego disminuyó y la habitación se oscureció aún más. Jessa vio una mueca de dolor en el rostro de Kari. Brochael tenía un gesto serio y preocupado.

—¿Ella también puede vernos? —preguntó Thorkil en un balbuceo.

—No —dijo Kari agitando la mano—. Lo intenta a menudo, pero no la dejo, y mucho menos de ahora en adelante.

Tras él algo se movió en la oscuridad y uno de los cuervos se posó de un salto en el respaldo de la silla de Brochael. Sus ojos eran dos diminutos puntos rojos a la luz de las llamas.

XIII

*Dicen que el gran Odín hizo
un juramento ante su anillo.
¿Quién se fiaría de él después de aquello?*

SE PUSIERON EN CAMINO ya entrada la mañana. Antes, habían comido deprisa y en silencio lo que Brochael había preparado y, mientras recogían las últimas cosas, Jessa no dejó de observar a Kari, que parecía nervioso. Él la miró con sus ojos transparentes y sonrió.

Cuando terminaron, Brochael vertió agua sobre el fuego, cogió una enorme bolsa y se la echó a la espalda. A continuación se colocó el hacha en el cinturón.

—Fue poco lo que traje, pero menos aún lo que me llevo —dijo haciendo un guiño a Jessa—. Será interesante comprobar cómo ha cambiado el mundo.

Se abrigaron bien: llevaban capas, capuchas y guantes gordos. El viento helado del norte traía copos de nieve. Sobre ellos volaban los dos cuervos recortándose contra el cielo gris.

—Os van a echar de menos —dijo Jessa, levantando la mirada.

Kari también alzó la vista.

—Vienen con nosotros. Van a donde yo vaya —volvió la vista atrás, hacia el edificio en ruinas de negras paredes, y vio el brillo del hielo sobre los tejados y ventanas—. Es curioso, siento como si abandonara una parte de mí, como la serpiente que muda de piel.

—¡Vamos! —le invitó Brochael cogiéndole del brazo—. Si los hombres de Gudrun nos cogen aquí, será cuando de verdad mudaremos de piel.

Kari cogió una gruesa bufanda de lana y se la colocó tapándose el cuello y parte de la cara. Brochael, entonces, abrió la puerta y salió al patio; después, atravesó el arco de piedra medio derruido, y todos le siguieron.

Camaron durante toda la tarde con el viento de frente azotándoles la cara. La nieve estaba blanda y, aunque procuraban pisar en la huella de quien les precedía, hubo momentos de peligro en los que estuvieron a punto de perder el equilibrio y rodar montaña abajo. Cruzaron con mucha precaución el glaciar, evitando meter el pie en las múltiples grietas que se abrían en el hielo. Se movían lentamente entre las paredes de roca. Una vez superado el glaciar, continuaron subiendo por la empinada ladera de la montaña, siempre en dirección sur y rodeados de nieve helada. Cuando llegaron a la cima, el cielo estaba de color violeta y algunas estrellas empezaban a asomar, aunque tan diminutas que, por su tamaño y su luz, más bien parecían motas de polvo. A lo lejos, hacia el norte, la luz del atardecer aún bañaba las cumbres.

Jessa estaba empapada y sin aliento. Se detuvo y miró hacia atrás. La estela oscura que habían dejado en la nieve parecía una cicatriz en la montaña, una cicatriz profunda y azul.

Brochael también se volvió.

—Va a ser una noche apacible. Mañana seguirán ahí nuestras huellas, puede incluso que permanezcan intactas más tiempo. Eso nos perjudica: los hombres de Gudrun también las verán.

—¿Crees que estarán aquí mañana? —preguntó Jessa, mirándole.

—Seguramente. Son buenos jinetes. No olvides que cuando Gudrun quiere algo, siempre lo consigue —y siguió caminando tras Kari y Thorkil.

Cerca de la medianoche habían descendido hasta la primera hilera de árboles. Brochael les dejó dormir al abrigo de un gran pino que, al estar en el medio de un grupo de árboles, apenas había sido tocado por la nieve.

Se tumbaron sobre un grueso lecho de hojas, fruto de siglos y siglos de otoños. Los árboles desprendían un dulce olor a resina y entre las hojas se movían sin prisa diminutos y brillantes escarabajos. Exhausta como para darse cuenta, Jessa se quedó inmediatamente dormida.

Los cuervos la despertaron al posarse en una de las ramas del árbol. Se movían y le lanzaban copiosas duchas de nieve en polvo. Se sentó y vio a Brochael y a Kari hablando y preparados para emprender la marcha. Brochael, con una vara, dibujaba algo en el suelo. Thorkil aún dormía a pocos pasos de ella, tapado hasta la cabeza con su capa de piel. Jessa sintió un escalofrío; apenas había amanecido y hacía frío. Brochael se volvió hacia ella.

—Justo a tiempo. Ven y come algo.

Era lo mismo que habían comido al dejar Thrasirshall: carne y pan negro ya algo duro. Lo masticó despacio, paseando la mirada por el paisaje sombrío, únicamente bruma y niebla. En la ladera los árboles parecían un ejército inmóvil y silencioso. Kari también miraba el paisaje, más nuevo para él que para los demás, como si sus ojos quisieran absorber todo aquello hasta la más pequeña brizna de hierba. Sus ojos mostraban la misma excitación que cuando había visto a Thorkil y a Jessa por primera vez. Tenía los puños cerrados y los ojos más transparentes que nunca en la escasa luz de la mañana.

En ese momento Brochael cogió un puñado de nieve y se lo tiró a Thorkil.

—Vamos, hijo, despierta. No es lugar para estar durmiendo hasta media mañana. Coge tus cosas. No hay tiempo que perder.

No fue fácil despertar a Thorkil. Estaba soñando y tardó un tiempo en saber dónde estaba y por qué. Brochael bromeó con él sin dejar de sonreír.

—¿El señorito tendrá a bien levantarse y tomar un baño de espuma bien caliente?

Thorkil le sonrió, pero Jessa se dio cuenta de que estaba muy cansado, más que

eso, parecía agotado.

Emprendieron la marcha en silencio bajo un cielo gris plomo. Les parecía que permanecer callados les permitía avanzar más rápido por aquel páramo helado y vacío.

Cerca del mediodía Kari se detuvo de pronto. Volvió la cabeza despacio. Jessa le imitó.

En la lejanía, una columna de humo se elevaba hacia el cielo. Un humo denso y negro en cuya base brillaba un pálido reflejo rojo. Los cuatro lo observaron en silencio. Tenía que ser Thrasirshall. Habían sido muy rápidos, pensó Jessa, mucho más rápidos de lo que había imaginado. Gudrun había sabido elegir a sus hombres. Hombres que no temían a aquel lugar ni al ser que decían habitaba allí. Quizá, incluso, les habría contado parte de la verdad. Habrían entrado y buscado y, al no encontrarlos, habrían prendido fuego. Seguramente ahora ya estarían de nuevo a caballo siguiendo su pista. Miró a Brochael, vio en su cara un gesto de preocupación, y dijo:

—Sí, tienes razón, Kari. ¡Sigamos!

Volvieron a adentrarse en el bosque y continuaron hacia la cima de la colina. La nieve era menos profunda por allí, y sus huellas serían mucho más difíciles de seguir en aquel suelo de tierra y hojarasca. Brochael les metía prisa y no pararon a descansar ni un momento en toda la tarde. Kari parecía deslizarse en lugar de andar, lo hacía mecánicamente, y ella misma tampoco estaba excesivamente cansada. Sin embargo, Thorkil se iba quedando rezagado, y Jessa tuvo que pedir a los demás que le esperaran.

Cuando los alcanzó, su aspecto era fatigado y respiraba con mucha dificultad.

—¿No vamos a descansar? —preguntó, extenuado.

—Pero ¿qué es lo que pasa contigo? —gritó Brochael, enfadado— ¿Te sientes mal?

—¡No lo sé! —tenía la cara muy pálida y una mueca de dolor en los labios—. No puedo ir más deprisa, me fatigo mucho... A lo mejor es por el frío. Unos minutos, por favor, Brochael.

Pero Brochael señaló a su espalda.

—No tenemos esos minutos. Una herida de espada sería aún mucho más duro, Thorkil. Haz un esfuerzo.

Al poco, Thorkil se detuvo de nuevo. Intentó desesperadamente llevar más aire a sus pulmones y, sin conseguirlo, se desplomó sobre sus rodillas. Jessa corrió a socorrerle.

—Creo que está muy enfermo. Tenemos que descansar.

Brochael se volvió furioso y apretó los puños. Después, se adentró entre los árboles.

—¿Adónde va? —preguntó Jessa.

—A vigilar. A ver a qué distancia están los hombres de Gudrun —le contestó

Kari, arrodillándose junto a ella y quitándose los guantes. Luego, cogió a Thorkil por los brazos.

—¡Mírame! —le ordenó.

Thorkil le miró tembloroso. Sus ojos se encontraron. Permanecieron en silencio durante unos segundos, examinándose fijamente. Enseguida Thorkil empezó a respirar con normalidad. Kari sintió un escalofrío. Se volvió a poner el guante y se retiró un mechón de pelo de los ojos.

—¿Qué le pasaba? —indagó Jessa.

—Nada —y su mirada transparente buscó a Brochael entre los árboles—. Nada. No te preocupes.

Brochael volvió más calmado.

—No hay rastro de ellos. El bosque se acaba un poco más adelante y después todo es terreno descubierto. Tendremos que cruzarlo antes de que anochezca —y volviéndose a Thorkil, le preguntó—: ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí, creo que sí —dijo, mientras Jessa le ayudaba a levantarse—. Respiro mucho mejor... No sé qué me ha pasado.

—Está bien, ya no importa. ¡Vámonos!

Dejaron atrás los árboles, la humedad del bosque y las ramas repletas de nieve, que a veces se desprendía sobre sus cabezas. El terreno tenía una ligera pendiente y estaba plagado de montículos cuya superficie, totalmente helada, crujía bajo sus pasos. La marcha se hizo más lenta. La nieve dura les obligaba a extremar el cuidado para no resbalar y caer. Los cuervos seguían volando en círculo sobre sus cabezas y a veces se acercaban hasta casi rozar a Kari. Otras veces graznaban en su oído mientras él, agarrado a la mano de Jessa, procuraba mantener el equilibrio. Brochael se mantenía cerca de Thorkil, ambos resbalando de vez en cuando sobre la brillante alfombra de hielo. Para los caballos que les perseguían iba a ser una subida muy difícil. Eso les daría ventaja.

Para cuando consiguieron cruzar el inmenso páramo, la luz del día se estaba apagando. Se sentían muy cansados: les dolían los tobillos, que tenían amoratados de los golpes que se habían dado contra las piedras. De pronto, apareció frente a ellos el desigual contorno de un lago. Un lago pequeño y blanco de aguas heladas. En su orilla las rocas formaban una oquedad flanqueada por altos muros de piedra. El viento era tan frío que Jessa no pudo contener las lágrimas que afloraban a su ojos. También las orejas le dolían y no sentía los dedos de sus pies.

Brochael se abrió paso entre la escasa maleza y se dirigió a la oquedad entre las rocas. Los demás le siguieron. El paso hasta la cueva no era fácil. El muro de rocas apenas dejaba hueco para poner el pie. Pasaron pegándose literalmente a las rocas y con mucha precaución para no resbalar y caer al lago.

Una vez en el interior de la cueva, a cubierto y a salvo, aún tardaron unos minutos en recuperar el aliento. Jessa sentía, como todos los demás, la presencia gratificante y protectora de Brochael. Se quitó las botas y se dio un masaje en los dedos. Al cabo de

un rato los dedos y las mejillas recuperaron su color rosado.

—Bien —dijo finalmente Brochael—, tan bueno es este lugar como otro.

—¿Quieres decir que vamos a quedarnos aquí? —preguntó Thorkil, incrédulo.

—Ya que no podemos despistarlos, lo mejor será escondernos. ¿Crees que los pájaros podrán avisarnos del peligro? —aquellas palabras iban dirigidas a Kari.

Éste asintió con la cabeza mientras se quitaba algunas hojas de su pelo plateado.

—Entonces intentemos dormir —dijo Brochael en voz alta—. Todos. Mientras podamos.

—Hace demasiado frío —protestó Thorkil—. Nos helaremos, antes o después.

Brochael le miró, malhumorado.

—No creo que te dé tiempo a enterarte estando tan cansado como dices. Tú eras el que quería descansar.

—Sí, sí, tienes razón —aceptó Thorkil con la voz alterada.

Comieron un poco de carne seca, pero apenas si podían tragarla y, además, para beber únicamente tenían nieve. Después se prepararon para dormir colocándose uno junto a otro para darse calor. Brochael echó su capote sobre Kari. Jessa le observaba; después, ella también se quedó dormida.

Cuando se despertó, aún era de noche. Miró hacia el este y allí, en la lejanía, se vislumbraba un débil reflejo de claridad. Estaba helada y tenía los huesos entumecidos. Se incorporó con cuidado para no despertar a los demás. Brochael dormía con la espalda apoyada en las rocas; incluso dormido no separaba su mano del mango del hacha. Kari descansaba arropado por la piel de su capa. Pero ¿y Thorkil? ¿Dónde estaba?

Se puso de pie y se estiró; le dolía todo. Después, sin hacer ruido, salió de la cueva.

El paisaje era desolador, desierto y silencioso. Creyó oír a lo lejos el trinar de un pájaro, un trino solitario y triste sobre el abrupto terreno. El viento seguía siendo muy frío, pero le pareció algo más templado que el de la noche anterior. La escarcha empezaba a derretirse en las hojas de los escasos arbustos que había alrededor.

No había ni rastro de Thorkil. Empezó a preocuparse. El mareo del día anterior y cómo se había recuperado con la ayuda de Kari no era normal. Nunca había visto a Thorkil comportarse así.

Se asomó desde el muro de rocas; abajo, la pedregosa orilla del lago. Las puntas negras de los juncos sobresalían entre la gruesa capa de hielo de la superficie. «Quizá Thorkil esté por ahí abajo», pensó.

Bajó con mucha precaución. Al pisar, las piedras rodaban a su paso y estuvo varias veces a punto de perder el equilibrio. El hielo empezaba a derretirse formando un finísimo arroyo de apenas dos dedos de ancho que bajaba hasta el lago. Se agachó y bebió de esa agua. Era como meterse un trozo de hielo en la boca, y además sabía amarga.

El ruido inconfundible de los cascos de un caballo la dejó paralizada. Sonaban

muy cerca y a su izquierda. Se volvió y le vio. Un hombre a caballo bajaba por el sendero; iba armado y llevaba una malla de metal que brillaba en la tenue claridad. No movió ni un músculo: si lo hacía temía que el hombre pudiera verla.

El jinete tiró de las riendas y el caballo se detuvo. Jessa miró a su alrededor: sólo bruma y hielo cubrían aquel páramo. «¿Dónde estaban el resto de los hombres?», se preguntó. No muy lejos, seguro.

El hombre volvió la cabeza y Jessa contuvo la respiración pegando su cuerpo a las húmedas rocas. Él parecía buscar algo o a alguien. El caballo estaba inquieto y él mantenía firme las riendas.

En ese momento Jessa vio a Thorkil medio escondido tras una roca. No la había visto, pero estaba claro que también observaba al jinete. Y entonces él hizo algo totalmente inexplicable para Jessa. Salió de su escondite, apareció ante el jinete y, moviendo los brazos, ¡le llamó!

El hombre se volvió al oír la voz de Thorkil y lentamente se dirigió hacia él. Jessa aprovechó el momento en que justamente jinete y caballo estaban de espaldas para ponerse en pie. Thorkil la vio y clavó en ella una mirada fría y desconocida. Pero en ese instante, el jinete, que se había inclinado para acariciar la cabeza del caballo, miró hacia arriba. Jessa le vio erguirse. ¡La había descubierto!

XIV

*Si sabes de la maldad del otro, ¡dilo!
No hagas tratos ni pactos con el enemigo.*

NO HABÍA DUDA, la había visto. El jinete se dirigía hacia ella. Le vio mirar a todos los lados, como desorientado, pero siguió aproximándose.

—No te muevas —oyó la voz de Kari a su espalda—. Él no puede verte, pero por favor no te muevas.

Jessa permaneció inmóvil, mientras el jinete seguía acercándose. Llegó un momento en que pudo verle la cara con claridad: llevaba en su mejilla una serpiente azul y parecía cansado, incluso asustado. Volvió a mirar al lago y a la tierra desierta. Jinete y caballo pasaron junto a ella sin dar el menor signo de haberla visto. Creyó que no iba a soportarlo. La tensión era enorme. Jessa movió ligeramente un pie, un acto reflejo que no pudo controlar, y una piedrecilla salió rodando.

De nuevo el jinete se detuvo y de nuevo miró hacia el lago. Estaba tan cerca que Jessa podría haber alargado la mano y tocar la crin del caballo. El caballo movió la cabeza y se quedó mirándola, después resopló en su hombro.

De pronto, como si algo le hubiera hecho cambiar de opinión, el hombre, con un movimiento brusco de las riendas, hizo un giro y, espoleando al caballo, salió a galope dejando tras él un río de piedrecillas rodando por la pendiente. Llegó a la cima del pequeño montículo y sin mirar atrás siguió su camino. El sonido de los cascos del caballo se fue alejando hasta desaparecer por completo.

El contacto de una mano en su brazo la sacó de su rigidez.

—Ya está. Se ha ido. —Brochael estaba a su lado esgrimiendo el hacha y mirándola enfadado—. ¿Se puede saber por qué te has puesto de pie? Si nos hubiera visto, una simple voz y habríamos tenido a todo el pelotón aquí en segundos. ¿Es que te has vuelto loca?

—¡Creía que había visto a Thorkil!

—Thorkil estaba bien escondido —replicó Brochael, mirando hacia la roca de donde salía el joven en aquel momento—. ¡La próxima vez, sé más prudente!

Jessa se alejó furiosa del lado de Brochael y salió al encuentro de su primo.

—¿Me puedes explicar por qué has salido de detrás de las rocas y le has hecho señas con los brazos?

Thorkil la miró sin alterarse.

—Te hacía señas a ti, ni tan siquiera había visto a ese hombre.

—¿Cómo? Pero...

—Bueno, ya qué más da —la cortó Thorkil—. Iba a subir hasta arriba. ¿Ves? Allí parece que hay un camino que atraviesa las montañas. Creo que se dirige al Sur —entonces Brochael entró en la conversación y los dos se pusieron a hablar de la ruta

que deberían tomar. Jessa se alejó de ellos absolutamente confundida por lo ocurrido.

Vio que Kari la observaba. Estaba sentado en una roca con uno de los pájaros negros a sus pies. El otro, detrás de él, intentaba sacar algo rojo medio enterrado en la nieve. En aquel instante le pareció tan igual a Gudrun que no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó.

—No lo sé —dijo, mirándola a los ojos—. No ha sido fácil. Creo que te ha visto durante un segundo. He tenido que hacerle creer que eran imaginaciones suyas. Que allí no había nadie.

—¿Como la puerta de tu cuarto en el corredor?

—Sí.

Jessa se volvió para contemplar la salida del Sol entre las nubes y el blanco de la montaña.

—¿Es el mismo poder que tiene la anciana Chamanka de Trond?

—No lo sé. Lo único que puedo decir es que ese poder está dentro de mí. No lo he aprendido, nadie me lo ha enseñado —mirando con fijeza al lago, continuó—: Nunca había visto tal cantidad de agua helada. Es un paisaje extraño y maravilloso.

—¿Te parece maravilloso? Pues te diré que el agua tiene un sabor francamente asqueroso.

Comieron algo de carne y pescado ahumado y bebieron el agua amarga. Después, Brochael les comunicó su plan:

—Nos dirigiremos hacia el Sur, siempre siguiendo el trazado del sendero, pero avanzando por el bosque cuando sea posible. Creo que es más difícil que nos localicen si lo hacemos así; quizá incluso nos atrevamos a hacer una hoguera.

—¿Y si llevan perros? —preguntó Jessa.

—No los llevan. Los habríamos oído. Quiero que sepáis que el terreno es difícil para moverse por él, pero si logramos avanzar deprisa, en dos días podremos estar en Morthrafell, donde el río Skolka atraviesa las montañas y baja hasta el fiordo del mismo nombre para desembocar en el mar. Una vez en Morthrafell, esperaremos en el pabellón de los wulfings, según lo acordado —dijo esto último mirando a Kari.

—Esperar ¿a quién? —preguntó nervioso Thorkil.

Sin prestarle atención, Brochael cogió su bolsa y se la echó al hombro. Después dijo unas últimas palabras de aviso:

—Id con cuidado, aún pueden estar por aquí.

Tardaron toda la mañana en atravesar el pedregal helado. La precaución les hacía avanzar muy despacio. Finalmente dejaron el terreno de piedras atrás y se adentraron en el bosque, donde coincidieron con una manada de alces.

La nieve no era muy abundante en esa parte, aunque las ramas brillaban con la escarcha de la mañana. La marcha entre los árboles resultó más rápida y el sol del

mediodía caldeaba el ambiente. A lo lejos, desde la parte más baja y menos espesa del bosque, les llegaba el canto alegre de los pájaros.

Jessa intentó en varias ocasiones hablar con Thorkil, pero no lo consiguió. Fue todo el camino prácticamente pegado a Kari, hablando y preguntando cosas que éste rara vez contestaba. Cuando pararon para comer, Jessa, decidida a hablar con su primo, se acercó y, sin contemplaciones, le empujó hasta que él dio con la espalda en uno de los árboles.

—Pero ¿se puede saber qué pretendes? —le dijo furiosa.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. ¡Tú le has llamado y le has hecho señas para que te viera!

—Te hacía señas a ti.

—¡No mientas! ¡Me has visto después!

Thorkil la miró. Era una mirada fría, una mirada que nunca antes había visto en los ojos azules de su primo.

—Estás obcecada, Jessa. Yo te hacía señas a ti. ¿A quién, si no?

Jessa no le contestó. Pero le habría gustado decir: «¡Al jinete de la malla metálica, a él!». Sin embargo, no lo hizo. Thorkil habría seguido negándolo, y al final todo habría quedado igual. De todas formas, ella sabía muy bien lo que había visto.

Thorkil la dejó sola y fue a unirse con los demás. Jessa le siguió con la mirada. Era de todo punto ridículo pensar que Thorkil pudiera traicionarlos. ¿Por qué razón iba a hacerlo?; él odiaba a Gudrun...

Siguieron atravesando el bosque durante el resto de la tarde. Oían el piar de pájaros invisibles, mientras procuraban seguir la huella de senderos ya abiertos; siempre con el Sol a la derecha apareciendo y desapareciendo entre nubes y neblina.

De pronto, Kari dio un grito. Brochael se apresuró a correr hacia él.

—¿Qué ocurre?

Kari permanecía inmóvil, con la cara más blanca que la nieve.

—Me acaba de hablar. Sabe dónde estamos. Nos tiene cogidos y bien cogidos —dijo, mirando a Brochael con una mirada de complicidad que no pasó inadvertida para Jessa.

A partir de ese instante se movieron con mucho más cuidado. Por dos veces los cuervos graznaron avisándolos de un peligro, y por dos veces abandonaron el camino y se adentraron en la espesura del bosque buscando el cobijo de los árboles más robustos, pero no llegaron a ver a sus perseguidores. En una ocasión, Jessa creyó oír voces y ruido de caballos, pero sonaban tan lejos que tampoco estuvo muy segura.

El Sol casi se había escondido y ellos aún seguían caminando por las laderas empinadas de las montañas. Jessa estaba realmente agotada; se tambaleaba y le dolían horriblemente las orejas por el frío. Sólo pensaba en descansar y tomar algo caliente.

Pero Brochael no estaba dispuesto a detenerse. Les animaba a seguir subiendo, a alcanzar este o aquel risco que se divisaba a lo lejos. Finalmente, accedió a que pasaran parte de la noche en una cueva excavada cerca de la pared del acantilado. El

frío era tan intenso que no tuvieron más remedio que arriesgarse y encender una hoguera, pero la madera estaba empapada y el humo casi les impedía respirar. Brochael parecía nervioso; Thorkil se mostraba silencioso y reservado. Todos, excepto Kari, que descansaba tumbado sobre la tierra húmeda y guardado por los dos cuervos, dormían con la mano presta a empuñar su arma.

Dejaron la cueva mucho antes de que amaneciera. El plan para aquel día era seguir subiendo hasta coronar la montaña. Cuando llegaron a la cumbre, el paisaje del otro lado era muy diferente. A sus pies, aún lejos, se divisaba un apacible valle atravesado en su mitad por un gran fiordo de aguas azules.

—El fiordo Skolka —confirmó Brochael, dejando su carga en el suelo—. No lo hemos hecho mal.

El viento soplaba con fuerza en sus oídos y Jessa trataba de sujetarse el cabello que el aire agitaba en todas direcciones. Observó la risueña mirada de Kari al contemplar aquel valle sin rastro de nieve y bañado por una porción de agua que desembocaba en un mar brillante y azul. Brochael también sonreía. Tan sólo Thorkil parecía no estar contento; continuamente escudriñaba, taciturno, el bosque que habían dejado atrás.

La bajada fue fácil. Enseguida llegaron al valle que Brochael tan bien conocía. Arroyos de agua clara bajaban de la montaña y, aunque pequeños, sonaban alegres formando cascadas que los peces utilizaban para jugar. Aproximadamente a media tarde llegaron a lo que Brochael había llamado el pabellón de los wulfings.

Se alzaba en medio de un grupo de árboles y su aspecto no se diferenciaba mucho de Thrasirshall. Como aquél, era un edificio en ruinas, sin tejado y casi sin paredes en pie. La maleza y las zarzas habían invadido todo el espacio. Los huecos que supuestamente habrían sido puertas y ventanas estaban ahora sin marcos y con los dinteles abombados y renegridos. Thorkil se acercó a una de las contraventanas que aún se mantenían en su sitio, la tocó suavemente y eso bastó para que se viniera abajo estrepitosamente.

Brochael tomó la iniciativa y, abriéndose camino entre arbustos de espinas y zarzas, se dirigió al interior.

Aun en aquel estado de deterioro, se podía decir que estaban en la sala principal.

En el centro, todavía con restos de ceniza, había una inmensa chimenea rectangular. Los troncos se apilaban en uno de sus laterales y en algunos de ellos habían florecido pequeños brotes, que podrían servir de esquejes para pinos futuros. Jessa soltó el equipaje y se sentó en una de las piedras que rodeaban la chimenea. Vio que algo sobresalía entre las cenizas; alargó la mano y lo sacó: era una cuchara de madera medio quemada, con el dibujo de una línea grabada en zigzag.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Todo esto pertenecía a los wulfings —contestó Brochael—. Supongo que los esbirros del Yarl debieron de prenderle fuego.

Precedido por un graznido y el habitual sonido de aleteo, uno de los cuervos se

posó en la pared más alta. Thorkil levantó la vista hacia el pájaro.

—¿Esto es seguro?

Brochael estaba repartiendo un poco de pan de centeno, ya bastante duro.

—Supongo que tan seguro como otro lugar. Creo que nadie se acuerda de este sitio —Jessa notó que Brochael dirigía una mirada muy significativa a Kari, y que éste asentía con la cabeza—. Seguramente, la maldita bruja nos está viendo, pero qué le vamos a hacer —y, sin perder la sonrisa, se sentó y estiró las piernas cuan largo era.

Encontraron un lugar bastante resguardado y se dispusieron a transformarlo en una estancia lo más confortable posible. Arrancaron la maleza y las zarzas, y limpiaron de piedras y palos el suelo. Lo malo es que no podrían encender el fuego hasta que anoheciera, e incluso entonces podía ser peligroso. Jessa y Kari bajaron hasta el arroyo para coger agua. Cuando Kari se inclinó sobre el río, Jessa vio que su cuerpo se ponía rígido, pero al momento recuperó su estado normal y se quedó mirando el correr del agua con una insistencia extraña, con los ojos fijos en un punto concreto donde Jessa no veía nada que no fuera el agua clara resbalando por las piedras.

Al cabo de unos segundos, la chica le preguntó:

—¿Qué es lo que miras?

Lentamente, Kari extendió las dos manos sobre la superficie y dejó que el agua corriera entre sus dedos. Después las sacó y observó cómo goteaban.

—Nada.

A continuación, se puso a llenar el jarro, y Jessa supo que iba preguntarle algo. No se equivocó.

—Jessa, ¿tú la viste, verdad? La viste en la mansión.

—Sí —se dio cuenta de que Kari nunca llamaba «madre» a Gudrun.

—Le dijiste a Brochael que ella sabía que ibais a venir con nosotros —continuó Kari.

—Sí.

Entonces Kari la miró con una rara intensidad.

—Jessa, hay algo que llevamos con nosotros, algo extraño que nos perjudica. Tú sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

Le tendría que haber contado lo que había pasado con Thorkil, pero no pudo. Kari, de pie junto a ella, sujetaba el jarro de agua con las dos manos para que no se derramara ni una gota. Volvieron junto a los demás sin cruzar una palabra más.

Por la noche decidieron arriesgarse; encendieron una hoguera y se sentaron alrededor. El calor era muy gratificante. Jessa extendió las manos cerca del fuego y, después, se las puso sobre las mejillas. Estaba cansada de la carne seca, el pescado ahumado y el pan duro, y se moría de ganas por comer fruta fresca y pasteles,

manzanas de su granja, o uno de los estupendos postres que les preparaba Marrika con miel y crema.

Se envolvió en la manta y miró a Thorkil. Había cogido sus cosas y se había colocado junto a Kari. Jessa estaba segura de que había algo extraño en el comportamiento de Thorkil y su mente luchaba por descubrirlo, pero algo, no sabía qué, se lo impedía, y cuanto más lo intentaba más lejos se encontraba de la respuesta. Enseguida le entró sueño y se quedó dormida.

El aleteo de un pájaro la despertó.

Se incorporó en la oscuridad. Algo se movió a su lado, vio el brillo de un cuchillo, y gritó. Kari, rápido como una anguila, rodó hacia su izquierda, pero no logró esquivar el cuchillo de Thorkil, que le alcanzó entre el hombro y el pecho. Thorkil volvió a abalanzarse sobre él y los dos forcejearon en el suelo. Thorkil le tenía aprisionado. Jessa se levantó de un salto, pero antes de que ella o Brochael pudieran moverse, Kari reaccionó empujando a Thorkil con tal fuerza que salió disparado hacia atrás y dio con su espalda en la tierra húmeda. Gritó y soltó el cuchillo que aún llevaba en la mano. El brazo de Kari aprisionaba su cuello contra el áspero suelo y de nada servían los esfuerzos de Thorkil por soltarse de aquella tenaza. Con una voz ronca y apenas audible, rogó:

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme!

Kari, aún de rodillas, empezó a sacudirle, y en la mirada que le dirigió a Thorkil, Jessa vio la fría y despectiva expresión de Gudrun.

XV

*Una víbora enroscada,
a escarcha de una noche,
el regalo de una Hechicera,
el ingenio de un esclavo...
no son nunca de fiar.
No te dejes embaucar por ellos...*

—¡SUÉLTALE! —dijo Brochael.

Kari se le quedó mirando y, con un movimiento rápido, soltó a Thorkil, que empezó a llorar desconsoladamente. Jessa hizo intención de ir a ayudarlo, pero la mano de Brochael la detuvo.

—¡Espera! —dijo con un gruñido.

Thorkil, hecho un ovillo en el suelo, parecía más tranquilo. Kari, con la camisa empapada de sangre, se arrodilló junto a él y le pasó la mano por el pelo. Thorkil no se movió. Después, con mucha suavidad, Kari deslizó su mano por el hombro y el brazo de Thorkil hasta llegar a su muñeca. Entonces, le subió la manga de la casaca y tocó la pulsera.

—¡Esto es! —gritó.

Brochael se inclinó hacia Thorkil.

—¿Una pulsera? —dudó.

—*Parece* una pulsera —rectificó Kari, y siguió acariciándola.

Jessa la vio brillar en la oscuridad. En ese instante dio un grito y se agarró con fuerza al brazo de Brochael. La pulsera, al contacto con los dedos de Kari, había empezado a moverse. Se convirtió en algo ligero y blando que se enroscaba y desenroscaba en el brazo de Thorkil. Sus movimientos eran ondulantes y emitía un desagradable sonido de siseo que produjo en todos un estremecimiento. Thorkil empezó a moverse y a llorar de nuevo, pero Kari le sujetó.

—¡No te muevas! —le ordenó.

Muy lentamente la serpiente de diminutos ojos, pálidos como perlas, se deslizó hasta la tierra. En la muñeca de Thorkil apareció una señal: un círculo tan blanco como la nieve. Una vez en el suelo, el reptil seguía enroscándose y desenroscándose, se estiraba y retorció sin dejar de emitir el inquietante siseo. De pronto se enroscó formando un anillo perfecto y se desintegró en medio de una densa nube de humo, dejando un olor nauseabundo.

Inconscientemente Jessa se llevó la mano al cuello y tocó los amuletos que llevaba colgados. Brochael levantó la tierra con la punta de su bota, pero allí no había rastro de nada. Fuera lo que fuera, había desaparecido.

Pasado un momento, Jessa soltó el brazo de Brochael y fue junto a Thorkil. Le

ayudó a incorporarse: parecía mareado y no dejaba de tocarse la cicatriz blanca y alargada de su muñeca. Era como si el escozor o el dolor fueran insoportables. No dijo nada ni contestó a ninguna de las preguntas que le hizo Jessa.

Al cabo de un rato se acercó Brochael y, alzándole en volandas, le llevó a donde tenía su manta. Lo echó con cuidado y le tapó con la capa de piel. Thorkil se quedó dormido inmediatamente.

—No era él... —justificó Jessa en tono de disculpa.

—Lo sé. Era Gudrun —dijo Brochael, mirándola comprensivamente.

Después fue hacia Kari y empezó a examinar sus heridas. Afortunadamente, aunque bastante aparatosas, no eran profundas; incluso había partes en las que apenas si se había levantado la piel.

—Sabíamos que Gudrun estaba utilizando a Thorkil —dijo Kari.

Jessa permaneció en silencio. Se había sentado junto a Kari y sostenía el cuenco de agua que utilizaba Brochael para limpiarle las heridas.

—Desconfiabas de nosotros, por eso no querías que te viéramos en Thrasirshall —observó ella.

—No, no era por eso. Simplemente esperaba el momento oportuno —contestó Kari, sin apartar los ojos de las manos de Brochael, que con paciencia iba dejando limpias de sangre las heridas.

—No son muy profundas —comentó Jessa.

—No, no lo son, pero pudieron haberlo sido y, en ese caso, Gudrun habría resultado vencedora —afirmó Brochael con cierto mal humor.

Jessa no dijo nada: Brochael tenía razón.

—¡Y tú! ¡Tú sabías que Thorkil llevaba esa pulsera y fuiste capaz de callarlo! —gritó Brochael con los ojos rojos de ira.

Jessa sintió un calor sofocante en la cara y en el cuello.

—Pensaba que la llevaba por gusto, no creí que fuera peligrosa...

Pero mentía. Estaba furiosa consigo misma porque los temores sobre Thorkil habían resultado ciertos.

—Ella os dio una a cada uno y tú tiraste la tuya al mar —le recordó Kari.

Jessa se sobresaltó, pero no se atrevió a preguntar cómo lo sabía. Se sentía demasiado avergonzada.

—Esa pulsera explica muchas cosas: el agotamiento, la sensación de ahogo... ¡Pobre Thorkil!, todo era obra de Gudrun. También lo intentó conmigo hace muchos años. Lo único que pretendía era retrasar nuestra marcha. Ahora también esta claro lo de la tela roja —prosiguió Kari.

—¿Qué tela roja?

Entonces, Kari sacó de su bolsa unas tiras de tela roja bordada con hilos de oro.

—¿La reconoces?

—Es la tela de la casaca de Thorkil.

—Exactamente. Thorkil ha ido dejando un rastro de pequeñas pistas por donde

íbamos pasando. Había cortado tiras de su casaca y las colgaba en las ramas más visibles o las ataba a los árboles más delgados —aclaró Brochael, a la vez que tiraba el agua roja de sangre sobre los arbustos.

Jessa estaba angustiada.

—¡Pero Thorkil la odia!

—Eso no importa. Ella se había apropiado de su voluntad. Puede hacerlo. Supongo que después de esto la odiará más todavía.

—Fue Brochael quien primero se dio cuenta. Después pedí a los pájaros que me trajeran todas y cada una de las pistas que Thorkil fuera dejando. A ellos les gustan las cosas brillantes y cumplieron con su deber.

Jessa miró hacia el bosque: sólo oscuridad. Así que, aquella mañana, a la orilla del lago, lo que Thorkil había hecho eran señas para que el hombre a caballo le viera y supiera dónde estaban. Jessa frunció el ceño al recordarlo; pensar que durante todo aquel tiempo la malvada Hechicera le había manejado a su antojo, como si fuera una marioneta...

—¿Creéis que él es consciente de lo que hacía? ¿De todo el mal que ha causado? —preguntó Jessa, dirigiéndose a los dos.

Pero no obtuvo respuesta. Kari miraba con atención las ruinas del antiguo pabellón de los wulfings.

—Brochael...

—Sí, ya lo he oído —contestó Brochael, empuñando el hacha, que brilló en la noche.

Jessa escuchó con toda la atención de que era capaz, pero ningún sonido le llegó del bosque. Todo parecía tranquilo. Hasta el viento se había calmado, y únicamente una ligera brisa mecía las ramas de los árboles.

De pronto, se oyó el chasquido de una rama.

Los dedos de Brochael se aferraron al mango del hacha.

Alguien se acercaba: se oían sus pasos sobre la hojarasca y el sonido inconfundible de las ramas de aliso y de endrino al chocar entre sí. Jessa lo oía ahora con claridad, lo oía a pesar de los fuertes latidos de su corazón.

Brochael se agachó y dijo en voz muy baja:

—No os mováis y no hagáis nada.

Algo se movió en la entrada del derruido pabellón. Una sombra más oscura que las demás se detuvo junto a las zarzas y, para sorpresa de todos, dijo:

—Puedes bajar el hacha, Brochael.

A Jessa la voz le resultó conocida, y tenía un tono entre irónico y divertido.

Brochael soltó una sonora carcajada, e incluso Kari sonrió.

—¡Será posible! ¡Ven aquí, bribón! —dijo a voz en grito Brochael, al tiempo que se ponía de pie—. Acércate, deja que te veamos.

Una sombra alargada se separó de los arbustos y empezó a andar hacia ellos. Brochael soltó el hacha y, saliendo al encuentro del desconocido, le abrazó.

—¡No tan fuerte! —protestó la voz.

—Así no te escaparás. Has venido antes de lo convenido. No te esperábamos aún. Jessa miró al hombre y, sin salir de su asombro, dijo:

—¡Es el buhonero!

—¿Qué buhonero?

El buhonero sonrió.

—Así es como me vio Jessa la última vez, como un buhonero. Arrojé ciertas hierbas a la chimenea del Yarl coincidiendo con la huida de la mansión de un prisionero importante.

—Y después en Dragonia... —apuntó Jessa.

—Desde luego, en Dragonia. Tenía ciertas dudas sobre lo que se iba a encontrar en Thrasirshall. Yo diría que estaba asustada y tan decidida a escapar que casi le cuento la verdad —explicó, volviéndose hacia Kari y haciéndole un guiño.

—Eres un juglar —reconoció Jessa, entendiéndolo todo de pronto. Ahora se explicaba por qué le había rogado que confiara en él y que no tratara de escapar.

—Naturalmente que es un juglar —afirmó Brochael, aún sin dejar de reír—. ¿Has oído hablar de Skapti, hijo de Arn? Era el juglar de los wulfings. Es capaz de hablar en verso y también de escribir de igual modo —le dio una palmada en la espalda y sentenció—: ¡Un buhonero de palabras!

El juglar se fijó en Thorkil, que permanecía inmóvil, pegado a la pared de piedra.

—¿Y a éste, qué le ocurre?

—Gudrun se apoderó de su voluntad con un hechizo en forma de pulsera de plata —explicó Brochael en tono conciliador.

El juglar dio un silbido.

—Nos enteramos hace dos días de que el Yarl había muerto y enseguida nos pusimos en camino. Desde entonces no hemos parado de viajar en dirección oeste, y casi siempre lo hemos hecho de noche. Los bosques están llenos de trolls.

—¿Está Wulfgar contigo? —preguntó Kari.

—No está muy lejos.

—Pero ¿por qué no ha venido?

Skapti sonrió.

—Está esperando mi señal. Tiene una cierta prevención contra ti, Señor de los Cuervos. Ya le he dicho que no eras ningún monstruo, pero... los rumores han calado muy hondo. ¿Puedo llamarle?

Kari asintió y se arrebujó en su capa. Aún parecía más pálido en aquella oscuridad. La luz de la luna llena iluminaba los arbustos y se reflejaba en su pelo. El juglar volvió sobre sus pasos y se adentró en el bosque. De nuevo oyeron el ruido de las ramas al moverse, pero esta vez también oyeron voces. Primero apareció el juglar y tras él la misma persona, ágil y con un jubón de cuero, que había escapado aquella noche de la mansión. Se adelantó unos pasos, buscó con la mirada a Kari y se detuvo frente a él. Pasaron unos segundos mirándose: uno tenía la piel muy clara; el otro,

profundamente oscura.

Wulfgar habló primero:

—Gudrun es una redomada embustera. Tienes su mismo aspecto —dijo, con un tono que bien podría ser de admiración.

Kari bajó la cabeza durante un instante; después, volvió a mirar a Wulfgar.

—Pero no su mismo corazón —dijo, solemne.

Wulfgar asintió.

—En cuanto a tus poderes y todo eso que me ha contado Skapti, ¿son tan grandes como los suyos? ¿Los usarías contra ella?

Uno de los cuervos descendió desde una de las ramas más altas y el ruido fue tan inesperado que todos se sobresaltaron, incluso Brochael. Después, fue a posarse en otra rama, justo sobre la cabeza de Kari, y todos pudieron apreciar el brillo de los ojos del pájaro. El joven alzó la mano y el cuervo se posó entonces en uno de sus dedos.

—Lo intentaré. Es todo lo que puedo decir.

Wulfgar, sin apartar sus ojos del pájaro, dio la conversación por terminada con un:

—Bien, confiemos en ello.

XVI

Son demasiados los ojos que ven de día.

AÚN NO HABÍA AMANECIDO cuando Brochael despertó a Jessa. Todavía aturdida y haciendo verdaderos esfuerzos para despejarse, la joven empezó a recoger sus cosas y miró a su alrededor: Thorkil, sentado junto a Wulfgar, hablaba y reía. Al verla, le hizo un gesto con la mano.

—Al parecer no recuerda nada de lo que pasó anoche. Creo que lo mejor sería no volver a hablar sobre ello delante de él —comentó Brochael, adivinando su pensamiento y bajando la voz.

—Pero ¿cómo es posible que no se acuerde?

—Quién sabe. De todas formas, procura no sacar el tema.

Jessa asintió, con un movimiento de cabeza.

—Y Kari, ¿cómo está?

—Bastante bien, aunque le va a quedar una buena cicatriz de recuerdo.

Al cabo de unos minutos, cuando había terminado de meter sus cosas en la bolsa, se acercó Thorkil. Le vio tranquilo y parecía contento. Por su sonrisa, Jessa enseguida se dio cuenta de que la pesadilla había terminado y que volvía a ser el de antes.

—¿Qué tal te has levantado? —preguntó Jessa, también sonriendo.

Thorkil hizo un gesto, como sorprendido por la pregunta.

—Un poco cansado —respondió, pero no dijo más. Ni tan siquiera preguntó por la pulsera, a pesar de que continuamente se pasaba los dedos por la marca blanquísima que, con aspecto de cicatriz, recorría su muñeca. La marca de la serpiente estaba exactamente igual que la noche anterior, en nada había variado su color o intensidad. Quizá permaneciera inalterable para siempre. «Ahora ya tienen los dos algo en común: sus cicatrices», pensó Jessa.

Por la mañana siguieron montaña abajo atravesando el bosque. Wulfgar abría camino y Brochael iba tras Kari, protegiéndole con su inmensa sombra.

Todo parecía tranquilo. Había parado de nevar y se empezaba a sentir el final del invierno. Surgían tonos verdes entre los árboles: era el verde claro de las hojas nuevas y de los pequeños brotes de ramas que ya afloraban en muchos de los troncos.

Cuando dejaron atrás los últimos árboles, apareció ante ellos un maravilloso valle verde y luminoso, por cuyo centro serpenteaba el agua clara de un río.

—Es el Skolka —les informó Brochael—. Al otro lado, detrás de aquellas rocas, está lo que se conoce como la Puerta del Yarl. Un desfiladero, entre rocas, que lleva al dominio de Mjornir, o lo que es igual, al dominio del Yarl.

Jessa miró hacia las rocas.

—No se ve ningún desfiladero —dijo.

—Es muy estrecho —explicó Wulfgar—, apenas del ancho de una persona y

entre rocas altísimas. Hasta hace pocos días ha estado bloqueado por la nieve.

—¿Y cómo vamos a cruzar el río? —preguntó Thorkil con aire preocupado.

Brochael miró a Wulfgar.

—Existe un vado...

—Vamos, déjalo. No son tan tontos como para creérselo —dijo Wulfgar.

—No son nada tontos —murmuró Skapti mirando a Jessa y sonriendo de medio lado.

—Wulfgar y yo buscaremos un lugar para cruzar —dijo Brochael con decisión—. Vosotros quedaos aquí y descansad mientras tanto.

—Os acompaño —se ofreció Thorkil.

Brochael dirigió una mirada de consulta a Kari, que asintió. «Ahora todo vuelve a ser como antes. Se puede confiar en Thorkil», pensó Jessa.

—De acuerdo —aceptó Brochael—, pero no te separes de mí en ningún momento.

Jessa, Kari y Skapti decidieron sentarse a la sombra de los árboles y esperarlos allí. El Sol calentaba desde lo alto e incluso había un par de moscas revoloteando. Skapti empezó a contarles todos los avatares de su viaje, mientras Kari echaba a los cuervos migas de pan y pequeños trocitos de carne seca. Los pájaros se habían posado en una de las ramas del árbol en el que Kari apoyaba la espalda.

Cuando el juglar terminó de hablar, Jessa le recriminó:

—Me lo podías haber dicho en Dragonia...

—Era mi secreto. Además, teníamos que asegurarnos de que eras de fiar —dijo, haciendo un guiño a Kari.

—¿Y cómo conociste a Brochael y a Kari?

—A Brochael le conocí hace muchos años. Después, cuando Gudrun le envió, junto con Kari, a Thrasirshall, la noticia corrió como la pólvora y pensamos que no volveríamos a verle. Entonces viajar era muy peligroso: los asaltos y las muertes eran casi diarios. Pero al cabo de algún tiempo, encontrándome cerca de Trond, decidí visitar Thrasirshall.

—¿Fuiste solo a Thrasirshall? —preguntó Jessa, escéptica.

Skapti sonrió.

—Miedo sí que tenía, no creas. Cuando me encontré delante de aquella mole renegrada y en ruinas, creí que mi corazón no lo resistiría. Pero también sabía que Brochael no sobreviviría en aquel lugar si alguien no le proporcionaba víveres. Y debo decir que mi presencia fue motivo de gran alegría. Supongo que ya estaban hartos de comer rata guisada.

Jessa se echó a reír.

—En mi primera visita no tuve oportunidad de ver a Kari —y al decirlo golpeó dos veces con su bota la bota del muchacho—. Sí le vi la segunda vez. Pero un juglar sabe bien que muchas de las cosas que parecen reales no lo son, y también conoce todos los caminos de la mentira. Yo, en realidad, nunca había creído los rumores que

Gudrun había difundido por todas partes. No, de veras, ni tan siquiera entonces. Al final lo que hicimos fue organizar un plan de aprovisionamiento de víveres: los wulfings eran los encargados de proporcionar los alimentos... claro que ellos dependían de que los temporales de nieve se lo permitieran. Todo, por supuesto, de forma clandestina. Desde entonces mis visitas se hicieron bastante frecuentes. Aún recuerdo cuando este joven, aquí tan apaciblemente sentado, oyó música por primera vez...

Kari asintió con la cabeza.

—Yo también lo recuerdo.

Los expedicionarios volvieron empapados y hambrientos.

—Hemos encontrado un lugar... —empezó a decir Brochael, casi atragantándose con un trozo de pastel de centeno— está un poco más arriba, siguiendo la corriente del río.

—Hay muchas rocas que lo facilitan, aunque la corriente es bastante fuerte y el río, profundo en según qué sitios —calló, a la vez que escupía un trozo de queso—. ¡Rancio! Necesitamos reponer víveres.

—Allí hay una casa —indicó Jessa, señalando hacia la izquierda. Todos se volvieron a mirar aquella delgada columna de humo que se elevaba hacia el cielo.

—Demasiado peligroso —dijo en voz baja el juglar—, pero siempre podemos robarlos, como hizo el gran Odín con el elixir de la sabiduría.

—Yo no robo a mi pueblo —contestó Wulfgar con aspereza.

Skapti soltó una carcajada y se frotó su larga nariz.

—Bien, entonces tendremos que pedir. Cuando sepan que tienen ante ellos al próximo Yarl, seguro que no nos negarán nada.

Ahora fue Wulfgar el que se rió a carcajadas, y dirigiéndose a Jessa, le espetó:

—¿Te das cuenta de con qué clase de sujetos tengo que tratarme?

El lugar que Brochael había elegido para cruzar el río estaba resguardado por un grupo de árboles. La orilla era suave y el cauce tenía numerosas piedras por donde no sería difícil pasar. Tan sólo se complicaba al final, pues la distancia que tendrían que salvar desde la última piedra hasta la orilla era de aproximadamente metro y medio.

Brochael dejó en el suelo la bolsa que llevaba a la espalda y se quitó la capa y la camisa. Después, se ató a la cintura una gruesa cuerda. Por su parte, Thorkil ató el otro extremo de la cuerda a una roca enorme que había cerca de la orilla. Entonces, Brochael comentó entre carcajadas:

—Yo soy mucho más pesado que vosotros, así que, si yo lo consigo, quiero que todos me sigáis sin protestar —miró a Kari y comenzó a cruzar el río poniendo con cuidado el pie sobre las piedras más grandes y que más sobresalían del agua. A pesar de su tamaño, era muy ágil. Al llegar a la última piedra se detuvo. Wulfgar y Thorkil sujetaban la cuerda con fuerza desde la orilla. Muy despacio, fue metiéndose en el agua, primero un pie y después el otro. El agua le llegaba a la altura del pecho. Andaba con mucho cuidado, pero la corriente era muy fuerte. Hubo un momento en

que su enorme cuerpo cedió a la corriente y se tambaleó, pero inmediatamente extendió los brazos en forma de cruz y logró recuperar el equilibrio.

Volvió a pisar con firmeza el lecho del río. El agua bajaba helada de la montaña y su piel comenzó a adquirir un tono azulado, como si el frío le estuviera llenando de cardenales. Hizo un último esfuerzo y su cuerpo se movió poderoso hacia delante. Primero una mano y después la otra tocaron tierra firme. Dio un fuerte impulso y se sentó de un golpe en la orilla. El agua chorreaba por su cuerpo.

—¡Buen trabajo! —gritó el juglar, a la vez que le tiraba con fuerza la ropa al otro lado.

Brochael, tiritando de frío, se la puso de prisa. Después recogió la cuerda y la tensó sobre el río, formando una robusta línea que lo cruzaba. Primero lanzaron todas las bolsas con los equipajes e inmediatamente Kari se dispuso a cruzar. Se agarró a la cuerda con todas sus fuerzas, mientras los pájaros sobrevolaban su cabeza. Llegó a la última piedra y saltó al río. No hacía pie y la corriente elevaba su cuerpo arrastrándole literalmente sobre la superficie. El único apoyo eran sus manos aferradas a la cuerda; así, una mano tras otra, hasta que la mano de Brochael sujetó una de las suyas y le sacó del río. Fue entonces cuando Jessa, desde la otra orilla, pudo ver la marca azulada de la cicatriz en el pecho de Kari. Le vio toser y temblar mientras se ponía la camisa y se arrebujaba en la capa.

El próximo en cruzar fue Skapti. Después, cuando Thorkil estaba a medio camino, los cuervos levantaron el vuelo y comenzaron a graznar. Kari levantó la vista.

—¡Ya están aquí! —gritó.

Efectivamente, en el bosque se veía movimiento; Jessa se volvió y pudo distinguir la figura de un soldado y también el destello de su arma al sol. Rápidamente avisó a los demás.

—¡Daos prisa! —gritó también Brochael, inclinándose hacia delante y casi perdiendo el equilibrio por ayudar a Thorkil en el último tramo—. ¡Venga, Jessa, rápido!

Con un sonido de acero Wulfgar desenvainó la espada. Se volvió hacia los árboles. Una larga fila de hombres armados se dirigía corriendo hacia ellos. Jessa se quitó la capa, la tiró con fuerza a la otra orilla y, sin dudar ni un momento, comenzó a saltar de roca en roca. De pronto se dio cuenta de que aún llevaba las botas puestas, se las quitó y las tiró a Thorkil, que, impaciente, hacía señas desde el otro lado. Ella ya había llegado a la última piedra y saltó al río.

El agua helada la dejó instantáneamente sin respiración. Se agarró con fuerza a la cuerda, casi sin aliento y tratando de mantener la cabeza alta. Sentía cómo el agua le entraba por la nariz y la boca y cómo la corriente luchaba con su cuerpo. Al igual que los demás, primero una mano y después la otra, avanzaba muy lentamente. Intentaba buscar un punto de apoyo para sus pies, pero lo único que conseguía era hacerse daño con el canto de alguna piedra. La ropa empapada le pesaba una tonelada y le impedía

moverse más deprisa. Oyó un ruido a su espalda, después un grito. Wulfgar había empezado a cruzar. Las manos de Jessa manchaban de sangre la cuerda; sentía que le faltaban las fuerzas, no podía más. Pero en el último momento la mano de Brochael la cogió del brazo. Tiró con fuerza de ella y de pronto se encontró a salvo, aunque tosiendo sin parar y con terribles espasmos de frío.

Alguien le echó una capa por encima y ella se retiró el pelo de los ojos.

Dos hombres se habían adelantado a los demás con las espadas en alto. Estaban acorralando a Wulfgar. Él era muy ágil y se defendía con maestría. Con la empuñadura de su espada golpeó a uno de ellos en el costado; el hombre retrocedió tambaleándose. Wulfgar continuó saltando de piedra en piedra y con gran estrépito se arrojó al agua.

Brochael gritó fuera de sí:

—¡Un poco más arriba! ¡Agárrate a la cuerda!

Wulfgar estaba en la mitad del río. El agua sonaba con fuerza. Alargó la manó un par de veces y por escasos centímetros no pudo alcanzar la cuerda. Un último intento le dio la victoria y empezó a luchar contra la corriente. Tras él, uno de los hombres de Gudrun había comenzado a seguirle. En ese momento Skapti cogió una piedra y se la tiró; el hombre, al tratar de esquivarla, resbaló y cayó sobre las rocas. Entonces vieron cómo sacaba su cuchillo y lo hundía en la cuerda que sujetaba a Wulfgar. Fue un segundo. La cuerda flotó en el aire y Wulfgar supo que estaba a merced de la corriente. Iba a estrellarse irremediabilmente contra las rocas. Pero en el último momento logró agarrarse a las raíces de un árbol y evitar el golpe. Se aferró a todo lo que encontraba a su paso: a la arena de la orilla, en la que clavó las uñas, a una rama medio hundida en el río, a todo.

Brochael corría desesperado siguiendo a Wulfgar desde la orilla. De pronto vio la ocasión y, agarrándose a un delgado árbol que hundía sus raíces en el río, se inclinó cuan largo era y consiguió con gran esfuerzo agarrar la camisa de Wulfgar, que flotaba tras él como una vela blanca. La cabeza de Wulfgar desapareció en el agua entre un sinfín de burbujas, pero de nuevo emergió y cogió aire. Sus manos y las de Brochael se encontraron, se agarraron con fuerza, y por un momento ésta creyó perder el equilibrio y precipitarse él mismo hacia el río.

—¡Sujetadme! —gritó desesperado, y Thorkil y Skapti se echaron sobre él agarrándole por la cintura y por los pies, a la vez que apoyaban sus propios pies, a modo de freno, en matorrales y piedras. Desde el otro lado llovían piedras sobre ellos. Los hombres de Gudrun las arrojaban con fuerza, mientras avanzaban hacia la orilla.

—¡Tirad! —gritaba Brochael, fuera de sí. Ellos tiraban del cinturón, de sus pies y también de los hombros. Una de las piedras alcanzó a Thorkil en el pecho; sintió el golpe y después un agudo dolor, pero siguió tirando. Finalmente, consiguieron que recobrara el equilibrio y Wulfgar pudo alcanzar la orilla.

Entonces oyeron un grito. Se volvieron, era uno de los hombres de Gudrun. Los cuervos se habían lanzado contra ellos. Volaban tan cerca de sus cabezas que les

rozaban con sus alas y, aunque trataban de quitárselos de encima, no lo conseguían. Les picoteaban en la cara mientras lanzaban horribles graznidos. Uno de los soldados empezó a sangrar abundantemente por la frente.

Jessa se apoyó en Thorkil para levantarse, Brochael trataba de recobrar el aliento después del gran esfuerzo que había hecho y Wulfgar, ayudado por Skapti, conseguía por fin sacar las piernas del agua. Estaba muy amoratado y tiritaba intensamente. No pudo sostenerse en pie y se desplomó sobre sus rodillas, empezando a toser y a vomitar, pero Brochael, cogiéndole por debajo de los brazos, le hizo incorporarse de nuevo.

—¡Venga! ¡Ya te ahogará más tarde, ahora no tenemos tiempo!

Wulfgar se volvió entonces hacia el río.

Jessa se dio cuenta de pronto de que el graznido de los cuervos había cesado.

Kari estaba de pie en la orilla; uno de los pájaros se había posado en una roca y el otro, a sus pies, se limpiaba meticulosamente el pico con la hierba. Desde el otro lado, los hombres de Gudrun le miraban como hechizados y en silencio.

—Así es la vida —dijo el juglar bajando la voz—. ¿Habéis visto? La obra de Gudrun se vuelve contra ella.

Los hombres permanecían absortos contemplado a Kari. Uno de ellos se llevó la mano al cuello y sacó un amuleto. Entonces se oyó la voz del jefe:

—¡Venga, moveos, hay que vadear el río!

Los hombres no se movieron.

—Será mejor que os deis prisa —gritó el jefe con voz áspera—. Todos sois hombres fuera de la ley. Y yo tengo vuestro perdón en mi bolsillo. Pero oídme bien, ninguno conseguirá ese perdón; no, si no obedecéis mis órdenes.

Era un hombre alto de ojos azules. En su brazo lucía una serpiente de plata a modo de brazalete.

Wulfgar tosió y escupió, mientras los observaba.

—Ninguno obtendrá ese perdón —aseguró.

XVII

*Una buena lumbre necesita el forastero
al que apenas sostienen sus maltrechas rodillas.
También carne y ropa limpia necesita el hombre
que cansado viaja por las montañas.*

EN LA MARCHA HACIA LAS COLINAS el frío y el cansancio iban haciendo mella en ellos. Kari no paraba de toser y Brochael le miraba con angustia. El fuerte viento que bajaba de las montañas hacía que la ropa, aún mojada, se congelara sobre sus cuerpos y, finalmente, exhaustos, decidieron refugiarse bajo una gran roca para intentar recobrar fuerzas.

—Debemos seguir avanzando —dijo Thorkil—. Los tenemos muy cerca...

—Todavía queda un buen trecho para el desfiladero y necesitamos comida caliente —informó Brochael.

—Creo que deberíamos acercarnos a la granja que hemos visto —propuso Skapti, levantándose—. No debe de estar muy lejos.

De nuevo se pusieron en camino, pero esta vez avanzaban muy despacio procurando mantenerse lo más agachados posible con el fin de ocultarse tras los matorrales. De pronto, en la falda de la montaña, como surgiendo de entre las rocas, apareció una casa pequeña y baja con tejado de hierba. A su alrededor, la maleza y los matorrales crecían salvajes. La cuadra estaba vacía, pero de la chimenea salía un humo gris y espeso.

—No es precisamente un palacio —comentó Skapti.

—Espero que no nos llevemos ninguna sorpresa.

Skapti se volvió hacia Brochael.

—Deja que vaya yo. Los juglares estamos acostumbrados a frecuentar toda clase de lugares.

—Solo, no. No sabemos quién ni cuántas personas viven ahí. Incluso pueden ser seguidores de Gudrun. Jessa, ve con él. Como si fuera su hija, ¿no os parece?

Jessa le sonrió, cansada.

—Buena idea. No creo que duden de nuestro parentesco, los dos parecemos auténticos pordioseros.

—Es un honor para mí —dijo Skapti entre risas.

Brochael le puso la mano en el hombro.

—No seas temerario. Si ves el más mínimo peligro, sal corriendo. Y otra cosa, no hables de nosotros hasta que no estés bien seguro de que son de fiar.

El juglar asintió y se dirigió a la casa. Jessa fue tras él con la bolsa del equipaje al hombro. El trecho que les separaba de la cabaña estaba salpicado de piedras y pequeños montículos cubiertos de hierba. Jessa oyó un ruido y se detuvo. Skapti

también lo hizo. Al cabo de unos segundos, de entre los arbustos salieron dos cabras que los miraron, curiosas.

La puerta era oscura, desvencijada y tan bajita que Skapti tuvo que agacharse para llamar. Dio dos golpes, a la vez que hacía un guiño a Jessa.

Oyeron ruido en el interior e inmediatamente se abrió. Un hombre diminuto, que apenas llegaba al hombro de Jessa, los miraba con desconfianza. Tenía la cara muy larga y unos ojos pequeños y astutos, que apenas podía abrir bajo el peso de los gruesos párpados. La barba era rala y únicamente visible en la barbilla.

—Soy un pobre juglar, buen hombre —se apresuró a decir Skapti—, y ésta es mi hija Jessa. Buscamos un buen fuego y algo de comida.

El hombre diminuto los volvió a mirar de arriba abajo. Después, sin decir palabra, se hizo a un lado. Skapti y Jessa entraron y miraron a su alrededor, alertas al menor signo de peligro. La habitación estaba muy oscura y el suelo de tierra permanecía cubierto con mugrientas esteras de cuerda y juncos. Se sentaron junto al fuego; todo olía a humo, pero el calor del hogar hizo que Jessa olvidara olores y peligros.

El anciano le dio a cada uno una rebanada de pan negro y queso, que, a pesar de ser muy fuerte, a Jessa le supo a gloria. Por efecto del calor, sus ropas comenzaron a desprender un intenso vapor.

—Su chica esta empapada —dijo el hombrecillo, retirando con el pie una banqueta.

—Hemos vadeado el río... —contestó Skapti, sin dejar de comer.

—Es curioso, habría asegurado que venían de la otra dirección —comentó el anciano, atizando el fuego.

Se hizo un silencio. Jessa pensó en los que estaban fuera, helados y hambrientos, y también en los hombres de Gudrun, que esperaban en el desfiladero, y deseó con todas sus fuerzas que Skapti dijera algo a aquel hombrecillo para que los demás también entraran a calentarse y a comer.

El anciano se la quedó mirando.

—Y también parece muy cansada —siguió. Jessa le sonrió agotada.

Entonces Skapti probó fortuna.

—He oído que el Yarl Ragnar ha muerto...

El hombre levantó la cabeza.

—Las noticias viajan deprisa.

—Para quienes están interesados. No nos has dicho cómo te llamas.

Rascándose la cabeza con una mano larga y huesuda, el anciano respondió:

—Vosotros sois los forasteros. A vosotros os toca presentaros primero.

—Me llamo Skapti, hijo de Arn, y quiero que sepas que soy el juglar de los wulfings.

Jessa pensó que no debería haber mencionado a los wulfings: podría ser peligroso, aunque por otro lado lo mejor era saber cuanto antes si era o no de fiar.

El anciano le miró sorprendido.

—Los wulfings..., creí que habían muerto todos.

—Todos menos uno, Wulfgar, que será el nuevo Yarl por derecho propio.

De pronto, el hombre se levantó. Cogió una pequeña botella de alabastro, la destapó y llenó tres copas de un líquido rojo y caliente. Se lo bebieron y Jessa sintió cómo le quemaba desde la garganta hasta el mismo estómago. El anciano dejó su copa dando un golpe seco sobre la mesa y se limpió la barba.

—Este vino lo reservo exclusivamente para los enemigos de la Hechicera. Y ahora, unamos nuestras manos en señal de amistad. Yo soy Asgrim, aunque muchos me llaman El Enano. Vosotros, ¿cuántos sois y quién es vuestro jefe?

Sorprendido, Skapti se le quedó mirando y se echó a reír.

—Al parecer, mentir no es una de mis cualidades. Hay cuatro más; uno de ellos es Wulfgar.

—¿Están ahí fuera?

—No están lejos. Nos persiguen los hombres de Gudrun. Nuestro plan es cruzar por el desfiladero, pero antes necesitamos comer algo y también un buen fuego.

—Pero ¿a qué esperáis? ¡Ve por ellos, chica!

Jessa miró a Skapti.

—Haz lo que te dice —dijo el juglar, y, sonriendo al anciano, continuó—: Somos seis contra uno, creo que no tenemos nada que temer.

Jessa abrió la puerta y salió corriendo, pero antes de llegar a donde estaban los otros, los vio salir de entre las sombras del bosque como si fueran fantasmas.

—¡Vamos, rápido! —les gritó.

—¿Cuántos son? —preguntó Brochael, ya más cerca.

—Sólo un anciano.

Brochael movió la cabeza en señal de aprobación y se pasó la mano por el pelo.

Thorkil y Brochael fueron los primeros en traspasar el umbral de la puerta. Los recibió la mirada astuta del hombrecillo, que, señalando con el dedo a Wulfgar, dijo:

—Tú eres uno de los Wulfing, ¿verdad?

—Lo soy.

—Entonces, acuérdate de Asgrim cuando seas Yarl. Si por el contrario caes prisionero de la Hechicera, olvida que me viste alguna vez.

Wulfgar se echó a reír y, haciendo un gesto de asentimiento, le apartó a un lado con suavidad y se acercó al fuego. Detrás de Wulfgar estaba Kari. El viejo, al verle, se quedó absolutamente paralizado. Jessa no había visto nunca a nadie tan asustado al ver a otra persona. Pasaron unos segundos y Kari dijo:

—Tranquilízate, no te asustes.

—¿Quién eres, en nombre de todos los dioses? —preguntó el anciano entre dientes.

Entonces Brochael empujó a Kari hacia la chimenea.

—Quítate la ropa, y todos vosotros también. ¡Rápido! —y empezó a soltarse las cintas de su enorme camisa, a la vez que sonriendo se dirigía al anciano—: Es Kari,

hijo de Ragnar, como supongo que habrás adivinado.

Asgrim se sentó en una banqueta sin dejar de mirar a Kari. Estaba tan confundido que no cesaba de mover la cabeza a un lado y a otro.

—Eres igual que ella. Cada mechón de pelo, cada movimiento.

Kari le miró con un brillo extraño en los ojos.

—Ya basta —interrumpió Brochael—. Y ahora, buen hombre, te estaríamos muy agradecidos si nos dices algo de comer.

Aún sin dejar de mover la cabeza, el anciano se levantó y puso sobre la mesa algo más de pan y queso, y también llenó las copas de vino.

—Pobres viandas para tan nobles huéspedes, pero no dispongo de otra cosa.

Se pusieron ropa seca y estuvieron durante un buen rato calentándose junto al fuego. Después se sentaron a la mesa y comieron con verdadera voracidad.

—Si llega el día en que pueda pagarte todo esto, ten por seguro que lo haré, y con generosidad. Tendrás oro y caballos —aseguró Wulfgar, mientras engullía con gusto el pan y el queso.

El hombrecillo sonrió.

—Las promesas no se comen, ni sirven de leña para el fuego, así que, por si acaso, creo que me voy a quedar con todo eso —y señaló el montón de ropa mojada que estaba en el suelo junto a la chimenea. Se acercó y cogió la camisa de hilo de Thorkil, y después la de Brochael, grande y tosca.

—¡Ésa te va a arrastrar! —dijo Brochael, riendo.

—Mejor, más me abrigará —y el anciano hizo un gesto de complicidad a los demás; todos se echaron a reír.

De repente, Kari avisó:

—¡Silencio! Están ahí fuera.

—Yo no he oído nada —susurró el hombrecillo, pero Brochael con un movimiento de mano le hizo callar.

Skapti se levantó y, asomándose por las rendijas de las contraventanas, miró hacia fuera. Estaba oscureciendo y los árboles no eran otra cosa que negras sombras.

—No se ve nada.

—Están ahí fuera, y son muchos —volvió a decir Kari.

Permanecieron en silencio y oyeron un sonido extraño, como un graznido en el tejado.

—Envía a los pájaros a cualquier lugar, a la montaña. Puede que los sigan —propuso Brochael. Luego, se volvió hacia Asgrim y preguntó—: ¿Hay una puerta trasera?

—Sí, pero no serviría de nada, se ve desde fuera.

—No tenemos otra alternativa.

—Podría escondernos aquí, si tiene algún sitio —sugirió Thorkil.

—¿Y provocar a la Hechicera para que se ensañe conmigo? —protestó el anciano. Skapti no pudo contener una risotada.

—No se puede decir que tengamos un héroe entre nosotros. Creo que nadie cantará baladas sobre tu heroicidad, Asgrim.

Con un chirriar de acero, Brochael sacó un largo cuchillo.

—¡Decídetes de una vez! ¡Rápido!

—No. Que decida libremente. No levantaré mi mano contra mi anfitrión —dijo Wulfgar, bajando con su mano el brazo de Brochael.

Durante unos segundos Brochael le miró sin comprender su actitud. Después, lentamente, enfundó el cuchillo.

—De acuerdo, como quieras. Pero quizá nos estés condenando a muerte.

—Yo no lo creo así —dijo Wulfgar. Después se volvió hacia el hombrecillo y con voz tranquila, casi perezosa, le preguntó—: ¿Y dónde está esa lealtad a los wulfings de la que tanto presumes?

El hombrecillo se rascó la barba y se rió con picardía:

—Está aquí mismo, mi señor, detrás de esa pared —se levantó y pidió que le siguieran. Entraron en un cuarto muy oscuro que parecía ser un establo. El suelo estaba cubierto de paja sucia y había un fuerte y desagradable olor a ratas. Una de las paredes estaba cubierta por tablones renegridos y llenos de humedad. Acercándose a la pared, el hombrecillo empujó uno de los tablones, que cedió hacia dentro.

—Es mi refugio secreto. Lo he utilizado en más de una ocasión. Lo malo es que puede que no haya espacio para todos.

Brochael empujó dentro a Kari y, a continuación, a Jessa. Skapti fue el siguiente, y después Thorkil, Wulfgar y, por último, él, que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que la mitad de su cuerpo no se quedara fuera. Rápidamente, Asgrim colocó el tablón, y oyeron cómo amontonaba la paja al otro lado.

Sonó un fuerte golpe en la puerta y al momento se abrió con estrépito. Desde su escondite oyeron las voces amenazantes de los hombres de Gudrun.

—Estad preparados —murmuró Brochael—. Puede que tengamos que salir y sorprenderlos.

En la oscuridad Jessa oyó sonido de cuchillos al ser desenvainados. Pensó que todo sería inútil si el hombrecillo los traicionaba: ninguno de ellos saldría con vida de aquel lugar.

La luz de una vela se filtró por algunos de los diminutos agujeros que tenía la madera y Brochael se inclinó hacia delante para mirar.

—Seis..., siete, y fuera hay más —dijo con un hilo de voz.

—Son bandidos —oyeron que decía uno de ellos—. Traidores al Yarl.

—No he visto a nadie —contestó la voz de Asgrim desde la puerta del establo—. No sé por qué tendrían que haber venido aquí.

—A por comida.

—No tengo suficiente ni para mí, señor, como para dar a los demás...

—Muy bien, ¿y qué es todo esto?

En ese momento, Brochael dejó su puesto de vigilancia y se volvió hacia los

demás, alarmado.

—¿A qué se refieren? —preguntó Jessa. Brochael volvió la cabeza en la oscuridad.

—Hemos dejado toda nuestra ropa junto a la chimenea, y la han visto —dijo, dando un suspiro de desaliento.

XVIII

*Al caer la noche me apresuré a volver,
pero los soldados estaban despiertos,
los Juegos ardían y las antorchas alumbraban.
Así de incierto era el camino.*

ASGRIM REACCIONÓ con naturalidad.

—Está bien, señor, le diré la verdad: lo he robado.

—¿Dónde?

—Cerca del río. Detrás de unas rocas.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Oyeron la risa del enano.

—Soy muy pobre, señor, y esa ropa es buena. Seguramente los hombres a los que busca se pusieron ropa seca y dejaron ésta olvidada en la huida. Estarán ya cerca del desfiladero.

Se hizo un silencio. «No se lo han creído», pensó Jessa.

De nuevo oyeron la voz de Asgrim, pero esta vez en un grito de dolor. Después, otra voz dijo:

—Eres un estúpido mentiroso. Sé que están aquí. ¿Dónde los escondes? ¿Tienes idea de lo que te hará Gudrun cuando se entere de esto? Según tengo entendido, en las lejanas minas de Ironwood siempre necesitan hombres.

—Creedme. Sé lo que me espera si os miento, pero aquí no hay ningún bandido, os lo juro —gemía el anciano.

—¡Atrás! —dijo Brochael bajando mucho la voz—. Vienen hacia aquí.

—¡Registrad esto! —la voz del capitán sonó tan cerca que Jessa se sobresaltó.

—¡Registradlo todo! ¡No dudéis en prender fuego si es necesario!

Oyeron el ruido de las banquetas al chochar contra el suelo y el rechinar de la puerta al ser arrancada del marco. Wulfgar susurró:

—No podemos dejar que continúen.

—Yo creo que sí, haciendo un esfuerzo, claro —murmuró el juglar.

Las voces se oían cada vez más cerca y alguien empezó a golpear los tablones tras los que se escondían. Jessa se mordió el labio hasta hacerse sangre y todos contuvieron la respiración, pegados sus cuerpos a los tablones, mientras el hacha de Brochael brillaba por encima de sus cabezas.

En aquel preciso instante se oyó jaleo en el exterior, y un hombre con voz jadeante entró en el establo.

—¡Los pájaros! ¡Están arriba en el desfiladero!

Barullo, confusión, voces, un portazo y silencio.

Brochael fue el primero en reaccionar.

—¡Vamos! —gritó, y dio una patada al tablón, que cedió al instante. Tras él salieron los demás. Un ruido hizo que Wulfgar se volviera con rapidez; era Asgrim, que asomaba su cabeza por la desvencijada puerta.

—¡Daos, prisa; volverán!

Wulfgar le cogió la mano.

—No olvidaré mis promesas.

El hombrecillo sonrió agradecido.

—Si logras sobrevivir. De no ser así, no creo que Gudrun me premie por lo que he hecho.

Wulfgar le apretó la mano entre las suyas y salió. El viejo les fue despidiendo uno a uno y, cuando llegó a Kari, dijo:

—Gudrun hace bien en temerte. Tú eres el único que puede vencerla.

Kari se le quedó mirando con gesto serio.

—Pero ¿cómo vencer mi miedo?

Brochael, que venía tras él, le empujó hacia fuera con suavidad y, dirigiéndose al hombrecillo, preguntó:

—Y tú, ¿estarás seguro aquí?

—Más seguro que vosotros.

Brochael asintió con tristeza.

—Puede que, después de todo, alguien cante baladas a tu valor —le palmeó la espalda y echó a correr hacia el bosque.

Siguieron corriendo entre los árboles hasta que el terreno empezó a hacerse más abrupto y empinado. Al llegar a un montículo de piedras, Brochael se detuvo y todos le imitaron. Se inclinó hacia delante y, pasando uno de sus pesados brazos por los hombros de Thorkil, dijo, dirigiéndose a todos:

—Quiero deciros algo; de ahora en adelante debemos avanzar con mucha precaución y en riguroso silencio. Ellos van por delante y tendrán hombres vigilando el camino, y también en la entrada del desfiladero, pero no tenemos otra salida, debemos llegar hasta allí. Estad muy atentos, no os distraigáis con nada.

Todos asintieron.

—Creo que lo mejor será dejar las bolsas aquí: total, ya están medio vacías... —y, apartando unos matorrales, escondió la suya. Después, sujetó las ramas para que los demás hicieran lo mismo. Cuando las soltó, las ramas volvieron a su posición, ocultando así todo los bultos.

—Está bien. Sigamos. Y os repito que tengáis mucho cuidado.

Continuaron subiendo muy lentamente. Seguían el trazado de un estrecho sendero de piedras que bordeaba el río. A su izquierda, cortado casi a pico, el barranco y la orilla del sendero, plagada de ortigas y tojos. La subida se iba haciendo cada vez más difícil; en ocasiones era necesario ponerse a gatas y la mayoría del tiempo se mantenían agachados para que sus cabezas no sobresalieran de los arbustos. Les acompañaba el sonido del agua chocando con las piedras del lecho del río. Cuando se

convirtió en un sinuoso arroyo, las cosas se pusieron aún más difíciles. A esa altura los arbustos eran escasos, los árboles estaban muy dispersos y apenas había sombras donde cobijarse. La oscuridad era el único refugio, se movían a gatas sobre el suelo pantanoso, aplastando cara y cuerpo contra la tierra al más leve ruido. La ropa de Jessa volvía a estar empapada y su nariz impregnada de desagradables olores entre musgo y barro, que casi le hacían vomitar. Sentía el pelo enredado y húmedo de rocío.

Cuanto más se acercaban al desfiladero, más grandes eran las rocas y más peligrosa la escalada. Un simple resbalón podría poner en peligro sus vidas, como así fue cuando Skapti perdió el equilibrio y Thorkil, tirando con fuerza de su brazo, evitó que se precipitara al abismo. El viento era helado y estaba empezando a llover. No había rastro de los hombres de Gudrun. Wulfgar pensó que quizá ya habrían cruzado la montaña, pero Brochael no estaba tan seguro. Jessa sabía que lo que le preocupaba a Brochael era el desfiladero. El verdadero peligro estaba allí, en la parte más angosta y expuesta.

Tenía toda la razón.

Con la llegada de la media noche, el cielo se tiñó de negro. Sin embargo, esa oscuridad los ayudó a distinguir, un poco alejado aún, el color rojo de las llamas de una hoguera y la sombra incierta de sus perseguidores.

Enseguida divisaron, tras una formación rocosa, la entrada del desfiladero. Era un paso realmente estrecho, flanqueado por dos escarpadas montañas, en medio del cual los hombres de Gudrun habían encendido una gran hoguera y charlaban sentados a su alrededor. Sus caras se veían rojas y negras por el reflejo del fuego. Al otro lado, en la oscuridad, el sendero continuaba descendiendo por la montaña hasta llegar al valle pantanoso del dominio del Yarl.

Brochael observó a los hombres durante un buen rato. Después, dándoles la espalda, se apoyó contra una roca y estiró las piernas cuan largo era.

—Vamos a necesitar ayuda divina para salir de ésta.

Thorkil se volvió hacia Kari.

—¿Por qué no haces lo que hiciste en aquella ocasión, y nos vuelves invisibles?

Kari negó con la cabeza.

—Yo no os volví invisibles. Lo que hice fue hacer creer a aquel hombre que no os había visto. Pero ahora son muchos para eso. No puedo llegar a todas sus mentes.

Thorkil le miró, decepcionado.

—Y entonces, ¿qué es lo que puedes hacer? —dijo con un cierto tono de reto. Jessa al oírle no pudo evitar pensar en la pulsera de Gudrun, y le miró con desaprobación, pero Thorkil no le prestó atención.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

Después de unos segundos de silencio, Wulfgar dijo:

—Es imposible pasar sin que nos vean. Así que la única manera es atacar.

—Acabarán con nosotros —le interrumpió Brochael.

—Bien, entonces, ¿tienes alguna idea?

—No, ninguna.

Hubo otro silencio.

—Yo sí tengo una idea —dijo Jessa mientras se ataba los cordones de una bota—. La solución es la hoguera.

—¿Qué pasa con la hoguera? —preguntó Wulfgar impaciente.

—Es la única luz que al parecer tienen. Y es precisamente lo que bloquea el desfiladero. Si el fuego se apagara de pronto, todo quedaría en la más completa oscuridad. Durante unos segundos sus ojos no verían nada. Podríamos aprovechar ese momento para cogerlos por sorpresa, siempre contando con que estuviéramos lo suficientemente cerca.

Brochael asintió con la cabeza.

—Creo que tiene razón —dijo mirando a los demás.

—Espera, pequeña —dijo Skapti, tirándole cariñosamente del pelo—. ¿Se puede saber cómo apagamos el fuego? ¿Echando tierra y piedras desde aquí?

Jessa le miró tranquila.

—Eso es cosa de Kari.

Kari levantó la vista, aturdido.

—Ya he dicho que no puedo...

—No pretendo que les hagas creer que el fuego se ha apagado, lo que quiero decir es que lo *apagues tú* —Jessa miró a los demás y después de nuevo a Kari—. Gudrun podría hacerlo, y si ella puede, tú también. Así conocerás tus poderes —acabó con énfasis.

Kari permaneció callado durante unos segundos, sus ojos fijos en la oscuridad de la montaña. Brochael se acercó y, pasándole el brazo por los hombros, le preguntó con cariño:

—¿Crees que podrás hacerlo?

—No lo sé. Lo intentaré, pero...

—Sí que puedes, y lo sabes —dijo Jessa, acercándosele.

Kari sonrió.

—Si tú lo dices...

Brochael, visiblemente más animado, aseguró:

—Si lo consiguieras, podríamos pasar en escasos segundos. Wulfgar y yo nos quedaríamos en la salida del desfiladero hasta que todos pasarais. ¿Qué dices a eso, mi señor? Puede que al final tengamos una buena pelea —y sonrió al hombre de piel morena que estaba sentado en el suelo. Wulfgar le sonrió a su vez y asintió.

Sin embargo, en ese instante todos oyeron la voz del juglar:

—Yo creía que todo esto era para tener un nuevo Yarl. Pero no creo que sirva de mucho si muere en la lucha.

Wulfgar no hizo caso de aquellas palabras y le dijo a Kari:

—Bien, ahora todo depende de ti, Señor de los Encantamientos.

Kari se volvió y se quedó mirando el fuego que brillaba entre las rocas.

—Acerquémonos, pues.

Sombras en la oscuridad. Se deslizaron entre las rocas bajo la consigna del silencio y la premura. Estaban tan cerca que podían oír sin dificultad la charla tranquila de los soldados y el crepitar de las llamas. Uno de los hombres, que hacía guardia caminado arriba y abajo, pasó tan cerca de ellos que casi pudieron rozarle con la mano. Pegaron sus cuerpos a la superficie áspera de una roca y así, inmóviles, esperaron. Kari, una sombra más oscura que la propia oscuridad, se acercó aún más. Jessa vio el fuego reflejado en sus ojos.

Pasaron algunos minutos. Ellos seguían inmóviles, en lo alto de la montaña, asustados, a merced del viento y sintiendo la dureza de la roca en sus cuerpos.

Entonces, Jessa empezó a percibirlo: muy lentamente la oscuridad se iba acentuando, como si la noche se cerrara sobre ellos y lo ocultara todo: no había rocas, ni montaña ni nada.

Kari, frente al fuego y sin ser visto, estaba haciendo el conjuro con el viento negro. Su mente buscaba y unía noche sobre noche.

Las llamas crepitaron con fuerza y se hicieron de pronto más débiles. Uno de los hombres lanzó una maldición y echó algunas ramas a la lumbre. Saltaron chispas, pero no prendieron. El viento, pesado y negro, soplaba suave sobre las llamas. Las envolvía, las ahogaba. La hoguera se consumía. Las llamas disminuían. Kari cerró los puños con fuerza y en su cara apareció un rictus de dolor.

«Vamos, Kari, vamos —dijo Jessa para sí—. Vamos, sigue». El fuego era ya una diminuta y tenue llama azul. Uno de los hombres comentó algo en voz alta a la vez que echaba más ramas, pero éstas cayeron ya sobre un montón de ceniza. Kari se agarró con fuerza al brazo de Brochael.

—¡Ahora! —ordenó, y el fuego se apagó por completo.

Todo fue tan rápido que Jessa casi no se dio cuenta. Alguien la empujó a través de la oscuridad. Ella salió corriendo con todas sus fuerzas hacia el desfiladero. Resbaló un par de veces y en la confusión también se chocó con una persona. Había gritos y ruido de espadas. Sintió que alguien la cogía por un brazo. Se volvió rápida y empezó a darle puñetazos en el pecho con toda la fuerza de que era capaz, y no paró hasta que no se vio libre. Después, supo que había atravesado el desfiladero y corría sin parar montaña abajo por una ladera de piedras que saltaban a su paso y le golpeaban los tobillos. Bajaba y bajaba rodeada de oscuridad. Tropezó, no supo con qué, y cayó rodando hasta que logró agarrarse a unos marojos. El ruido de las piedras rodando ladera abajo continuó durante unos segundos. Cuando logró incorporarse un poco, todavía de rodillas, una voz junto a ella preguntó:

—¿Todo bien?

Reconoció la voz de Thorkil.

—Sí —dijo, poniéndose de pie—. ¿Y los demás?

Miró hacia arriba. La oscuridad ocultaba la cima de la montaña. Distinguió unas

sombras que se movían y también oyó gritos y ruido de espadas.

—Brochael les está haciendo frente —informó Thorkil, aún jadeando y muy nervioso.

—Él y Wulfgar.

—¡Los van a matar! ¿Dónde está Kari?

—No lo sé.

Jessa volvió a mirar hacia arriba.

—Tenemos que hacer algo.

Pero en ese momento el cielo se abrió. Un rayo de luz azul iluminó la cima de la montaña formando un círculo perfecto. Allí estaba Brochael, blandiendo el hacha contra los hombres que le acosaban, y Wulfgar, lanzando estocadas certeras con su espada púrpura y azul. Alrededor del círculo iluminado, extraños destellos formaban una brillante red de luces. Los hombres de Gudrun retrocedían en medio de gritos de terror, como si las diminutas luces de colores los empujaran hacia el otro lado de la garganta. Cuando ya no quedaba ninguno en este lado, una cortina de luz muy blanca cerró el paso del desfiladero. Después, vieron cómo Wulfgar y Brochael bajaban corriendo por la ladera en dirección a ellos.

—¿Dónde está Kari? —fue lo primero que preguntó Brochael.

—Estoy aquí —se oyó su voz, desde un poco más abajo. A su lado estaba Skapti.

Aún rodeado por los extraños destellos azules y blancos, Brochael le miró, extrañado.

—¿Tú has hecho eso? Pero ¿cómo has podido hacer algo así? —preguntó en un tono excesivamente brusco.

Kari tardó unos segundos en responder.

—No quería que te ocurriera nada.

Brochael se metió el hacha en el cinturón y Jessa creyó ver, por un segundo, una expresión desconocida en su cara, una expresión de miedo. Pero cuando Brochael miró a Kari, ya no había rastro de ella.

—Bien, sigamos —fueron sus únicas palabras.

XIX

*Aprendí de la sabiduría popular,
esfuerzo y tenacidad.
Palabra a palabra, conocí todas las palabras;
acción tras acción, descubrí el mundo.*

LA LADERA DE LA MONTAÑA seguía sumida en la más completa oscuridad y ellos, una hilera de sombras, bajaban sin prisa. Nadie los perseguía. Volvían una y otra vez la vista atrás, pero a su espalda únicamente divisaban la extraña y magnífica cortina blanca con destellos azules que brillaba en la cima de la montaña. Y así continuó durante mucho tiempo, mucho después de que los gruesos árboles y sus ramas debieran haber ocultado su maravilloso resplandor. Jessa se había quedado la última, detrás de Brochael.

—¿Qué ha ocurrido allí arriba? —le preguntó en voz muy baja.

Brochael alzó los hombros en un gesto de desconcierto.

—Ha sido todo tan rápido y tan extraño... La luz se ha interpuesto entre ellos y nosotros. Primero, una lluvia de fuego y, a continuación, una cascada de destellos reluciendo, iluminándolo todo. Miles de relámpagos cayendo sobre nosotros sin tocarnos. Algo asombroso, increíble; créeme Jessa, he llegado a temblar de terror. Nunca pensé que Kari pudiera lograr algo así.

Jessa asintió en silencio. Pero no sintió ningún temor ante el poder de Kari, sino una secreta e intensa sensación de placer. «¡Gudrun, espera y verás qué sorpresa te hemos preparado!».

Esa noche durmieron a orillas de un riachuelo, rodeados por el murmullo suave del viento meciendo las ramas de los árboles y el canto alegre del agua. Por la mañana emprendieron de nuevo el camino, siempre bajando, a través de lo que parecía un interminable bosque. El día avanzaba y el cielo se iba oscureciendo. El aire se hizo más frío y una espesa niebla comenzó a cernirse sobre las copas de los árboles. La humedad era tan intensa que todos sentían sus ropas empapadas y pegadas al cuerpo.

—Hechizo de niebla. Es obra de Gudrun. Así nos recibe —murmuró Skapti mirando hacia atrás por encima de su hombro.

Brochael les pidió que hicieran un alto. Después, como siempre hacía, buscó a Kari con la mirada.

—¿Qué tal vas? —le preguntó.

Kari se había apoyado en un árbol. Su silencio era más patente cuanto más se iban acercando al dominio del Yarl. Movié la cabeza, indicando que se encontraba bien, y dos gotas de agua resbalaron por su pelo.

—Nos vigila, ella nos vigila. Puedo ver la palidez de su cara entre las velas.

Quiere hacer un trato con nosotros. Ahora está dispuesta a pactar.

Cuando terminó de hablar, la niebla se había vuelto aún más espesa y sus cuerpos sintieron el frío helado de Gudrun.

—No os separéis —ordenó nervioso Brochael—. Manteneos muy juntos, agarraos unos a otros, o nos perderemos.

Jessa sintió que Brochael agarraba uno de los extremos de su capa. Ella cogió a Thorkil de la mano.

—¿Dónde está Wulfgar?

—Estoy aquí —dijo una sombra junto al juglar; su voz sonó con un eco extraño en la espesa bruma.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó Thorkil.

—Seguiremos adelante, pegados uno a otro si es necesario.

—Brochael —dijo Wulfgar—, así no podemos seguir. Puede que estemos dando vueltas sobre un mismo lugar o que nos estemos alejando del camino.

—Sí, es verdad, pero tampoco podemos quedarnos quietos —contestó Jessa—. Sobre todo si quieres ser el próximo Yarl.

Jessa oyó la voz burlona de Skapti en su oído:

—Muy aguda, chiquilla —el juglar se volvió hacia Kari y le preguntó—: ¿No nos podrían ayudar los pájaros? Quizá podrían volar por encima de la niebla y de alguna manera indicarnos el camino.

Kari asintió. Dio un silbido y dos sombras negras volaron hacia él desde un árbol cercano. Uno clavó sus garras en el cuero de su guante y el otro, posándose sobre un tronco caído, comenzó a graznar.

—¿Qué son estos bichos? —preguntó Wulfgar— ¿Pájaros o espíritus?

Kari se volvió hacia él.

—Dicen que el gran Odín posee dos cuervos. Uno es la Inteligencia y el otro la Memoria. Sus ojos abarcan todo el mundo —Kari alzó la mano y el que tenía posado sobre ella emprendió el vuelo. El otro le siguió de inmediato.

Y, de esta manera, se pusieron a seguir el lejano graznido de los pájaros. Se movían despacio y muy juntos. La niebla fría, densa y blanca les empapaba la cara y se metía en su boca cuando hablaban. No sabían si estaban aún en el bosque o si ya lo habían dejado atrás. Únicamente cuando sintieron bajo sus pies el terreno blando y pantanoso del valle, supieron que estaban fuera.

El graznido de los pájaros se oía cada vez más lejano y parecía venir de la izquierda; de pronto cesó y todo se quedó en silencio. Kari silbó dos veces, pero no obtuvo respuesta.

Decidieron parar. A su alrededor, el silencio y el frío les aprisionaba como un anillo de plata, Jessa recordó en aquel momento lo que les había contado Mord, cuando en tiempos del anterior Yarl, una niebla espesa y blanca se había tragado a los soldados, y cómo algunos al ir en su ayuda también habían desaparecido para siempre. ¿Les pasaría a ellos lo mismo? Un copo de nieve duro y brillante cayó en su

mano: tenía la forma de una estrella de cinco puntas y se deshizo lentamente en su guante.

—Hemos salido del bosque —dijo Brochael, quitándose el guante y pasándose la mano por la barba y el pelo mojados—. Creo que estamos a pocas millas del dominio del Yarl. Supongo que habrá soldados esperándonos.

—¿Cómo sabes que estamos cerca? —preguntó Thorkil con curiosidad.

—Por la sal, chico. Puedo oler el agua salada del fiordo. He estado mucho tiempo lejos de aquí, pero es un olor que no se olvida —y volviendo la cabeza, sonrió a Jessa.

Pero ella únicamente dijo:

—Está empezando a nevar. Gudrun nos ha enviado nieve y con eso ha conseguido que los pájaros se desorienten.

Así era. Silenciosos copos de nieve empezaron a caer suavemente sobre ellos. Pronto sus cabezas y sus ropas se cubrieron con diminutos puntos de plata brillante y fría.

—¡No se os ocurra llevároslos a la boca! —avisó Kari con voz ronca y baja— ¡No dejéis que rocen vuestros labios!

Wulfgar reaccionó con rapidez; se quitó la bufanda del cuello y cubrió parte de su cabeza y cara con ella. A continuación todos hicieron lo mismo.

—Y ahora, ¡adelante! No dejemos que los conjuros de la malvada Gudrun nos acobarden —ordenó Brochael, empujando a Thorkil delante de él, y los demás se apresuraron a seguirle por el barrizal helado en el que se hallaban. La nieve caía ahora en horizontal, dándoles de lleno en los ojos.

Kari resbaló y cayó de rodillas. Jessa le vio, y se quedó a esperarle.

—¿Estás bien? —él asintió y ella vio en sus ojos una mirada dura, fría y gris.

—Todo esto es exclusivamente por mí —dijo Kari con seguridad.

—¿Todo esto? ¿Qué quieres decir?

—La nieve, y todo lo demás —contestó Kari, parándose durante un segundo—. Y lo peor va a ser verme frente a ella. Ahora, después de tantos y tantos años de silencio...

—Vamos, Kari, no pienses en esos años. Eso ya pasó.

Él negó con la cabeza.

—Esos años de silencio nunca se pueden olvidar. El silencio no se llena con nada. Jessa asintió, sin saber qué decir. Después reanudaron la marcha siguiendo a los demás.

—Y tú, ¿qué piensas hacer, si es que logramos salir con vida de todo esto?

—Nada especial. Esperar que Wulfgar sea proclamado Yarl y después recuperar la granja de mis padres. Está en un lugar precioso, cerca del mar. ¿Y tú? —le preguntó ella a su vez.

Los copos de nieve cubrían el pelo de Kari casi por completo.

—Yo lo único que deseo es no ser como ella.

—Kari, ¡tú no eres como ella!

—Sí lo soy. Y me aterra pensar que quizá ella me anule y me convierta en parte de su voluntad. ¿Te parece algo tan imposible? A mí no. Sabes que Gudrun puede hacer cualquier cosa; adueñarse de todo tu ser, de tu corazón, de ti.

Un grito de Brochael interrumpió a Kari. Jessa se adelantó unos pasos y logró ver unas sombras que se abalanzaban sobre la enorme figura de Brochael. Eran dos y estaban bien armados. El gigante intentó defenderse con el hacha, pero ni tan siquiera logró empuñarla: le derribaron antes de que pudiera hacer nada.

—No te muevas —murmuró Kari a su espalda.

Wulfgar y Skapti también estaban rodeados. Thorkil había sido desarmado y su espada yacía inerte en el barro. Gritaba y daba patadas a su alrededor, cuando un certero golpe en el pecho le dejó tendido en el suelo sin sentido.

—Son seis —volvió a decir Kari, en un tono apenas audible.

—¿Pueden vernos? —preguntó Jessa, asustada.

—No, a nosotros no.

Eran los hombres de Gudrun. Todos llevaban la pulsera con forma de serpiente en su muñeca. Uno de ellos levantó a Thorkil del suelo.

—¿Dónde está? —le preguntó con voz áspera y desagradable. Thorkil, tratando de recobrar la respiración, negó con la cabeza. Después, el hombre le dejó caer junto a Brochael, y dijo:

—Cubrid la zona, no podemos perderle. Ya sabéis lo que ella nos ha dicho: puede que nosotros no le veamos a él, pero estará cerca de sus amigos.

Los hombres se abrieron formando un gran círculo con sus espadas, dentro del que quedaron Kari y Jessa. El jefe continuó dando órdenes:

—Cortad el aire con vuestras espadas. Seguro que está aquí.

—Estáis perdiendo el tiempo —se oyó la voz bronca de Brochael; pero nadie le prestó atención, y siguieron estrechando el círculo mientras movían las espadas en todas direcciones y cortaban con ellas los brillantes copos de nieve.

Jessa retrocedió.

—¡Cuidado, a tu izquierda! —murmuró al oído de Kari. Pero el hombre que estaba a la izquierda de Kari oyó la voz de Jessa; y sus ojos se abrieron de forma desmesurada, y el terror paralizó sus brazos.

—¡Aquí! —logró decir, aún inmóvil. Soltó la espada, estiró la mano y rozó el pelo de Jessa. Cerró la mano y lo agarró. Ella gritó, al tiempo que le daba una patada. El hombre se tambaleó y tropezó con el pie de Skapti, que estaba tras él, lo que le hizo caer con un ruido estrepitoso. Jessa y Kari aprovecharon ese instante para salir del círculo de espadas y echar a correr con todas sus fuerzas. Tras ellos oyeron la voz de Brochael gritando:

—¡Corred, corred!

Corrieron sin preocuparse de la dirección, saltando charcos helados y barro resbaladizos, corrieron hasta el límite de sus fuerzas, hasta que la falta de respiración

les hizo detenerse tras unas rocas. Recuperaron el aliento, pero no podían dejar de toser y el dolor en el pecho no les dejaba hablar.

Pasaron unos segundos y Kari consiguió por fin articular unas palabras:

—No podemos volver para ayudarlos. No hay tiempo —Jessa vio cómo volvía la cabeza y cerraba los puños con desesperación—. ¿Oyes eso? —preguntó con rabia.

—¿El viento?

—No es el viento. Es ella, burlándose de mí. ¡Me está esperando! ¡Quiere que vaya!

Jessa se palpó el cinturón para asegurarse de que aún estaba allí el puñal.

—Sí, lo sé. Y todos la hemos ayudado a conseguir sus fines.

—¿Ayudado? ¿Tú la has ayudado?

—Sí, también yo —contestó Jessa con amargura—. Mi orgullo me impedía ver la realidad. Pensé que podría vencerla y que nunca permitiría que me utilizara. Tiré al mar su brazalete, pero nada de eso tenía importancia. Lo que ella pretendía era que te trajéramos ante ella. ¿Cómo, si no, habríamos llegado hasta aquí, a través de la espesa niebla, la nieve y las afiladas espadas de sus hombres? Gudrun quiere tenerte frente a ella por alguna razón.

Kari la miró, incrédulo.

—¿Crees que es así?

—También lo cree Brochael.

Kari irguió la cabeza.

—Entonces, no la hagamos esperar.

Empezaron a andar uno junto a otro y la nieve formó un túnel blanco y largo, donde los copos que caían se pegaban a la piel como gotas de veneno. Afuera, todo era oscuridad.

El túnel de nieve estaba poblado de extrañas sombras que bailaban incesantemente a su alrededor —lobos, reptiles y trolls— y que se desvanecían en la nada. Siguieron avanzando y de pronto el túnel desapareció y cesó de nevar. Los rodeaba la oscuridad.

El cielo se tornó violeta y pudieron ver el brillo tenue de algunas estrellas. Ante ellos se extendía un terreno pantanoso que exhalaba pequeñas columnas de humo y gases, inundando el ambiente de un olor nauseabundo. No muy lejos se oía el chapoteo de algo en el agua. Era un sonido estridente y extraño.

A lo lejos se distinguía el dominio del Yarl: un conjunto de tejados negros entre los que destacaba la mansión con sus extrañas cabezas de serpientes apuntando al cielo. No se veía ninguna luz, no se oía ningún ruido. Ni tan siquiera el ladrido de un perro.

Sin cruzar una palabra se dirigieron hacia la fortaleza. Iban saltando los charcos y esquivando los hoyos del terreno. El agua era negra y desprendía un fuerte olor a raíces podridas. A lo lejos, y como suspendidas en el espacio, se divisaban unas extrañas y diminutas luces de colores, azules, verdes y violetas.

Jessa sentía la falda empapada pegada a sus botas, y el pelo lleno de barro le pesaba en los hombros y en la espalda. Los gases del pantano les hacían toser casi sin descanso y el eco de su tos retumbaba en la oscuridad.

Poco a poco la tierra se hizo más seca, algo más escarpada. Empezaron a subir una colina poblada de arbustos negros y punzantes que desembocaba en un camino de piedras lisas.

Sus pasos retumbaban en la piedra. A ambos lados del camino, las casas parecían estar deshabitadas. Jessa pensó que quizá todos estaban durmiendo. Pero aun así, el silencio era excesivo, anormal. Ninguna chimenea humeaba, lo que significaba que los fuegos estaban apagados; algo nada corriente en aquella época del año, ya que el frío intenso obligaba a mantener el fuego encendido día y noche.

Pasaron junto a la casa de Mord. También su puerta estaba cerrada y Jessa no se atrevió a llamar. Todo eran sombras. Cuando llegaron al muro que rodeaba la mansión, la joven alzó la vista y vio que todas las ventanas estaban cerradas y que ni tan siquiera un diminuto rayo de luz se filtraba por ellas. Los dos cuervos, como dos gárgolas, se habían posado sobre el tejado. Uno de ellos graznó con fuerza.

—¿Dónde esta la gente? —preguntó Jessa—. ¿Qué ha hecho con ellos?

—Nada. Están aquí.

—¿Cómo lo sabes?

Pero Kari parecía no escucharla. La cogió de la mano y avanzaron en silencio hacia la puerta.

La garita del guardián estaba vacía y tampoco vieron al perro. Jessa alargó la mano y levantó el pestillo. La puerta cedió levemente con un chirrido y la chica hizo un gesto de desagrado. La empujaron, y entraron.

XX

Ofreciéndome a mí mismo.

GUDRUN los esperaba.

De espaldas a la chimenea, un humo denso y gris la envolvía de tal forma que la hacía prácticamente invisible. El resto de la sala estaba oscura.

Ninguno dijo nada. Kari se quedó durante unos segundos apoyado en la puerta. Después avanzó despacio hacia la chimenea. Jessa no se movió.

Se paró a unos metros de Gudrun, y se miraron en silencio. Jessa comprobó que el parecido de los dos era realmente sorprendente: la misma palidez, la misma expresión en los ojos, incluso el mismo tono de pelo, aunque el de Kari estaba sucio de barro y, sin embargo, las trenzas que adornaban la cabeza de Gudrun brillaban como el oro.

Ella se adelantó, con un frío crujir de seda.

—¿Dónde están tus amigos?

—Tus hombres los han detenido —la voz de Kari sonó grave y segura, pero tenía los puños apretados y Jessa vio que temblaba ligeramente—. Deberías saberlo —añadió Kari.

Ella hizo un movimiento con la mano.

—Quizá lo sepa.

—No —dijo Kari, en tono bajo—. No lo sabes.

La expresión de Gudrun cambió por un instante; le pareció que un brillo de sorpresa surgía en sus ojos, pero se desvaneció antes de que Jessa hubiera podido asegurarlo.

Gudrun se acercó a Kari. Ella era más alta. Alargó la mano y con su dedo delgado y largo tocó la capa de Kari. En la muñeca de Gudrun, la pulsera de piel de serpiente.

—No es ropa digna del hijo del Yarl —dijo.

—Tú me quitaste la que era adecuada.

—Puedo devolvértela —dijo ella, sonriendo divertida, y le acarició el pelo. Jessa vio cómo Kari se ponía tenso.

—Ya es demasiado tarde —dijo el joven, y, alejándose de ella, se acercó al fuego y atizó la lumbre. Las llamas crepitaban y los troncos crujieron extendiendo su eco por la chimenea—. Me tienes miedo —continuó Kari, haciendo un gran esfuerzo y aparentando un tono de voz tranquilo. Y siguió mirando con fijeza a las llamas—. Me tienes miedo porque soy como tú, exactamente igual que tú. Te inventaste un montón de mentiras para que nadie supiera tu secreto, pero ahora tan sólo tienen que mirarme. Cualquier poder que tú poseas, yo también lo poseo.

Gudrun sonrió, mientras se colocaba los pliegues del vestido.

—Tienes razón, pero yo sé cómo utilizarlos. Tú, no.

—He aprendido bastante.

—Simples trucos para gente simple. Ningún maleficio, ninguna voluntad interrumpida, ningún conjuro para provocar el terror o el placer.

Gudrun estaba junto a él y de nuevo le acarició el pelo; parecía que una fuerza superior a ella la empujaba hacia él.

—En cuanto al miedo, tengo que decirte que no temo a nada ni a nadie.

—Excepto a tu propia imagen —dijo Jessa.

Gudrun se volvió hacia ella, como si hasta entonces no la hubiera visto.

—¡Silencio! —ordenó.

—Es cierto —dijo Kari mirándola—. Y no se trata de la imagen que ves en el espejo. Tu propia imagen soy yo.

Gudrun no reaccionó inmediatamente, pero al cabo de unos segundos asintió:

—Así es, tú eres mi propia imagen. Tú y yo somos una misma persona.

—¡No! —negó Kari enérgicamente; luego, ella le cogió las manos.

—¡Mira! Juntos haremos del Norte un reino de Hechiceros del Hielo como jamás se haya soñado. Ése es mi plan. Por esa razón te he dejado vivir. Durante todos estos años te he vigilado y te he visto crecer y por fin ha llegado el día en que los dos, tú y yo, en realidad una sola persona, dominemos todo el Norte.

—¡No! —gritó Kari, separándose de ella—. Te equivocas. ¡Yo nunca seré como tú, nunca!

Gudrun pareció desconcertada durante unos segundos; después, con la mano estirada, trazó unos signos en el aire estaba haciendo un conjuro. Kari contuvo la respiración. Ante los ojos aterrorizados de Jessa, el joven dejó escapar un gemido y se venció hacia delante con un gesto de dolor.

—¡No sigas! ¡Déjale en paz! —gritó Jessa.

Pero en ese instante Kari se irguió y, aunque más pálido que nunca, se sacudió los bordes de la capa. Cuando consiguió recobrar la palabra, su voz sonó áspera y cortante:

—No vuelvas a hacer esto nunca más. Y ahora sufre los efectos de tu propia imagen.

Kari no se movió ni dijo cosa alguna, pero la Hechicera se dobló hacia delante como una vela que está demasiado cerca del fuego. Una mueca de dolor la hizo aparecer horrible: sus ojos abiertos con terror, extendidos los brazos, las manos aferrándose a la mesa para no caer, y los nudillos blancos y frágiles.

—Así es como duele —dijo Kari, colocándose tras ella—. Y así son las pesadillas, ¿las ves? Y así es el silencio. Y así es el terror.

Gudrun temblaba de pies a cabeza. Extendía las manos con intención de alcanzar algo, sin conseguirlo. Movía las manos, nerviosas y rápidas, presa de la desesperación. Kari la contemplaba impasible. Se acercó un poco más y le acarició el pelo. Jessa sintió un punzada de temor en el corazón.

—¿Son éstos los conjuros del terror a los que te refieres? —preguntó Kari, ahora con voz dulce—. Como ves, yo también puedo hacerlos.

Gudrun se desplomó en una silla. Sobre la mesa descansaron sus manos sin sangre, largas y frías. La estancia estaba oscura y en silencio.

Kari se alejó, pero las manos de Gudrun no se movieron. Él permaneció unos segundos frente a la chimenea y después dijo con dureza:

—Estás acabada. Tus poderes son también los míos: existe un equilibrio entre el bien y el mal. Vete de aquí, vuelve al lugar del que viniste y deja que este pueblo elija a su Yarl.

—¿Elegir? ¿A quién? ¿A ti? —preguntó Gudrun sarcástica, irguiendo la cabeza.

—No, a mí no. Nunca elegirían a alguien tan parecido a ti —contestó con tristeza, pasándose la mano por el pelo—. Nunca lo harían.

—¡Kari! —gritó Jessa.

Kari se volvió; frente a él, la Hechicera, erguida y pálida, le miraba furiosa. Los pliegues de su vestido brillaban como cascadas de hielo.

—¡No estoy acabada! —casi gritó—. ¿Te ha contado tu maldito Brochael, al que tanto quieres, el secreto de la Serpiente? La Serpiente domina el mundo; lo aprisiona entre sus anillos hasta hacer que se devore a sí mismo. La Serpiente vivirá hasta que el último ser desaparezca; después, también ella desaparecerá. Desaparecerá cuando el gran lobo de las tinieblas abra las puertas de la infinita oscuridad y el navio de los monstruos llegue a puerto. Lejos, muy lejos de aquí, arriba, mucho más al norte, existe un lugar habitado únicamente por serpientes blancas; su puerta da paso al eterno reino del hielo.

Cuando terminó, Gudrun juntó las manos y las levantó por encima de su cabeza. Después, muy lentamente, las fue separando. Jessa vio cómo de aquellas manos surgía una luz blanca e intensa. La estancia entera tembló. Las puertas crujieron como si alguien estuviera empujando desde el otro lado.

—Ese lugar es el lugar de donde vengo. Mi dios es la Serpiente. Y ahora está furiosa.

Estaba muy cerca de Kari; movía las manos dibujando en el aire extraños signos y produciendo chispazos de luz blanca. Jessa gritó y empujó a Kari para que esquivara el puñal que Gudrun empuñaba con fiereza. El arma pasó rozando el costado de Kari, pero no lo alcanzó. De nuevo volvió a brillar el acero y la mano de Gudrun descargó otro golpe, esta vez el puñal pasó a escasos milímetros de la mejilla de Jessa y se llevó un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Kari se abalanzó sobre Gudrun y, después de un intenso forcejeo, logró arrebatarse el puñal y tirarlo al fuego.

Las llamas se hicieron más altas y más rojas. Lenguas de fuego salían de la chimenea y sobrepasaban sus cabezas. Un humo espeso y negro atenazaba sus gargantas y se enroscaba en sus cuerpos como gigantescas e intangibles serpientes. Una delgada columna de humo negrísimo rodeó la cintura de Jessa, y se la oprimía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Intentó soltarse de aquel anillo con sus manos, pero al tocarlo se deshacía entre sus dedos como si de verdadero humo se tratara. Intentaba gritar, pero no tenía voz. Se revolvía en aquella prisión y sentía que

sus fuerzas cedían irremediablemente ante otra fuerza superior. Le faltaba el aire y todo se iba haciendo cada vez más oscuro. Kari, junto a una de las paredes, se esforzaba por liberarse de una gruesa columna de humo que le aprisionaba contra los tapices, tiñéndolos de un hollín viscoso que empezaba a resbalar por los paisajes. Las llamas ocupaban ahora gran parte de la estancia, chamuscando muebles y alfombras y crepitando estridentemente contra las paredes de piedra.

Finalmente, Kari logró esquivar la negrura que le rodeaba y, a gatas, se dirigió hacia Jessa. Tan pronto como él cogió su mano, la opresión del pecho cedió radicalmente. Jessa respiró hondo, pero el corazón le latía con tanta fuerza que creyó que iba a desmayarse.

—¿Dónde está Gudrun? —preguntó Kari, gritando desesperado; pero Jessa movió la cabeza al tiempo que chillaba con todas sus fuerzas ante la caída de uno de los tapices, envuelto en grandes llamas.

—Salgamos de aquí —fue lo único que acertó a decir.

Corrieron hacia la puerta. La empujaron con fuerza, pero no cedió. Jessa la golpeó insistentemente con las palmas de las manos, pero todo fue inútil.

—¡Intentémoslo por las ventanas!

Pero las ventanas estaban cerradas y era imposible abrirlas desde dentro. La estancia era un auténtico horno en llamas. El humo los cegaba y la tos se hacía cada vez más sorda. Las vigas del techo también crujían y desprendían astillas ardiendo que caían como lluvia incandescente sobre ellos.

Oyeron voces en el exterior. También sonaron fuertes golpes en la puerta.

Jessa se dirigió de nuevo a la entrada. Dio patadas y empujó con todas sus fuerzas.

—Seguro que hay alguna forma de salir de aquí.

—No, no la hay —contestó Kari, y la obligó a que se agachara para intentar respirar algo del aire fresco que se filtraba por debajo de la puerta. Permanecieron así durante unos segundos; después, Jessa se volvió hacia él. Su sorpresa fue enorme cuando vio que Kari sonreía. Desconcertada, le preguntó:

—Bien, ¿qué piensas hacer?

—Esto.

Kari se dirigió al centro de la estancia. El humo y las llamas lo envolvían por completo. Se arrodilló y cerró los puños con fuerza. Al instante el humo se tornó blanco. Después se convirtió en pequeños granos compactos que caían silenciosamente como cuentas de un collar de nieve sobre la chimenea, el pelo de Jessa y las chamuscadas alfombras. Entró una ráfaga de aire frío y las lágrimas que corrían por su mejilla se helaron. El hollín de las paredes era ahora una dura capa de hielo que apagó las llamas por completo. Los tapices, retorcidos por las llamas, permanecían ahora rígidos sobre las heladas piedras del suelo.

Muy lentamente la nieve siguió cayendo, cubriéndolo todo con una alfombra suave y blanca: suelo, mesas, cortinajes y velas. También Gudrun, sentada en el

centro de la estancia, los observaba cubierta de nieve, los pliegues de su vestido helados y tiesos.

Parecía tranquila, sentada en su enorme sillón y con expresión ausente; a sus pies, en un taburete, Gettir, su fiel y viejo servidor, con la cara más arrugada que nunca. También él los observaba con sus ojos amarillos y alargados. Jessa se quedó mirándolos. ¿Habían estado allí todo el tiempo, en medio de las llamas y el humo?

De nuevo sonaron voces en el exterior y un fortísimo golpe hizo que la puerta se tambalara. Era como si algo contundente hubiera chocado contra ella.

La Hechicera se levantó y el anciano Gettir la siguió como lo haría un perro. Había perdido su majestuosidad y no parecía tan alto. Muy lentamente, Gudrun se arrodilló junto a Kari, y Jessa vio unos profundos surcos en su cara.

—Parece que tienes razón. Ahora somos dos. Así que te voy hacer el mayor daño que jamás hayas podido imaginar. Te voy a dar lo que tanto quieres —dijo, sin dejar de sonreír.

—¿Qué quieres decir con eso? —balbuceó Kari.

—Abandono. Todo es tuyo, y también esta maldición: ¡Nunca nadie te amará ni confiará en ti! Un poder como el nuestro siempre causa terror. Eso ya lo comprobarás. Tu nuevo Yarl querrá deshacerse de ti lo antes posible —dijo, posando una mano sobre el hombro de Kari— y tú tendrás que utilizar tus poderes, como hice yo y como han hecho nuestros antepasados. Así ha sido siempre y así seguirá siendo.

Después se levantó, se aproximó a uno de los tapices que aún colgaban de la pared y lo retiró hacia un lado. Tras él, y tal como Jessa recordaba, apareció el arco de piedra y la escalera. Un nuevo golpe en la puerta la hizo temblar, pero Gudrun pareció no oírlo. La Hechicera se volvió hacia Kari, abrió la mano y algo cayó al suelo.

—Guárdalo —dijo en voz baja—. Puede que algún día vuelva a por ello.

Mientras Gudrun se alejaba, se oyó la voz bronca de Kari:

—Te sigues equivocando, yo no soy como tú.

—No estés tan seguro —le contestó, y Jessa creyó ver en los labios de Gudrun una mueca que podría ser una sonrisa. Después, desapareció tras el tapiz en el laberinto de pasadizos de piedra, seguida por su fiel Gettir.

Pasados unos instantes, Jessa corrió hacia la puerta. Descorrió el cerrojo con facilidad y la abrió sin esfuerzo alguno. Había mucha gente al otro lado y todos les miraban sin saber qué decir. De repente, alguien gritó su nombre y Jessa sintió que la abrazaban. Era Brochael.

—¿Dónde está Kari?

—Dentro.

Entraron en tropel. Jessa vio a los hombres de Gudrun, que, junto a la puerta, se miraban con incertidumbre: pero no dijo nada y penetró en la estancia detrás de Thorkil.

—¿Y Gudrun? —preguntó Thorkil.

Jessa no respondió: de pronto se sentía enormemente cansada.

Wulfgar recogió algo del suelo y se lo entregó a Kari, quien lo apretó entre sus dedos. Era la pulsera de piel de serpiente de Gudrun.

—Registrad la mansión —gritó Brochael, y Kari movió la cabeza en desaprobación.

—No la encontraréis. Se ha ido.

—¿Ido? ¿Adónde?

—Ha vuelto a su lugar de origen, sea el que fuera.

—¿Para siempre? —preguntó Brochael con desconfianza.

Kari se encogió de hombros.

—Eso no lo sé —se volvió hacia Wulfgar y le comunicó—: Bien, ya estás en tu mansión. Parece que por fin los wulfings han vuelto a casa.

El juglar se acercó al fuego y movió con el pie las abundantes cenizas.

—Han vuelto en el momento preciso, ni un minuto antes —dijo sonriendo.

XXI

El silencio se convierte en el hijo de un príncipe.

POR LA MAÑANA todo el dominio había sido registrado, pero no encontraron ni rastro de Gudrun ni de Gettir. Nadie logró explicar cómo habían logrado desaparecer sin dejar ninguna huella; pero pasado algún tiempo se dijo que, hacia el este, un granjero, que estaba trabajando en el campo, había visto a una mujer vestida completamente de blanco, que parecía deslizarse sobre el hielo, seguida de una figura oscura y encorvada, casi una sombra. Después de ver aquello, contaban que el granjero había corrido a refugiarse en su casa y cerrado la puerta con cerrojo.

A primera hora de la mañana se convocó una reunión en la mansión, a la que asistieron todos los hombres del dominio y de todas las villas que lo formaban. Muchos de ellos no podían apartar su vista de Kari, que discretamente estaba sentado junto a Jessa. No dijo nada; dejó que hablasen Brochael y Wulfgar. Jessa era consciente de que la presencia de tanta gente observándole le hacía sentirse incómodo. Le miró y le sonrió; Kari le devolvió la sonrisa. Wulfgar fue elegido Yarl por unanimidad; no hubo ningún voto en contra. Después, en medio de todo el alboroto y la alegría por el nombramiento de Wulfgar, Kari desapareció. Los ojos de Jessa recorrieron la estancia, pero como no estaba allí decidió ir en su busca.

—¿Has visto a Kari? —preguntó nerviosa a Thorkil.

Él negó con la cabeza.

—Estará por aquí, pero con tanta gente, cualquiera sabe.

Cuando preguntó a Brochael, él la miró preocupado y respondió:

—Creo que sé dónde puede estar. Ven conmigo.

Salieron de la estancia. Tras ellos quedaron la alegría de los hombres de Wulfgar y la voz del juglar cantando y ensalzando a los wulfings con palabras de orgullo y valor.

Wulfgar estaba sentado en el sillón del Yarl, tranquilo y feliz, apoyado en sus desgastados brazos, como antes lo había hecho Ragnar. Tras él, Thorkil se inclinaba para escuchar la música.

Brochael se dirigió hacia una parte de la mansión donde Jessa nunca había estado: unas lóbregas y húmedas escaleras que terminaban en un largo y oscuro corredor de paredes de piedra. A los lados, pequeñas puertas de madera carcomida, algunas de ellas abiertas, daban paso a minúsculos cuartos cuyas ventanas estaban tapiadas. Olía a agrio y a humedad.

—Éstas eran las mazmorras de Gudrun —farfulló Brochael—; han estado ocupadas hasta esta misma mañana.

El eco de su voz sonó en el túnel de piedra. Siguieron hasta el final, justo hasta el centro de la roca sobre la que se levantaba la mansión. La última puerta del corredor

estaba entornada y Brochael la empujó. Era un minúsculo cuarto, alargado y sucio; las paredes, negras de humedad y hollín; bajo sus pies, paja sobre el suelo de tierra; y casi tocando el techo, un ventanuco por el que entraba la luz.

Allí estaba Kari, en una esquina, tratando de leer algo en la pared. Jessa entrevió un montón de círculos y espirales enlazados entre sí. El pelo de Kari brillaba claro y limpio en medio de aquella podredumbre. Llevaba ropa nueva que le había dado Wulfgar directamente de los roperos del Yarl. El joven se volvió cuando los oyó llegar.

—¿Para qué has venido aquí? —preguntó Brochael, malhumorado.

—Sólo quería verlo una vez más. Bueno, y comprobar que lo que recordaba era cierto.

Después, sin decir nada, Kari sacó del bolsillo la pulsera de piel de serpiente de Gudrun y la tiró a la chimenea, rebotando de grises cenizas. A continuación, salió del cuarto, seguido de Jessa y Brochael, y cerró la puerta tras él.

Brochael le pasó el brazo por los hombros.

—Vamos, ámate, el nuevo Yarl va a dar esta noche su primera fiesta. Todo el mundo va a estar pendiente de ti. Además, Wulfgar te va a obsequiar con oro y, a nosotros, con joyas y caballos. Seguro que Asgrim no tardará en venir cuando se entere.

—No quiero oro —dijo Kari—. Aunque sí aceptaría Thrasirshall, o lo que quede de ello.

Brochael asintió con la cabeza.

—Seguro que lo tendrás. Además, ¿quién iba a quererlo? —hizo un guiño a Jessa—. Y la nueva ama de una de las granjas más ricas del dominio se pondrá sus mejores galas esta noche... ¿o no?

—Sí, pero todo será prestado —se rió Jessa.

Kari también se echó a reír y, volviéndose ligeramente, alzó las manos y las movió en el aire.

Entonces, los tres contemplaron cómo la puerta desaparecía ante sus ojos.



CATHERINE FISHER (Newport, Reino Unido, 1957). Catherine Fisher es una escritora galesa nacida en 1957. Se graduó en la universidad de Gales con un título de Inglés y con una gran fascinación por la mitología y la historia. A lo largo de su vida, ha sido locutora de radio, profesora de primaria, arqueóloga y profesora de «Escritura para niños» en la universidad.

Comenzó escribiendo poesía y escribió varios poemas que fueron publicados en diversas antologías. Desde finales de los años 80 se ha dedicado a la literatura fantástica infantil y juvenil. Sus novelas se han traducido a más de diecisiete idiomas y muchas de ellas han ganado o sido finalistas de diversos premios literarios.